

Tesis

El lugar del relato mítico en la configuración de lo puberal, dentro de la clínica psicoanalítica.

Autora: Ps. Segarra, Maite Mara

Directora: Dra. Bourband, Luisina

Correo electrónico: maite_segarra@hotmail.com

Lugar y Fecha: Rosario, Junio de 2024

AGRADECIMIENTOS

A mi directora, Luisina Bourband, por darme la posibilidad de investigar sobre lo que me interpela y guiarme en este proceso con confianza para lograrlo.

A los docentes, por proporcionarnos herramientas valiosas para transitar el intrincado camino de la clínica psicoanalítica con niños.

A mis compañeros de la maestría, quienes en cada encuentro supieron brindar su apoyo durante este extenso y desafiante recorrido.

A mi analista, Lilian Milicich, por sus contribuciones siempre precisas y esenciales en el desarrollo de esta tesis.

A mi compañero, Pablo Galo, sostén en cada momento.

A mi familia y amigos, por su paciencia y acompañamiento.

ÍNDICE

RESUMEN.....	4
INTRODUCCIÓN	5
Objetivos	7
Estrategia metodológica	7
ANÁLISIS.....	10
PARTE I.....	11
I. 1. EL PODER DEL MITO.....	11
I. 2. EL RITO DE PASO.....	14
I. 3. LA ACTUALIDAD Y LOS RITUALES	21
I. 4. LA AVENTURA DEL HÉROE	25
I. 5. EL MITO EN LA CONSTITUCIÓN DEL SUJETO.....	35
PARTE II	45
II. 1. CUERPO SENSORIAL, CUERPO ERÓGENO	45
II. 2. LA PUBERTAD Y SUS METAMORFOSIS: EL CUERPO GENITALIZADO	55
II. 3. LO PUBERAL	60
II. 4. LO ADOLESCENTE.....	76
PARTE III.....	93
III. 1. SUJETADOS AL LENGUAJE, ¿SUJETADOS AL GOCE?	93
III. 2. LAS MARCAS ACTUALES DE LA PUBERTAD.....	103
A MODO DE CONCLUIR: EL VIAJE DEL HÉROE EN LA CLÍNICA	130
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	135

RESUMEN

En este estudio nos propusimos situar el lugar del relato mítico en la configuración de lo puberal, dentro de la clínica psicoanalítica. Para ello, realizamos un trabajo bibliográfico y un trabajo de campo. En la estrategia metodológica se desarrolló un análisis de fragmentos clínicos de 4 pacientes púberes entre los 10 y 14 años que concurrían al consultorio particular de quien suscribe entre el año 2016 y 2019 de la ciudad de Rosario. Dentro de las conclusiones se destaca que el púber puede fabricar producciones míticas articulando el material que trae adosado de la industria cultural actual con su propia historia en el marco de la clínica. Esto resulta posible armando su propia épica personal, entretejiéndola con la trama de los personajes, fabricando de este modo su mito, su ficción, un modo de dar cuenta de la verdad que lo atraviesa, desplegando lo lúdico sirviéndose de estos materiales. De este modo, el púber inscribe el proceso puberal a partir de la producción de un relato mítico. El contexto de un análisis habilita la escucha y las intervenciones oportunas dentro de la transferencia que se convierten en el terreno fértil para el florecimiento de lo heroico.

Palabras clave: Puberal - Relato mítico - Industria cultural - Clínica con púberes

INTRODUCCIÓN

En la presente investigación se buscará precisar los trabajos psíquicos que son inherentes a la pubertad, dando cuenta así de su especificidad, diferenciándolos de los trabajos propios de la adolescencia. Se valerá para desentrañar esta distinción, del viaje o aventura del héroe tal como Joseph Campbell (2016) lo formula en su obra “El héroe de las mil caras”, repensando a partir de la problemática que entraña al héroe y su aventura, la especificidad que atraviesa al púber. Esta investigación se ocupará de trabajar el enlace de estas dos temáticas, con la finalidad de poder esclarecer algunos elementos que aparecen hoy en la clínica con púberes.

Así como se habla de un hacer-se un cuerpo en la infancia, también se habla de un hacer-se un cuerpo en la pubertad como un nuevo acto psíquico. Y precisamente Philippe Gutton (1993) llama a este proceso, que requiere de una nueva escritura psíquica, *lo puberal* en su libro que lleva justamente ese nombre. La pubertad, en tanto acontecimiento que sucede en lo real del cuerpo, exige un trabajo psíquico de subjetivación. El niño/a debe interpretar ese acontecimiento como la llegada de algo inédito. Éste es el gran trabajo que hacen los púberes. La presente investigación se propone dar cuenta de estos trabajos.

Se tomará, entonces, el modelo del camino del héroe para ponerlo en tensión con el concepto de lo puberal para dar cuenta de lo que acontece en la clínica. Esto se desarrollará en relación con el contexto sociohistórico actual y el impacto que el capitalismo y que la industria cultural tienen en los cuerpos y en la subjetividad de los púberes de hoy. Se tomarán en cuenta las actividades lúdicas que atraviesan a estos púberes. La tecnología constituye su territorialidad elegida a través de una amplia gama de opciones, y es la clínica la que permite poner en tensión los desafíos propios del entretenimiento que estas ofertas proveen, que no es lo mismo que jugar.

El modelo de Campbell (2016) del camino del héroe se tomará en consideración porque es totalmente transversal a la cultura. La existencia misma de la humanidad aparece pensada a través del relato del héroe. El héroe se inventa a sí mismo mediante el coraje de afrontar pruebas que son, poco a poco, el sentido mismo que tiene el estar vivos. De eso se trata la aventura. En este sentido, la preparación psíquica para adentrarse al camino del héroe es desde el inicio mismo de la vida a través de ritos, rituales y el relato de mitos.

Luisina Bourband (2007) sostiene así que, “el mito es el portador de una verdad que debe presentarse con las mascaradas de un relato, de una ficción” (p.34).

Campbell (1991) agrega que la aventura del héroe es un tipo de aventura en la que el héroe no tiene idea de lo que está haciendo, pero de pronto, se halla en un territorio transformado. La persona es iniciada en el uso de potenciales interiores que no sabía que tenía (saber que no sabemos que tenemos, se podría decir).

La idea del héroe es la de alguien que puede hacer un camino, alguien que se aventura y se adentra en lo desconocido. El camino del héroe es el camino del sujeto. El héroe es alguien que atraviesa diversas experiencias, y todo sujeto debe enfrentar ciertos desafíos. Podemos partir de la premisa de considerar al púber como un héroe. Porque es heroico el acto de crecer. El púber tiene que sufrir, amar, perder y partir, como un héroe. En este sentido, la pubertad se convierte en una travesía épica en la que el joven, como el héroe de los mitos y las historias, enfrenta pruebas y aprendizajes que lo transforman.

Atravesar la pubertad no quiere decir que se atravesó lo puberal. Puede que algo del proceso puberal se haya detenido y que trajo por efecto que estos sujetos no puedan hacer su camino. Esto, en tanto lo puberal, permite un camino para que se desplieguen determinadas funciones psíquicas. ¿Qué efectos produce atravesar esta pubertad sin puberal? (Manrique, s.f.). Hay cuestiones de época, así como el propio entramado subjetivo, que pueden llegar a hacer que el proceso puberal se detenga. Y es posible, en el marco de un análisis, dar curso y restituir lo heroico en estos púberes para que puedan hacer su propio camino, en tanto se trata de un momento crucial.

Las preguntas que se desprenden del problema de investigación son las siguientes: si la transformación del cuerpo de un púber tiene lugar hoy ¿qué es lo que oficia hoy de pasaje y transición para que dicha transformación del cuerpo no sólo pueda operar, sino fundamentalmente para que pueda inscribirse en el psiquismo de ese sujeto púber? ¿Qué constituye un impasse patológico que puede obstaculizar o incluso impedir el avance hacia otros momentos de estructuración subjetiva? ¿Qué es lo que permite a esta investigación pensar el camino del héroe en los púberes de hoy?

La inquietud que mueve a realizar esta investigación es clínica, ahondando en el esclarecimiento de cuestiones que aparecen en la clínica y la posibilidad de elaborar herramientas con las cuales abordar esta práctica específica con púberes. El tema de

investigación abordado apunta a recolocar a lo puberal en la clínica psicoanalítica, ya que resulta fundamental en la labor profesional con estos sujetos, el camino que cada púber tiene que desplegar, dando lugar así a la especificidad del proceso puberal.

Objetivos

General

- Situar el lugar del relato mítico en la configuración de lo puberal, dentro de la clínica psicoanalítica.

Específicos

- Distinguir lo específico de la pubertad en relación a los trabajos que son inherentes a ese tiempo subjetivo, diferenciándolos de los trabajos propios de la adolescencia.
- Describir las formas en que las actividades lúdicas se presentan en los púberes actuales.
- Indagar en recortes particulares de la clínica, los modos singulares de construcción del relato mítico frente a los desafíos que presenta la actualidad.

Estrategia metodológica

La presente investigación se enmarca en una elaboración desde la perspectiva metodológica cualitativa a partir del tipo de dato con el que trabajará, las herramientas que se utilizarán en ese proceso, la forma en que se organizarán los datos y el tipo de escritura que se desplegará.

En esta investigación nos basaremos en un análisis de fragmentos clínicos y una búsqueda de material teórico sobre los diversos autores que abordan desde el Psicoanálisis

la problemática de la constitución subjetiva de un púber y los trabajos psíquicos inherentes a este momento.

Desde esta perspectiva propuesta, abordaremos el método indiciario definido por Carlo Guinzburg (1979): un método que se basa en la consideración de los más mínimos detalles como indicios reveladores, detalles que hasta entonces todo el mundo tenía en cuenta como triviales y carentes de importancia. Son precisamente los detalles más descuidados los que contienen la clave para acceder a una realidad más profunda que, de otro modo, sería inalcanzable (Pulice et. al., 2000). Detalles que serán, a saber, formaciones del inconsciente, vía de acceso a la realidad psíquica.

Realizaremos, pues, un análisis de fragmentos clínicos provenientes de la práctica clínica de quien suscribe, cuyos detalles serán lo primordial a tener en cuenta para aportar lo singular del caso a la necesaria formalización teórica requerida por la investigación.

Las categorías de análisis serán: relato mítico, industria cultural y configuración de lo puberal.

Efectuaremos una investigación bibliográfica, lectura de documentos y otros materiales teóricos, para realizar un análisis crítico y teórico de los fragmentos clínicos presentados.

Se desarrollará, entonces, un análisis de fragmentos clínicos, que son las fuentes primarias, de 4 pacientes púberes entre los 10 y 14 años que concurrían al consultorio particular de quien suscribe entre el año 2016 y 2019 en la ciudad de Rosario. Los criterios considerados en la elección de los recortes citados se referencian en la propia experiencia clínica. Es importante destacar que cada fragmento a presentar es particular, único, y no será posible generalizar, ya que cada sujeto tiene diferentes formas de arreglárselas con su goce. Estos recortes fueron seleccionados para extraer conclusiones teóricas generales en relación a los trabajos subjetivos que un púber lleva adelante, pensado desde el Psicoanálisis. Asimismo, en los fragmentos presentados se resguardará la identidad del paciente y de su familia, son casos que fueron trabajados en los albores de la práctica profesional de quien suscribe y en años subsiguientes y con quienes hoy no se encuentran en contacto y fueron supervisados oportunamente.

El material que vaya surgiendo del curso de la investigación será trabajado a modo de ensayo. Ese será el tipo de escritura que se procurará desplegar.

La forma de presentación del material en el cuerpo del análisis de esta investigación constará de, al menos, 3 partes:

- La importancia del mito en la cultura: qué viene a resolver el mito que no resuelve otra producción cultural. El rito de paso. El mito del camino o aventura del héroe, y el mito en la constitución subjetiva: relación del mito con el psicoanálisis.
- La conceptualización del cuerpo para el Psicoanálisis. El cuerpo genitalizado. Lo puberal y lo adolescente.
- El contexto socio histórico actual. Efectos del capitalismo y de la industria cultural en la subjetividad de los púberes de hoy. Presentación de viñetas clínicas.

ANALYSIS

PARTE I

I. 1. EL PODER DEL MITO

¿Qué son los mitos? ¿Qué viene a resolver el mito que no resuelve ninguna otra producción cultural? Serán estos los interrogantes que nos servirán como puntos de partida y de referencia respecto a lo que concierne a esta investigación.

No existe una postura unitaria a la hora de definir qué es el mito. La razón principal es que, a lo largo de la historia, sobre todo durante el siglo XX, su estudio ha sido enfocado –y sigue enfocándose– desde varias perspectivas y disciplinas. Susceptibles de ser recreadas e interpretadas, entonces, las narraciones míticas han sido estudiadas bajo diferentes perspectivas y enfoques. Teniendo en cuenta esta diversidad en el tratamiento de los mitos, realizaremos una lectura de ciertos autores a los fines de la presente investigación, sin detenernos a analizar las principales corrientes teóricas y académicas que han tratado de elaborar una definición del mito. Nos detendremos en el campo de estudios que aborda el mito al servicio del Psicoanálisis.

Los seres humanos entienden el mundo a través de historias. Una manera de apropiarse y experimentar la realidad es a partir de esta forma. Y hay ciertas historias universales que atraviesan a todos los sujetos porque nos ponen en contacto con las mismas ideas y temas que conducen a una estructura simbólica que resulta ser común para todos en nuestro psiquismo. Los mitos vienen a ser el reflejo de esas historias universales.

Esto quiere decir que los mitos son relatos simbólicos y universales que abordan cuestiones fundamentales de la existencia humana. A través de sus narraciones, los mitos exploran aspectos profundos de la realidad y garantizan un marco a través del cual los seres humanos pueden comprender su lugar en el mundo y en la historia. Nuestra historia de vida actual es reflejo de mitos universales. Un tema mítico es aquel que se repite de diversas formas en distintas épocas históricas. No le importa la variación que el contexto le da al texto, sino aquello que, más allá de las épocas, ha podido conservarse y trascender como testimonio.

En resumen, la mitología es la misma en todas partes, por debajo de las diferencias de vestidura. Así como lo entiende Campbell (1991) “las reliquias de esas «viejas historias»

adornan las paredes de nuestro sistema interior de creencias, como restos de antiguos utensilios en un yacimiento arqueológico. Pero como somos seres orgánicos, hay energía en todos esos restos. Los rituales la evocan” (p.10).

La presencia de similitudes en la mitología de diferentes culturas nos enseña que, a pesar de las diferencias superficiales, compartimos una base común de experiencias y preocupaciones humanas. Los mitos actúan como un puente entre las culturas y nos muestran cómo, en lo más profundo, todos los seres humanos comparten ciertas inquietudes, deseos y preguntas fundamentales sobre la vida, la muerte, el propósito y la conexión con lo divino.

Campbell (2016) adopta una perspectiva dinámica al analizar los mitos, enfocándose en cómo funcionan y en su relevancia para la experiencia humana. En lugar de simplemente definir lo que es un mito, se interesa por su función en la vida de las personas y cómo estos relatos han servido a la especie humana a lo largo del tiempo.

Al centrarse en cómo funcionan los mitos, Campbell (2016) reconoce que los mitos no son meramente historias aisladas, sino que desempeñan un papel vital en la construcción de significado y en la conexión de los hombres y mujeres con su propia identidad, su cultura y su contexto. Los mitos son instrumentos poderosos para comprender y dar forma a la experiencia humana, más precisamente, como se ha dicho anteriormente, los mitos hablan de la experiencia humana universal, de aquello que nos une y atraviesa a todos, y nos muestran qué significan esas experiencias. El autor también destaca que los mitos tienen el potencial de acompañar a las personas a lo largo de las diferentes etapas de la vida. Los mitos pueden proporcionar una guía espiritual y emocional que abarque desde el nacimiento hasta la muerte, ayudando a las personas a enfrentar los desafíos y transiciones de la vida con un sentido de propósito y comprensión más profunda.

En todo el mundo habitado, en todos los tiempos y en todas las circunstancias, han florecido los mitos del hombre; han sido la inspiración viva de todo lo que haya podido surgir de las actividades del cuerpo y de la mente humanos. No sería exagerado decir que el mito es la entrada secreta, por la cual las inagotables energías del cosmos se vierten sobre las manifestaciones culturales humanas. Las religiones, las filosofías, las artes, las formas sociales del hombre primitivo e histórico, los primeros descubrimientos, científicos y

tecnológicos, las propias visiones que atormentan el sueño, emanan del fundamental anillo mágico del mito. (Campbell, 2016, p.17)

Entonces, los mitos cumplen una función esencial en las culturas al proporcionar detalles y significados profundos a aspectos fundamentales de la realidad y la experiencia humana. Los mitos son narraciones que se utilizan para dar sentido a lo desconocido, explicar el origen del mundo, de las cosas y de los seres, y abordar cuestiones trascendentales que van más allá de la comprensión racional. La mitología no es sino una manifestación de la mente humana para representar sus dilemas.

Teniendo esto en cuenta, Jean-Pierre Vernant (2008) destaca la naturaleza narrativa del mito, resaltando que es, en esencia, un relato. Estos relatos maravillosos se desarrollan en un contexto mítico poblado por dioses, héroes y personajes fantásticos, y se sitúan en un tiempo primordial, un pasado mítico que está más allá del alcance de la historia convencional. A través de estos mitos, las culturas y los pueblos transmiten y comunican sus creencias, valores y comprensiones del mundo que les rodea.

Un mito puede ser considerado desde múltiples puntos de vista que el narrador tiene a su disposición, y tal como Vernant (2008) lo entiende “mientras una tradición oral de leyendas siga viva, aunque atrapadas en las formas de pensar y las costumbres de un grupo, estará siempre en movimiento: el relato acepta cierto grado de innovación” (p.11). Por lo que aquí respecta, puede decirse que el mito trata la vida y hazañas de los dioses, semidioses y héroes de la antigüedad pagana. Cada cultura tiene sus propios mitos que están intrínsecamente vinculados a sus ideologías, creencias y valores más profundos. Los mitos no solo explican cuestiones sobre el origen y la naturaleza del mundo, sino que también garantizan una base narrativa para comprender la relación entre los humanos, los dioses y el universo en el que viven. ¿Qué había cuando aún no existía cosa alguna, cuando no había nada? A esta pregunta, dice Vernant (2008), los griegos respondieron por medio de relatos y mitos.

El carácter del mito es muy distinto. Se presenta bajo la forma de un relato proveniente del fondo de los tiempos, que existía antes de que hubiera un relator para transmitirlo. En este sentido, el relato mítico no es propio de la inventiva individual ni de la fantasía creadora, sino de la transmisión y de la memoria (...) Asimismo, el mito sólo vive si se lo relata de generación en generación en el curso de la vida cotidiana. Caso contrario, queda relegado a

los rincones de las bibliotecas, congelado en forma de escritos, convertido en referencia erudita para una élite de lectores especializados en mitología (...) Memoria, transmisión oral, tradición: tales son las condiciones de existencia y supervivencia del mito. (Vernant, 2008, p.10)

En resumen, los mitos son expresiones culturales que abordan cuestiones fundamentales de la existencia y la realidad a través de narraciones simbólicas y alegóricas. Son relatos en constante evolución que se adaptan a las cambiantes necesidades y valores de las sociedades a lo largo del tiempo, y que desempeñan un papel fundamental en la comprensión de la identidad cultural y espiritual de una comunidad.

I. 2. EL RITO DE PASO

Las historias mitológicas son historias que cumplen la función de ayudarnos a atravesar las crisis, esos momentos que suelen ser puntos de inflexión en la historia singular de un sujeto, momentos en los cuales el fantasma vacila se podría agregar. El mito ofrece una especie de lenguaje simbólico para abordar estos temas. De esta manera, el relato mítico presta un texto o una estructura que ayuda a dar sentido y significado a ello.

El mito, entonces, actúa como un puente entre lo que se puede conocer y lo que está más allá del alcance del conocimiento humano, brindando una interpretación simbólica y metafórica que satisface la necesidad humana de buscar significado y comprensión no sólo del universo sino, principalmente, de su propia existencia. Así lo dice Campbell (1991) a su vez:

La mitología te enseña qué hay detrás de la literatura y el arte, te enseña sobre tu propia vida (...) La mitología tiene mucho que decir sobre los estadios de la vida, las ceremonias de iniciación cuando uno pasa de la infancia a las responsabilidades adultas, de soltero a casado. Todos esos rituales son ritos mitológicos. Tienen que ver con tu reconocimiento del nuevo papel que asumes, el proceso de desembarazarse de la vieja personalidad y adoptar la nueva, o acceder a una profesión con responsabilidades. (p.33)

En el mundo tradicional el rito de paso está encastrado en la mitología. Campbell (1991) afirma que “todos los rituales de ceremonias primitivas de iniciación poseen bases mitológicas, y de lo que se trata en ellos es de matar al yo infantil, y dar a luz a un adulto, ya sea mujer u hombre” (p.182). Lo que importa es despojarse del cuerpo de niño pequeño, volverse otra persona.

Los primeros órdenes primitivos de la mitología, según Campbell (1991), tienen un carácter afirmativo, lo que significa que abrazan la vida tal como es, incluso en medio de la catástrofe y la tragedia que puede implicar la existencia. Estos mitos y rituales primitivos destacan la importancia de afirmar la vida y enfrentarla en todas sus facetas, incluyendo los desafíos y dificultades que pueden surgir.

Los ritos de iniciación a la adultez, o ritos de paso, son ejemplos claros de esta afirmación de la vida. En estos rituales, el niño debe dejar atrás su mundo de fantasías infantiles y su dependencia materna para abrazar completamente las responsabilidades propias de un adulto, ya sea hombre o mujer. Cruzar este umbral crítico, que se conoce como el “segundo nacimiento”, implica un nacimiento a la vida adulta. Todos los niños necesitan nacer dos veces, aprender a funcionar racionalmente en el mundo, dejando la infancia atrás.

Es a través de estos rituales y mitos que los niños aprenden a funcionar racionalmente en el mundo, dejando atrás la etapa de la infancia. Es un proceso de crecimiento y maduración que les permite asumir roles y responsabilidades más complejas dentro de su sociedad y comunidad.

¿A partir de cuándo se transforma un niño en adulto? Al ser la adultez una categoría social y cultural, no hay un cuándo objetivo. En las distintas civilizaciones y sociedades se han asignado diferentes patrones culturales para decir cuando alguien se convierte en adulto.

En muchas sociedades tradicionales no existía una etapa de transición claramente definida entre la infancia y la edad adulta. En su lugar, el rito de paso o los rituales de iniciación desempeñaban un papel crucial en estructurar y marcar este pasaje de una etapa a otra. En las sociedades precapitalistas, como menciona Liliana Palazzini (2006), la adolescencia tal como la entendemos en la actualidad no existía. En cambio, los rituales de iniciación se encargaban de facilitar y marcar el paso de la infancia a la edad adulta.

El rito de paso no solo tenía un carácter práctico, sino también simbólico y cultural. Marcaba el momento en que un individuo dejaba de ser considerado un niño y adquiere el estatus de adulto en la sociedad. De esta manera, el rito de paso contribuía a la cohesión social y cultural al establecer una clara división entre las etapas de la vida y al transmitir valores y tradiciones de generación en generación.

En estas sociedades, entonces, puede situarse la infancia, el rito de paso y la adultez. Podemos situar a la pubertad como rito de paso, rito que da lugar a un proceso social y espiritual. La pubertad, en particular, se presenta como un evento cultural invariable asociado al tránsito de niño a adulto, que se expresa a través de ritos de paso (Barroso, 2021). El cambio biológico en el cuerpo se traduce en un cambio en el pensamiento dando lugar a la edad adulta; empezando a cumplir un rol diferente en la sociedad (el cuál varía en función del género), pasando a ser un miembro más de la misma en la adultez.

El objetivo central de estos ritos es el de transformar al individuo, permitiéndole desprenderse del cuerpo y la identidad del niño pequeño y renacer como una persona adulta con nuevas responsabilidades, roles y deberes dentro de su comunidad. Un rito de paso o rito de iniciación es básicamente un conjunto de actividades, pruebas que simbolizan una transición, y cada cultura alrededor del mundo tienen estos ritos que simbolizan la transición a la vida adulta que ponen a prueba la fortaleza, el coraje y la sabiduría del individuo, preparándolo para asumir sus funciones adultas.

Las sociedades tribales vivían en contacto con sus símbolos y sus mitos y sabían que este momento de transición a la adultez era un momento de avance hacia las tierras hostiles que se abrían ante el niño para que su consciencia no se estancara y, para que pudiera desarrollarse correctamente, usaban este tipo de rituales de paso que activaban en su psique los símbolos apropiados.

Ello deja entrever que la forma en que los mitos hacen su magia es a través de los símbolos. El mito tiene una función semiológica fundamental. El joven iniciado, ya no niño, participa en el símbolo. El ritual es la manifestación o representación dramática visual y activa de un mito; cuando participa en un ritual, el iniciado se compromete con el mito y sus símbolos actúan sobre él de forma inesperada. Entre el nacimiento y la muerte, nuestra vida cotidiana está plasmada de rituales.

Byung-Chul Han (2020) parte de la idea de que los ritos son acciones simbólicas que dan forma a una comunidad sin comunicación. Estos ritos se mantenían independientes de los individuos, lo que significa que permanecían constantes y consistentes a lo largo del tiempo, sin importar cómo cambiarán las personas determinadas en términos de apariencia o ubicación. Los ritos, las formas y las ceremonias permanecían inmutables. Esta característica de los ritos en sociedades tradicionales permitía que los individuos se apoyaran en ellos para afianzar su identidad y mantener una conexión con la historia de sus vidas. Los ritos servían como una base en la que el individuo podía reconocerse a sí mismo y encontrar así continuidad a lo largo de su vida, incluso en medio de los cambios externos.

En este sentido, los rituales cumplen el papel de brindar estabilidad a la vida. Los rituales se pueden definir como técnicas simbólicas de instalación en un hogar. Actúan como técnicas simbólicas que ayudan a las personas a encontrar su lugar y establecerse en un entorno determinado. Además, los rituales tienen la capacidad de ordenar el tiempo y adaptarlo a las necesidades de la comunidad. Proporcionan una estructura y un sentido de continuidad en un mundo que puede ser cambiante y a menudo incierto. Tal como señala Han (2020), los ritos:

Transmiten y representan aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionada una comunidad (...) De los rituales es constitutiva la percepción simbólica. El símbolo, palabra que viene del griego symbolon, significaba originalmente un signo de reconocimiento o una «contraseña» entre gente hospitalaria (tesserahospitalis). De este modo, el símbolo sirve para reconocerse. Esta es una forma peculiar de repetición (...) Al ser una forma de reconocimiento, la percepción simbólica percibe lo duradero. De este modo el mundo es liberado de su contingencia y se le otorga una permanencia. (p.8)

En resumen, los rituales se presentan como elementos fundamentales en la vida de las sociedades tradicionales, ofreciendo estabilidad, identidad y una conexión con la historia personal y colectiva. Cumplen la función de establecer un sentido de arraigo y pertenencia en un entorno cultural y social. Siguiendo esta línea, Campbell (2016) afirma que:

Las ceremonias tribales del nacimiento, la iniciación, el matrimonio, el entierro, la adquisición de un estado social, etc., sirven para trasladar las crisis y hechos de la vida del individuo a formas clásicas e impersonales (...) Todos participan en el ceremonial de

acuerdo con su rango y su función. La sociedad entera se hace visible como una unidad viva e imperecedera. Pasan generaciones de individuos como células anónimas de un cuerpo vivo; pero permanece la forma sustentante e intemporal (...) Los ritos de iniciación y de la adquisición de una situación, pues, muestran la lección de la unidad esencial del individuo y el grupo. Así como el individuo es un órgano de la sociedad, así es la tribu o la ciudad —así es la humanidad entera—, sólo una fase del poderoso organismo del cosmos. (p.420)

Los rituales son el modo que tiene el humano de experimentar el paso del tiempo, no es lo mismo ser joven que ser viejo; por eso la muerte es ritualizada, por eso requiere del aniversario, del homenaje, del recuerdo y de la memoria. Un niño no sólo es hijo de ese padre y esa madre; es hijo de una historia que va más allá y que son esos ritos que ellos a su vez heredaron y les fueron transmitidos de generación en generación en el seno de una sociedad determinada que lo irá constituyendo.

En este momento concreto de transición a la edad adulta, el joven novicio está viviendo ese mito lo quiera o no, sea o no consciente de ello; no es una historia inventada por él de forma subjetiva y arbitraria sino que se trata de algo que está por encima de él y que todo hombre y mujer debe experimentar.

En concordancia con lo planteado, Diana Sperling (2020), afirma que el ritual es una forma de inscripción. Éste inscribe al individuo en su comunidad, lo nombra como, e inscribe la regla de la comunidad en un individuo. Con el ritual legitimamos una situación nueva, diferente, frente a otros. Los rituales son la forma más antigua de inscripción antes de que existiera la escritura y antes de que existieran las leyes.

Como situamos anteriormente, cada sociedad con los mitos traduce un modo de significar el mundo que nos rodea. Y, tal como lo detalla Mircea Eliade (2008), “el hombre de las sociedades arcaicas se reconoce como la terminación de una historia mítica, de una serie de acontecimientos que tuvieron lugar en el origen del Tiempo” (p.9). Será por medio del ritual que el hombre que tiene la dimensión de lo sagrado en su manifestación más profunda recupera algo que es totalmente imposible de reponer en el tiempo ordinario. El ritual nos saca del tiempo ordinario, común, y nos devuelve al tiempo originario del tiempo mítico.

En efecto, el rito restablece un orden primordial que da forma a la existencia humana en las sociedades antiguas. A través de los gestos y las acciones que se llevan a cabo durante los rituales, que son una repetición de los modelos ejemplares establecidos por los fundadores en los tiempos míticos, se regenera y revitaliza la vida religiosa de la comunidad (Eliade, 2008). Estos gestos y operaciones rituales son considerados sagrados debido a su conexión con los fundamentos míticos de la cultura y su capacidad para establecer un vínculo con los orígenes sagrados de la comunidad.

Siguiendo el enfoque de Eliade (2008), la iniciación cumple una doble función al introducir al novicio tanto en la comunidad humana como en el mundo de los valores espirituales. La iniciación no sólo marca la transición del individuo de una etapa a otra de la vida, sino que también lo conecta con la estructura social y los aspectos más profundos y esenciales de la cultura.

Por iniciación se entiende generalmente a un conjunto de ritos y enseñanzas orales que tienen por finalidad la modificación radical de la condición religiosa y social del sujeto iniciado. Filosóficamente hablando, la iniciación equivale a una mutación ontológica del régimen existencial. Al final de las pruebas, goza el neófito de una vida totalmente diferente de la anterior a la iniciación: se ha convertido en *otro*. (Eliade, 2008, p.7-8)

En los ritos de iniciación, el novato se enfrentará a una serie de pruebas obligatorias que varían según la cultura y el contexto para ser admitido entre los adultos. Arnold Van Gennep (2008) identifica tres fases principales en la estructura de estos rituales:

- Separación simbólica: en primer lugar, se da un alejamiento simbólico. En esta fase, el novicio es apartado de su entorno anterior y sometido a una serie de acciones simbólicas que representan su “muerte” en relación con su estado anterior; a saber, “reclusión en el bosque; tras conducirlo a él; lustración; flagelación; intoxicación por el vino de palma, con efectos anestésicos” (p.111). Y se le agrega al nuevo medio.
- Período de margen o limen: En esta fase híbrida, el novicio se encuentra en un estado de transición, entre su estado anterior y el estado al que se dirige que puede durar horas, días, o meses. Durante esta fase, se realizan pruebas y actividades que marcan su diferenciación temporal, como la circuncisión, mutilaciones corporales,

pinturas corporales, entre otros. “Los novicios van desnudos durante toda la práctica de las pruebas: es que, al estar muertos, no deben salir de su retiro ni mostrarse a la gente de fuera” (p.111). No pueden retornar al estado anterior ni reincorporarse todavía. En el ritual, el novicio pone el cuerpo. En el decurso de este estado liminal se produce un cambio en cómo el novicio se planta, se para y es mirado por la comunidad. No obstante, este estado implica, a su vez, el estado de mayor inermidad e indefensión en el que está el novicio, por eso es necesario el ritual para entrar del otro lado del umbral, a modo de corte, sin posibilidad de retorno al estado anterior.

- Finalmente, le sucede la reincorporación: en esta etapa final, los novicios son reintegrados a la sociedad, pero ahora en su nuevo estado como adultos miembros o iniciados. Los ritos de reintegración marcan su aceptación en su nuevo rol y su función en la comunidad.

Estas fases no solo tienen un significado simbólico, sino que también generan cambios en la percepción del novicio y en cómo es percibido por la comunidad. El período liminal rompe con el tejido social previo para permitir la transformación del individuo, y la reintegración marca su incorporación en un nuevo rol dentro de la sociedad. Como lo detalla Eliade (2008) “para el pensamiento arcaico, por lo tanto, el hombre es *hecho*: no se hace él solo. Son los iniciados veteranos, los maestros espirituales, quienes lo 'hacen'” (p.13). Estos rituales no solo son una forma de marcar el paso de una etapa a otra, sino también de transmitir conocimientos, valores y roles culturales esenciales a través de la comunidad.

Será en la oscuridad de la noche entonces, que el joven iniciado deberá pasar por varias pruebas difíciles, cada una de las cuales tiene como intención rescatar ciertas imágenes y activar en su sitio los símbolos necesarios que le permitirán reconciliarse con el mundo y avanzar en su camino de vida y, cuando regresa a casa, ya no es el mismo. Quien regresa ya no es un niño. Como dijimos, lo que importa es despojarse del cuerpo de niño pequeño, volverse otra persona.

Campbell (1991) establece una conexión significativa entre la estructura de la aventura del héroe y los ritos de iniciación en sociedades primitivas. En la perspectiva de este autor, la narrativa de la aventura del héroe, que se encuentra normalmente en mitos y

cuentos populares, puede verse reflejada en los rituales de iniciación que ocurren en estas sociedades. En estos rituales, un joven es llevado a renunciar a su infancia y emprender un camino de transformación hacia la edad adulta. Esta aventura se inicia con una pérdida o separación, donde al joven se le priva de algo que antes tenía, marcando el comienzo de su viaje. Luego, este individuo se embarca en una serie de pruebas y desafíos que lo llevan más allá de lo ordinario y lo exponen a situaciones nuevas y desafiantes. “Usualmente es un ciclo, una ida y una vuelta” (p.167).

I. 3. LA ACTUALIDAD Y LOS RITUALES

Ahora bien, vivimos en una época de profundos cambios culturales y sociales, donde las tradiciones y los rituales antiguos han perdido relevancia y sentido en gran medida. El régimen neoliberal y la era del consumismo han llevado a un rompimiento con las antiguas formas y valores simbólicos que antes daban significado y cohesión a la sociedad. Estamos presenciando un rompimiento de los rituales y atravesando una época de empobrecimiento en los elementos simbólicos.

En la actualidad, la globalización y el avance tecnológico han transformado la manera en que vivimos y nos relacionamos con el mundo en tal forma que el universo intemporal de símbolos hace mucho tiempo heredados ha sufrido un colapso (Campbell, 2016). Esto es así porque el imperativo absoluto del neoliberalismo es la producción, la optimización y el rendimiento. Estamos viviendo un momento de cambio cultural profundo, donde los rituales y los valores tradicionales han sido desplazados por la lógica del consumo y la producción. Esta transformación tiene implicaciones significativas para la experiencia humana.

Los ritos hacen que la vida sea duradera. El énfasis en la producción y el rendimiento ha erosionado la durabilidad de las cosas y de las experiencias, ya que el tiempo dedicado a la contemplación, la reflexión y la conexión con lo sagrado es radicalmente diferente a la urgencia de producir y consumir. La actual presión para

producir priva a las cosas de su durabilidad, destruyendo la duración para que se produzca y se consuma más. Esto es así porque demorarse en algo supone que las cosas duren y no es posible hoy demorarnos si nos dedicamos, tal como señala Han (2020) “a gastar y a consumir las cosas. Y esa misma presión para producir desestabiliza la vida eliminando lo duradero que hay en ella. De este modo destruye la durabilidad de la vida, por mucho que la vida se prolongue” (p.10).

En síntesis, esta presión constante para producir y consumir ha llevado a una falta de durabilidad en la vida actual. Los rituales, que solían proporcionar un sentido de continuidad y conexión con lo intemporal, han sido dejados de lado en favor de la búsqueda de eficiencia y satisfacción inmediata. La vida se ha vuelto más rápida y fragmentada, lo que resulta en una pérdida de profundidad y significado. Como lo detalla Han (2020):

Lo que predomina hoy es una comunicación sin comunidad (...) El mundo sufre hoy una fuerte carestía de lo simbólico. Los datos y las informaciones carecen de toda fuerza simbólica, y por eso no permiten ningún reconocimiento. En el vacío simbólico se pierden aquellas imágenes y metáforas generadoras de sentido y fundadoras de comunidad que dan estabilidad a la vida. Disminuye la experiencia de la duración. Y aumenta radicalmente la contingencia. (p.8)

Siguiendo la ilación de Han (2020), en el marco ritual, las cosas no son consumidas o gastadas, sino usadas. Los rituales involucran una relación con las cosas en la que su uso tiene un significado más profundo y simbólico. En contraste, en la cultura del consumo actual, las cosas son consumidas y revestidas de valores y emociones para aumentar el consumo y la producción, desgastándonos. “Así es como nos abren un nuevo e infinito campo de consumo. Su función es incrementar el consumo y la producción. Así es como lo económico coloniza lo estético” (p.11).

El ritual, según Han (2020), es un significante poderoso que permite a una colectividad reconocerse y afirmar su identidad a través de las prácticas rituales. En la actualidad, la falta de rituales ha llevado a un dominio de la comunicación masiva, especialmente la comunicación digital, pero ha dado lugar a un retroceso en la formación de comunidades auténticas, del sentido de la comunidad propiamente dicha. Los límites entre las relaciones humanas se han vuelto borrosos.

Los rituales son también una praxis simbólica, una praxis de *symploleîn*, en la medida en que juntan a los hombres y engendran una alianza, una totalidad, una comunidad. Lo simbólico como un medio en el que se genera y por el que se transmite la comunidad está hoy, con toda claridad, desapareciendo. La pérdida de lo simbólico y la pérdida de lo ritual se fomentan mutuamente. (Han, 2020, p.11)

Campbell (2016), por su parte, coincide con esta perspectiva al afirmar que en la actualidad, el problema de la especie humana es opuesto a los períodos históricos en los que la mitología coordinaba poderosamente las creencias. Antes, el significado estaba en el grupo y en formas anónimas compartidas; ahora, el significado se ha vuelto cada vez más individual. En la sociedad actual, el individuo está desconectado y alienado, sin saber hacia dónde se dirige ni qué lo motiva.

Ambos autores señalan la importancia de los rituales como mediadores de significado, cohesión social y profundidad en la vida. La pérdida de estos rituales y la creciente orientación hacia el individualismo pueden contribuir a la sensación de vacío ya la falta de sentido en la vida contemporánea.

La atención profunda se educa mediante las prácticas rituales. La repetición es el rasgo esencial de los rituales afirma Han (2020) “la repetición se distingue de la rutina por su capacidad de generar intensidad. La repetición implica una forma de cierre, en tanto genera duración e intensidad. Se encarga de que el tiempo se demore” (p.11). Buscando nuevos estímulos y excitaciones hoy perdemos la capacidad de repetición. Frente a dispositivos neoliberales tales como la autenticidad o la creatividad se fuerza todo el tiempo a lo nuevo, pero finalmente se termina en una variación de lo mismo; lo nuevo termina banalizándose y convirtiéndose en rutina, en mercancía que se consume y debe volver a consumirse.

En el contexto del neoliberalismo, la intensidad de vida a menudo se reduce al consumo intenso, donde la búsqueda de experiencias emocionales se convierte en una forma de consumo. Por otro lado, los rituales generan una comunidad de resonancia (Han, 2020), una conexión profunda y significativa con la comunidad, las cosas y lo divino. Estos rituales no solo crean una sensación de pertenencia, sino que también fundamentan un sentido de continuidad y profundidad en la experiencia humana.

Eliade (2008), a su vez, considera cómo la modernidad ha llevado a la desaparición de los rituales de iniciación en gran medida. La originalidad del “hombre moderno”, su novedad con respecto a las sociedades tradicionales, está precisamente en la voluntad de considerarse como ser únicamente histórico, y en el deseo de vivir en un cosmos desacralizado. Tiene de sí una imagen distinta que la que tenían los hombres de las sociedades tradicionales; en las cuales como se ha hecho referencia, el proceso de iniciación en estas sociedades era esencial para que el individuo adquiriese una imagen diferente de sí mismo y su lugar en el mundo.

El estado actual es un estado de resonancia cero, de ausencia de ecos. Por eso señala Han (2020) que la crisis actual de la sociedad es una crisis de resonancia de vacío. Cada vez se generan menos sentimientos comunitarios y predominan los sentimientos pasajeros y las pasiones efímeras propias del individuo aislado. “Al verse totalmente incapaz de salir de sí mismo y pasarse al mundo, uno se encapsula en sí mismo. El mundo desaparece. Con una atormentante sensación de vacío uno solo gira ya en torno a sí mismo” (p.18).

Tanto las ideas de Eliade (2008) como las de Han (2020) destacan cómo la falta de rituales y la saturación de la cultura del consumo han llevado a una pérdida de resonancia y significado en la vida contemporánea. La crisis de resonancia de vacío que menciona Han (2020) refleja la necesidad urgente de reevaluar cómo nos relacionamos entre nosotros y con el mundo en una era caracterizada por la desconexión y la superficialidad.

La eliminación de los rituales hace sobre todo que desaparezca el tiempo específico. Los tiempos específicos se corresponden con las fases vitales: Los rituales configuran las transiciones esenciales en la vida. Son formas de cierre. Sin ellos, nos deslizaríamos de una fase a otra sin solución de continuidad. Así es como hoy envejecemos sin llegar a hacernos mayores. O nos quedamos en consumidores infantilizados que no madurarán jamás. La discontinuidad que marcan los tiempos específicos deja paso a la continuidad de la producción y del consumo. (Han, 2020, p.33)

La transformación de la palabra “comunidad” en “community” refleja cómo ésta se ha convertido en una mercancía, en una forma de consumo. El imperativo neoliberal de producción, optimización y rendimiento no permite que se finalice nada. Esto se manifiesta en un aprendizaje de por vida que impide finalizar estudios, al trabajo flexible que no

permite dejar de trabajar. En este sentido, la eliminación de la clausura provoca una sobreproducción y un exceso de consumo.

Los ritos de paso, según Han (2020), estructuran la vida en estaciones y etapas, marcando transiciones significativas. Quien traspasa un umbral deja algo atrás e ingresa a una nueva etapa. Los umbrales narran, ordenan, son transiciones que requieren tiempo. A contraparte, lo global se instaaura a costa de dismantelar los umbrales y las transiciones. Las informaciones y las mercancías prefieren un mundo sin umbrales para favorecer su paso aceleradamente. En palabras de Campbell (1991), lo que tenemos hoy es un mundo desmitologizado, en el cual el ritual ha pedido su fuerza.

Todos los niños necesitan nacer dos veces, aprender a funcionar racionalmente en el mundo, dejando la infancia atrás. Esa es la función de los ritos de pubertad. La sociedad no les ha proporcionado rituales mediante los cuales ser miembros de la tribu, de la comunidad. (Campbell, 1991, p.29)

Estos cambios culturales y sociales tienen consecuencias en los modos de producción de subjetividad. La falta de rituales y la desaparición de umbrales pueden generar un sentido de vacío y falta de dirección en la vida. Abordaremos en esta investigación, en la tercer parte de este análisis, sobre cómo estos factores influyen en la constitución subjetiva de los púberes.

I. 4. LA AVENTURA DEL HÉROE

Campbell estudió mitos de todo el mundo y publicó, en 1949, un libro titulado “El Héroe de las Mil Caras” en el que recopila decenas de historias y explica cómo en cada una de ellas encontraremos siempre la misma historia de forma variable y sin embargo maravillosamente constante que representa la aventura o viaje del héroe (Campbell, 2016).

Se sabe que el viaje del héroe o camino del héroe es una de las historias más antiguas jamás contadas (Campbell, 2016). Es un patrón que se repite a lo largo del tiempo

y en casi todas las culturas de la humanidad y describe diferentes etapas o momentos del camino que lleva a un ser humano a encontrarse a sí mismo a través de su interacción con el mundo del que forma parte. Estos viajes han sido considerados como viajes iniciáticos, es decir que acarrearán una transformación y un aprendizaje para quien los realiza. Este autor afirma que este esquema mítico se ha transmitido a lo largo del tiempo de forma inconsciente mediante las imágenes simbólicas encerradas en nuestra psique (y concentradas y expresadas en el mito).

El mito del viaje del héroe existe en todas las culturas humanas y continúa vigente en la actualidad porque nosotros, los seres humanos, reflejamos nuestro mundo a través de estas historias simbólicas que son los mitos; a saber, relatos que expresan el sentido de nuestras propias vidas: los hombres y mujeres dejan su zona de confort para enfrentar una serie de desafíos y, a menudo, pagando un gran costo personal que da cuenta de una experiencia transformadora. No batallan hoy contra monstruos mitológicos y/o bíblicos ni se adentran al inframundo o a mundos desconocidos, pero enfrentan problemas igualmente terribles. Todos estamos recorriendo internamente el mismo viaje del héroe. Campbell (2016) sostiene que “el héroe, por lo tanto, es el hombre o la mujer que ha sido capaz de combatir y triunfar sobre sus limitaciones históricas personales y locales y ha alcanzado las formas humanas generales, válidas y normales” (p.35). La aventura de nuestras vidas tiene que ver con dar un paso más allá de lo conocido para adentrarnos en lo desconocido.

Campbell (2016) piensa en la aventura del héroe como un ciclo. El viaje comienza y termina en el mundo ordinario del héroe, es decir, vuelve al punto inicial donde dio comienzo su aventura; pero la búsqueda, la aventura en sí, pasa por un mundo desconocido.

El héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva; el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos. (Campbell, 2016, p.45)

Entonces, Campbell (2016) plantea que la mayoría de cuentos, leyendas y mitos tradicionales que han existido a lo largo de la historia, sin importar su época o procedencia cultural, comparten un esquema narrativo elemental. Este esquema, al que Campbell llamó

monomito, tiene como elemento principal la figura del héroe y su aventura. El autor afirma que “el camino común de la aventura mitológica del héroe es la magnificación de la fórmula representada en los ritos de iniciación: partida-iniciación-retorno, que podrían recibir el nombre de unidad nuclear del monomito” (p.45). Es decir, a la estructura mitológica universal del viaje del héroe se la denomina monomito. La aventura del héroe se compone de estas tres partes, cada una de las cuales presenta diferentes fases.

El viaje del héroe comienza con la “llamada a la aventura”. Es una llamada a lo desconocido. Es la primera señal de que el héroe deberá abandonar su mundo cotidiano para adentrarse a una nueva dimensión. Al héroe o heroína se le presenta un evento inesperado o un problema y/o desafío que le anuncia que ha llegado el momento de superar los horizontes familiares, romper con su rutina y dejar atrás la vida cotidiana. Los viejos conceptos, ideales y patrones ya no encajan. Ha llegado el momento de la partida, el momento de traspasar un umbral (Campbell, 2016). El héroe o heroína cruza el umbral de su hogar normal y seguro y se adentra al mundo desconocido y, por ende, a la aventura. Ya no estamos en el territorio del mundo real. El héroe se adentra al reino de la oscuridad.

Entonces, la primera misión del héroe es retirarse hacia un mundo insospechado que lo expone a poderes que no entiende. Y siguiendo al autor, que también hace su interpretación desde una perspectiva psicoanalítica, la llamada a la aventura a su vez marca el paso del mundo exterior al mundo interior del héroe. El héroe o heroína se adentra hacia aquellas zonas de la psique donde residen las verdaderas dificultades; empieza la aventura hacia lo más oscuro de nosotros mismos, suponiendo una inmersión a las profundidades del inconsciente.

Independientemente del momento de la vida que acontezca dice Campbell (2016) que “la llamada levanta siempre el velo que cubre un misterio de transfiguración; un rito, un momento, un paso espiritual que cuando se completa es el equivalente de una muerte y de un renacimiento” (p.67). El autor considera que el ciclo del héroe también es una representación simbólica del ciclo cosmogónico. Con ello, se establecería un paralelismo entre el modelo partida-iniciación-retorno con el modelo nacimiento-vida-muerte, siendo la reencarnación, como resultado de completar el ciclo, el motor que hace girar esa rueda infinita.

Aquello que el héroe debe enfrentarse y que es de algún modo le es profundamente familiar al inconsciente, aunque a nivel consciente sea completamente desconocido y hasta tal punto puede llegar a ser aterrador, se da a conocer y lo que antes tenía un sentido se vuelve extrañamente vacío de valores (Campbell, 2016). Más adelante en su obra, y en referencia a esta fase, el autor dirá “éste es un momento de extremo peligro, impedimento o desgracia. Es lanzado a sus propias profundidades interiores o hacia afuera, a lo desconocido; de cualquier modo, todo lo que toca es la oscuridad inexplorada” (p.354).

Este primer estadio de la jornada mitológica, que hemos designado con el nombre de “la llamada de la aventura”, significa que el destino ha llamado al héroe y ha transferido su centro de gravedad espiritual del seno de su sociedad a una zona desconocida. Esta fatal región de tesoro y peligro puede ser representada en varias formas: como una tierra distante, un bosque, un reino subterráneo, o bajo las aguas, en el cielo, una isla secreta, la áspera cresta de una montaña; o un profundo estado de sueño; pero siempre es un lugar de fluidos extraños y seres polimorfos, tormentos inimaginables, hechos sobrehumanos y deleites imposibles. El héroe puede obedecer su propia voluntad para llevar a cabo la aventura, como hizo Teseo cuando llegó a la ciudad de su padre, Atenas, y escuchó la horrible historia del Minotauro; o bien puede ser empujado o llevado al extranjero por un agente benigno o maligno, como Odiseo, que fue transportado por el Mediterráneo en los vientos del encolerizado dios Poseidón. La aventura puede comenzar como un mero accidente, como la de la princesa del cuento de hadas; o simplemente, en un paseo algún fenómeno llama al ojo ocioso y aparta al paseante de los frecuentados caminos de los hombres. Los ejemplos se multiplican, ad infinitum, desde cualquier rincón del mundo. (Campbell, 2016, p.73-74)

El llamado a la aventura, en resumidas cuentas, anticipa el proceso de transfiguración al que se someterá el héroe o heroína cuando emprenda su viaje.

Pero a esta llamada puede venirle la “negativa”, que es el caso en que no se responde a la llamada a la aventura. Ya sea por miedo al cambio, a lo desconocido, por apego, o por no querer renunciar a lo que considera como su propio interés, la llamada es rechazada. El héroe prefiere seguir en su mundo. La llamada no atendida convierte la aventura en una negativa (Campbell, 2016). Es el deseo de no renunciar a lo que se

considera establecido y a la zona de confort. El héroe o heroína tiene miedo de perder lo conocido cómo a volver derrotado/a.

Pero “para aquellos que no han rechazado la llamada, el primer encuentro de la jornada del héroe es con una figura protectora (a menudo una viejecita o un anciano)” (p.84). Aparece la ayuda sobrenatural, una figura que brinda protección, apoyo, experiencia o sabiduría que le da amuletos contra las fuerzas que debe enfrentar. Lo que representa esa figura es la fuerza protectora y benigna del destino (Campbell, 2016). Esta figura es el guía y maestro del héroe durante el periplo; tratándose de un mentor, un aliado que proporciona herramientas para afrontar los desafíos que están por venir. Estos maestros o ayudantes a menudo representan aspectos inconscientes del héroe, atributos que, ante la falta de necesidad, el héroe o heroína no sabe que posee.

Campbell (2016) sostiene que “el héroe a quien se aparece tal ayudante es típicamente el que ha respondido a la llamada” (p.90), pero puede suceder que tal figura sobrenatural puede llevar a quien en un primer momento ha rechazado la llamada, a aceptarla finalmente.

Luego, adviene el “cruce del primer umbral”, que es la línea simbólica que separa los dos mundos (el conocido y el desconocido). El héroe o heroína avanza hasta llegar al guardián del umbral que protege la entrada del reino de lo desconocido, tratándose de un terreno peligroso donde habitan amenazas que reflejan los terrores más profundos del inconsciente. La tarea del héroe, entonces, es la de traspasar ese umbral conciliando o venciendo a su guardián. Cabe señalar que, en muchos relatos míticos, este paso a la zona desconocida concluye con la muerte (temporal) del héroe. Sin embargo, Campbell (2016) afirma que no hay que interpretarlo como un fracaso de la misión, sino como una representación del paso del héroe a una nueva zona de experiencia: a saber, el cruce de este primer umbral da cuenta de un pasaje a una forma de renacimiento, de metamorfosis que queda simbolizada en la imagen mundialmente conocida como “el vientre de la ballena”.

El héroe llega al “vientre de la ballena”, quien representa la separación final con el mundo conocido y se adentra a la metamorfosis. El renacimiento es simbolizado en dicha imagen: en vez de conquistar o conciliar la fuerza del umbral, el héroe es tragado por lo desconocido, como si hubiera muerto. Lo más común es que en los mitos aparece como una continuación del cruce del umbral, remarcando el aspecto de la muerte simbólica del héroe.

El héroe o heroína en lugar de pasar hacia afuera, está pasando hacia adentro. (Campbell, 2016). De esta manera, “el paso por este primer umbral sería una forma de autoaniquilación” (p.108).

El viaje continúa con la fase de iniciación que comienza con el “camino de las pruebas”. Es el verdadero comienzo de la transformación. Aquí es donde Campbell (2016) afirma que “una vez atravesado el umbral, el héroe se mueve en un paisaje de sueño poblado de formas curiosamente fluidas y ambiguas, en donde debe pasar por una serie de pruebas” (p.115). Encuentra aliados y adversarios y aprende lo especial de su viaje. Según el autor, el conjunto de estas pruebas son un “proceso de disolución, de trascendencia, o de transmutación de las imágenes infantiles de nuestro pasado personal” (p.119).

Respecto de esta fase, Campbell (2016) dice que “la partida original a la tierra de las pruebas representa solamente el principio del sendero largo y verdaderamente peligroso de las conquistas iniciadas y los momentos de iluminación” (p.127). El héroe debe hacer frente a las pruebas y obstáculos que las fuerzas desconocidas le pondrán delante. Algunas de éstas siempre incluyen derrotar o asimilar a una contrafigura. Esta prueba simboliza abrazar lo opuesto. “El héroe debe hacer a un lado el orgullo, la virtud, la belleza y la vida e inclinarse o someterse a lo absolutamente intolerable. Entonces descubre que él y su opuesto no son diferentes especies, sino una sola carne” (p.126). La asimilación y aceptación del opuesto (o opuestos), al fin y al cabo, para este autor no es otra cosa que el resultado de la aproximación del héroe a una comprensión del mundo como un todo. Así, a medida que se acerca a esta visión trascendente, es capaz de alejarse de su visión singular.

Luego viene el “encuentro con la diosa”. Después de haber superado desafíos y enfrentado sus miedos, el héroe llega a un punto donde entra en contacto con una figura divina que representa el aspecto femenino y nutritivo de la existencia. Esta figura a menudo se asocia con la idea de una “diosa” que personifica la sabiduría y la totalidad del mundo. El matrimonio místico del alma del héroe con esta diosa simboliza una unión con la totalidad de la realidad y la aceptación profunda de la vida en todas sus facetas, tanto positivas como negativas (Campbell, 2016).

El “don del amor al destino” que el héroe recibe de este encuentro con la diosa implica la aceptación de las circunstancias de la vida. El héroe aprende a amar y abrazar su destino, lo que significa estar en paz con lo que la vida le presenta, independientemente de

si es favorable o no. Esta aceptación trae consigo una sensación de libertad y liberación de las limitaciones autoimpuestas. El héroe trasciende su visión singular y se convierte en una parte consciente del tejido más amplio de la existencia, aprendiendo a amar y abrazar la totalidad de la vida con todas sus contradicciones y matices.

No obstante, el héroe debe tener cuidado con la tentación; la cual implica la tercera fase de esta etapa que hace referencia a las tentaciones que el héroe o heroína deberá resistir para poner a prueba su transformación espiritual (Campbell, 2016). La carne y el placer pueden transformarse en debilidades para el héroe y desviarlo y alejarlo de su misión. La figura de la mujer como tentadora es una metáfora que sirve para cualquier elemento del relato mítico que ejerza una tentación de separar al héroe de su abrazo con la diosa. El elemento básico de esta etapa, pues, es la aparición de la tentación, en cualquiera de sus formas, que amenaza con alejar al héroe o heroína de su camino.

El héroe continúa su aventura con la fase conocida como “la reconciliación con el padre”. En esta etapa, el héroe ha superado muchos desafíos y ha experimentado un crecimiento personal significativo. La reconciliación con el padre simboliza la resolución de conflictos internos y la superación de traumas emocionales que pueden haber surgido en la relación con las figuras parentales.

Esta reconciliación simboliza el proceso de integración interna del héroe (Campbell, 2016). Los aspectos conflictivos de su psiquismo, representados metafóricamente por la relación con el padre, se unifican y armonizan. El héroe ya no ve al padre como una figura amenazadora o enemiga, sino como una parte esencial de su propia identidad y experiencia. Este es el punto central del viaje. El héroe o heroína puede contemplar el rostro del padre y así ambos se habrán reconciliado. En resumen, la fase de reconciliación con el padre en el viaje del héroe representa un profundo proceso de madurez y autodescubrimiento. Es el momento en que el héroe logra comprender y aceptar la complejidad de su propia historia, alcanzando una mayor unidad interna y equilibrio emocional.

Luego llega la “apoteosis”. Es un momento crucial en el viaje del héroe, donde el protagonista alcanza un estado divino o un nivel de transformación espiritual que marca el punto culminante de su evolución. Este concepto representa el logro máximo de sabiduría y conocimiento después de haber superado los desafíos y terrores que han seguido su camino.

Campbell (2016) lo define como “el estado divino al que llega el héroe humano que ha atravesado los últimos terrores de la ignorancia” (p.174). Durante la fase de apoteosis, el héroe experimenta un estado de plenitud, descanso y paz interior. Es un momento de conexión con lo divino y una comprensión más profunda de la naturaleza de la realidad. Esta experiencia puede simbolizarse a menudo como una muerte simbólica y un renacimiento espiritual, lo que refleja la idea de que el héroe ha dejado atrás su antiguo yo y ha renacido como una versión más elevada de sí mismo. Este estado de apoteosis también puede requerir como una representación del “conocimiento divino” al que el héroe ha accedido a través de su viaje.

Esta fase de iniciación culmina con “la gracia última” o elixir, que da cuenta del don obtenido con el logro de la misión. El héroe ya no se encuentra con obstáculos ni comete errores. Es la obtención de lo que motivó el viaje del héroe. Este elixir puede tomar diversas formas, pero generalmente representa el conocimiento, la sabiduría o el poder que el héroe ha obtenido a lo largo de su viaje. Es el tesoro que el héroe trae de vuelta a su comunidad, y que puede ser utilizado para el beneficio de todos.

En resumen, la apoteosis y la gracia última son fases cruciales en el viaje del héroe, en las que el protagonista alcanza un estado de transformación y sabiduría que representa el punto culminante de su evolución espiritual y el logro de su misión (Campbell, 2016).

Después de toda la aventura, el héroe o heroína retorna a su mundo ordinario; pero retorna diferente, como un individuo renacido y reformulado. Esta aventura ha cambiado al héroe. Esta es la última parte del camino, el regreso (Campbell, 2016). El héroe regresa de este viaje, transformado a su mundo y enseña la lección aprendida de vida renovada a sus hermanos. El héroe debe volver con su trofeo transmutador de la vida, llevando la sabiduría a su pueblo.

Si el héroe en su triunfo gana la bendición de la diosa o del dios y luego es explícitamente comisionado a regresar al mundo con algún elixir para la restauración de la sociedad, el último estadio de su aventura está apoyado por todas las fuerzas de su patrono sobrenatural. (Campbell, 2016, p.226)

El cruce del umbral del regreso es una fase crucial en el viaje del héroe, donde el protagonista debe enfrentar la última crisis antes de regresar a su sociedad y reintegrarse a

la vida ordinaria. Después de haber alcanzado la apoteosis y obtenido el conocimiento y la sabiduría, el héroe debe ahora regresar al mundo cotidiano y enfrentar los desafíos y dificultades que allí se presentan. Es un momento en el que el héroe debe sobrevivir al impacto del mundo real y poner en práctica el aprendizaje adquirido en su viaje.

Pero puede suceder que el héroe se niegue a regresar. En esta etapa, el rechazo a regresar surge de ese estado trascendental que ha alcanzado el héroe (apoteosis). Así pues, es el conocimiento trascendental de ese mundo recién descubierto lo que lo retiene. El héroe rechaza esta responsabilidad, pues luego de encontrar la iluminación no quiere volver a su mundo ordinario y a la vez ser correspondiente con lo que se aprendió. Parece ser una carga muy pesada; por eso en los mitos siempre hay algo que ata al héroe a la tierra: la familia, una promesa, una tarea pendiente, etc... Pero el héroe, para completar su aventura - dándole así sentido de ser- deberá volver a posar su vista en el plano terrenal y retornar al punto de partida para completar el ciclo (que es el ciclo mismo de la vida y el cosmos). En otras palabras, para que el círculo sea perfecto, el héroe debe regresar al punto de partida.

Aun el Buddha después de su triunfo dudó de si el mensaje de realización podía ser comunicado, y se dice que varios santos han muerto mientras se encontraban sumidos en un éxtasis sobrenatural. Son numerosos los héroes que, según la fábula, han permanecido para siempre en la isla bendita, en compañía de la eterna Diosa del Ser Inmortal. (Campbell, 2016, p.223)

Le sigue la huida mágica. Campbell (2016) afirma que “el último estadio del círculo mitológico se convierte en una persecución agitada y a menudo cómica. Esta fuga puede complicarse con milagrosos obstáculos y evasiones mágicas” (p.227). Puede sobrevenir el rescate del mundo exterior, donde es asistido para poder retornar. El héroe puede ser ayudado por fuerzas externas ya que el regreso en algunos mitos es tan peligroso como la partida.

La siguiente fase, “la posesión de los dos mundos”, representa el logro de un equilibrio entre lo material y lo espiritual. Después de haber experimentado la transformación espiritual y haber obtenido un conocimiento profundo, el héroe encuentra la manera de conectar y equilibrar ambos aspectos de la vida. Ya no está separado por una brecha entre lo trascendental y lo mundano, sino que reconoce la interconexión y la importancia de ambos en su existencia (Campbell, 2016).

Finalmente, llega “la libertad para vivir” que marca el cierre del círculo en el viaje del héroe. Si el héroe ha completado su aventura con éxito y ha regresado al punto de partida con el elixir, ha alcanzado la maestría sobre sí mismo y sobre su relación con el mundo. Esta fase representa la liberación del miedo a la muerte y la capacidad de vivir plenamente en armonía con ambos mundos: el espiritual y el terrenal.

La libertad para atravesar en ambos sentidos la división de los mundos, desde la perspectiva de las apariciones del tiempo a aquella de la causalidad profunda, y a la inversa, sin contaminar los principios de la una con los de la otra, pero permitiendo a la mente conocer a la una por virtud de la otra, es el talento del maestro. (Campbell, 2016, p.258)

En resumen, podemos afirmar que estas últimas fases del viaje del héroe representan la culminación de su evolución espiritual y su capacidad para enfrentar los desafíos del mundo real con sabiduría y equilibrio. El héroe se convierte en un maestro de sí mismo y de su relación con el mundo, liberándose de temores y restricciones y encontrando la libertad para vivir en plenitud.

Si el héroe o heroína fueron capaces de volver al punto de partida con el trofeo, ahora conocen la verdadera forma de las cosas o, mejor dicho, la regla que les da forma como también le dio forma a su viaje: nada perece sino que cambia de forma, produciéndose una transformación. Como dice Campbell (2016), al mismo tiempo comprende y asume que “la Naturaleza, la gran renovadora, sigue haciendo formas de las formas. Por eso nada perece en el Universo, sino que varía y renueva su forma” (p.273).

Toda esta aventura se trata de una travesía, una larga travesía por emprender; en la cual es preciso salir de la seguridad conocida y convencional de la vida para embarcarse en ella.

Campbell (1991) sostiene, asimismo, que la aventura del héroe es un tipo de aventura en la que el héroe no tiene idea de lo que está haciendo, pero de pronto se halla en un territorio transformado. La persona es iniciada en el uso de potenciales interiores que no sabía que tenía (saber que no sabemos que tenemos, se puede agregar).

Un héroe legendario suele ser el fundador de algo nuevo. Para fundar algo nuevo es preciso abandonar lo viejo e ir en busca de la idea semilla, la idea germinal que tendrá la potencialidad de dar a luz a lo nuevo. (Campbell, 1991, p.180)

La idea del héroe es la de alguien que puede hacer un camino, alguien que se aventura, se adentra a lo desconocido. El camino del héroe es el camino del sujeto.

Se trata de una transformación psicológica fundamental que todos deben superar. En la infancia nos hallamos en una condición de dependencia bajo la protección y supervisión de alguien, hasta los catorce o veintiún años... y si piensas hacer un doctorado, eso puede prolongarse hasta los treinta y cinco. De ningún modo eres un agente libre y responsable, sino alguien dependiente que obedece, y espera y recibe castigos y recompensas. Evolucionar de esta posición de inmadurez psicológica hasta el valor de la responsabilidad y la seguridad en sí mismo exige una muerte y una resurrección. Es el tema básico y universal del periplo del héroe: salir de una condición y encontrar la fuente de la vida para regresar maduro y enriquecido. (Campbell, 1991, p.167-168)

El héroe es alguien que atraviesa y todo sujeto tiene que atravesar determinadas cuestiones. Y se puede partir de la premisa de considerar al púber como un héroe. Porque es de héroe hacerse grande. El púber tiene que sufrir, tiene que amar, tiene que perder y tiene que partir. Como un héroe.

I. 5. EL MITO EN LA CONSTITUCIÓN DEL SUJETO

En términos de Jacques Lacan [1964] (2007), el inconsciente siempre existió, hizo falta la presencia de Freud para sancionar su existencia de un modo inédito; “las histéricas le enseñaron a Freud el camino del inconsciente propiamente freudiano” (p.21). Sigmund Freud [1926] (1981), plantea la necesidad de una vasta formación en el psicoanalista que quiera encarar su labor; aduciendo que además de conocimientos anatómicos y fisiológicos, resulta indispensable una cierta familiaridad con la historia de la civilización y la mitología.

Las historias y los mitos ayudan a comprender lo más nuevo del pensamiento psicoanalítico. Aseguran al Psicoanálisis la única formación adecuada para la singularidad de su clínica. Freud señala que sin una buena orientación en los dominios de la historia de la

civilización, la psicología de las religiones, la literatura y la mitología, el analista queda sin comprender una gran parte del material que se ofrece. El mito, la historia, en definitiva las ciencias humanas, ayudan a comprender y orientan hacia la naturaleza psíquica de aquello que hay que comprender. Podemos decir que nuestro autor demostró que el mito describe mediante un recurso poético las particularidades de la estructura. (Bourband, 2007, p.29)

De acuerdo con Guillermo Bodner (2016), los mitos representan manifestaciones sociales que reflejan el funcionamiento y la estructura psíquica, siendo moldeados por la evolución de la historia y la cultura.

Por su parte, Rafael Krasnogor (2006) destaca que el mito juega un papel fundamental en la fundamentación y clarificación del descubrimiento freudiano del inconsciente. Freud utilizó el mito como una vía regia para acceder a otro tipo de conocimiento que había sido desestimado durante mucho tiempo por la metodología excluyente de las ciencias duras. De hecho, el mito permitió avances significativos en el desarrollo de la obra de Freud, al brindar nuevos matices al concepto del inconsciente.

Por su parte, Bourband (2007) detalla que el mito es tanto un espejo como un producto del inconsciente, lo que resalta la equivalencia entre las formaciones del inconsciente y las manifestaciones culturales. Es decir, el mito refleja y es moldeado por los aspectos más profundos de la psique humana, lo que lo convierte en una herramienta valiosa para comprender la cultura y la mente humana en conjunto. En concordancia con esto, podemos retomar a Leandro Drivet (2010) cuando afirma que:

La lógica del mito se hace inteligible siguiendo el modelo del análisis de los sueños, los actos fallidos y los lapsus, lo cual prueba que unos y otros pueden entenderse como formaciones del inconsciente. Los mitos conservarían desfigurados y, vale decir, traducidos, ciertos hitos de la historia de la humanidad, así como los recuerdos encubridores nos hablarían en clave inconsciente de sucesos capitales para la historia humana individual. (p.12)

El Psicoanálisis encuentra una conexión significativa con la cultura a partir de la obra “La interpretación de los sueños” (Freud, [1900] (1991), donde se establece una estrecha relación con la mitología y la literatura. Los mitos muestran una profunda afinidad con los sueños, ya que estos últimos se representan como la mitología personal de quien

duerme. El sueño, para Campbell (2016), puede entenderse como el mito personalizado, mientras que el mito es el sueño despersonalizado. Ambos, el mito y el sueño, comparten una naturaleza simbólica que refleja la dinámica general de la psique. Sin embargo, en el sueño, las formas están distorsionadas debido a las particularidades propias de quien sueña; mientras que en el mito, los problemas y soluciones presentados son directamente relevantes para toda la humanidad.

Y porque abre a esta “otra escena” es que el mito puede y debe ser leído como un sueño. He aquí la puerta metodológica. No hay otra metodología para leer el mito más allá de la de interpretación de los sueños. El mito, como un sueño de la humanidad, responde a la lógica inconsciente de las condensaciones y los desplazamientos. Esto es lo que aparece en el análisis del mito de Medusa, de Edipo o de Prometeo. Paralelamente, esta lectura estructural de la cual Freud da sus señas hace que nuestro trabajo no quede invalidado por anacrónico. (Bourband, 2007, p.31)

Freud (1991), utiliza el relato de Edipo en la versión de Sófocles como base para fundamentar sus investigaciones y descubrimientos. Este enfoque se encuentra en la intersección entre la descripción clínica, el “autoanálisis” y el mito universal, a través del cual Freud desarrolla su concepto del “Complejo” (Bourband, 2007). El mito, según Bourband (2007), es un vehículo para transmitir una verdad que requiere ser presentada mediante el disfraz de una narración o ficción. En este sentido, el uso que Freud hace del mito de Edipo le permite explorar aspectos profundos del Psicoanálisis y del inconsciente a través de una narrativa simbólica, permitiéndole profundizar en la comprensión de la psique humana de manera más completa y enriquecedora.

El mito griego es articulado en el sentido de ser el soporte conceptual que sostiene e ilumina los hallazgos observados. Introduce el mito cuando relata, según su experiencia, que los padres son de una importancia capital en la vida psíquica infantil de los que, en un futuro, serán psiconeuróticos. El amor hacia uno de los progenitores y el odio al otro forma parte del material de emociones anímicas construido en esa época –vida anímica infantil– que desarrollará efectos duraderos observados en la sintomatología de la neurosis posterior (...) Allí encuentra el viés una de las fuentes argumentativas de sus hallazgos teóricos, y, además, la posibilidad de construir su noción de “complejo de Edipo”. (Krasnogor, 2006, p.1)

Asimismo, Freud recurrió otra vez a un mito para introducir la noción de narcisismo. Freud [1914] (2006) considera que el yo tiene que ser desarrollado. Es una instancia que se construye, no viene dada de antemano. Para constituir el narcisismo ha de venir a agregarse al autoerotismo algún otro elemento, un nuevo acto psíquico. La carga del yo de impulsos libidinales, es un “nuevo acto psíquico” que da existencia a la unidad del yo, que requiere para su funcionamiento una correcta evolución de la libido.

En todas las variantes el tema central es el amor no correspondido por parte de Narciso, joven vanidoso, orgulloso de su imagen que desprecia el amor de los otros. Pero un elemento central del mito de Narciso es el espejo, o el efecto especular constituido por el lago. El papel del espejo en el mito de Narciso dará lugar a desarrollos teóricos del psicoanálisis que destacan la función estructurante del encuentro del sujeto con su propia imagen a través del espejo (Lacan) o la mirada de la madre (Winnicott). Este momento es de gran trascendencia en la constitución del yo y el sentimiento de sí mismo. (Bodner, 2016, p.8)

En cuanto al Psicoanálisis y el papel del mito, es relevante mencionar la obra “Tótem y Tabú” de Freud [1913] (2005). En este texto, dice Julio Moreno (2014) “Freud inventó un mito que es altamente ilustrativo (...) de lo que él pensaba que sucede en el pasaje de la confrontación generacional y en el de lo animal a lo humano” (p.133).

Freud (2005) realiza una exploración sobre la figura paterna en la especie humana, la cual adopta la forma del mito del asesinato del padre de la horda. Esta teorización ya se había desarrollado previamente en sus planteamientos sobre Edipo, presentados en “La interpretación de los sueños” (1991), y se suma a su obra posterior “Moisés y la religión monoteísta” [1934-38] (1991). Bourband (2007) destaca que estos tres trabajos son considerados como mitos sobre el padre:

En tanto, todos estos trabajos están unidos por la convicción de un acto único fundador de la cultura y del psiquismo humano: el Asesinato del Padre, lo que sería la función del padre en Psicoanálisis (...) podemos plantear estos tres escritos como unidos por una coherencia lógica a través del tiempo y con un nudo principal que es la cuestión del Padre, eje del entramado psicoanalítico. Los enlaza la necesidad de la construcción de un mito que dé cuenta de la función del padre en Psicoanálisis. (p.44-46)

Según Rodríguez (1996), el Padre desempeña un papel fundamental en Tótem y tabú, lo que le otorga un hilo conductor sólido en la obra, expresando que “aquí comienza el examen sistemático de una idea que es central para la coherencia teórica del Psicoanálisis: la muerte del padre. Allí comienzan las cosas humanas” (p.235).

Podemos situar que el fundamento primordial de la cultura se construye mediante la renuncia a tres deseos pulsionales fundamentales: el incesto, el canibalismo y el placer de matar. Estas renunciaciones pulsionales forman el primer esbozo de la cultura. Es por ello que la hostilidad hacia la cultura surge principalmente debido a la presión que ejerce sobre las personas, por las renunciaciones pulsionales que exige. El acto de asesinato representa la transición desde lo no humano, desde aquellos que aún no hablan, hacia lo que es propio del lenguaje y del habla (Bourband, 2007).

Esto tiene que ver con las cosas humanas: la palabra, el deseo, la ley, es consecuencia de la transmisión de un padre que debe ser asesinado, de un padre muerto, que por muerto recobra toda la potencia simbólica, herencia de la cual pueden servirse sus hijos: la palabra. El mito originario del padre de la horda constituye el modo freudiano de delimitar (en palabras lacanianas) lo real de esta función simbólica del padre, aquello que queda como desecho, como resto, como costo del ingreso del sujeto al mundo del lenguaje. El padre simbólico es metáfora de su propio nombre. (Bourband, 2007, p.50)

Los mitos, como el padre de la horda primitiva o el mito de Edipo, no pueden ser situados en eventos históricos específicos. Éstos, entonces, se presentan como relatos alegóricos que representan situaciones afectivas generales. Actúan como una fuerza de cohesión para los grupos humanos, proporcionándoles un sustrato cultural común y compartido. Estos mitos no hablan sobre el mundo externo, sino que se centran en el mundo interno de las personas, explorando fantasías, deseos y angustias relacionadas con ellos.

Según Liliana Ziaurriz (2014), los mitos, en sus narraciones, se refieren a un tiempo y una escena diferente. Esta doble incidencia en el tiempo y el espacio, la dimensión temporal del discurso (la naturaleza diacrónica del lenguaje), proporciona un efecto de compañía y soporte frente a las ansiedades y miedos del sujeto.

Y podemos retomar a Lacan [1956 – 1957] (1994) cuando afirma que:

El mito a nivel individual se distingue por toda clase de características de la mitología desarrollada. Ésta se encuentra en la base de todo equilibrio social en el mundo, como es patente allí donde los mitos están presentes con su función. Pero incluso cuando están aparentemente ausentes, como sucede en nuestra civilización científica, no crean ustedes que no están en alguna parte. Aunque no se puede igualar el mito individual a una identidad con la mitología, sin embargo tienen una característica común - la función de solución en una situación de callejón sin salida (...) En suma, consiste en enfrentarse con una situación imposible mediante la articulación sucesiva de todas las formas de imposibilidad de la solución. (p.329-330)

Siguiendo la línea de pensamiento de Ziaurriz (2014), el significante en el mito no tiene la función de representar directamente una significación, sino de llenar las lagunas de una significación que en realidad no significa nada. En otras palabras, el relato mítico actúa como una herramienta para articular, marcar y “rellenar” los vacíos que surgen debido a lo desconocido, lo que el sujeto no puede experimentar directamente y lo que el lenguaje no puede expresar completamente, como la muerte, los orígenes o el destino.

Tal como Lacan [1953] (2009) plantea, cada neurótico construye su propio mito individual. Cuando alguien busca tratamiento analítico, pone en juego su propia mitología personal. En el proceso analítico, el paciente se convierte en el protagonista de su propio mito, y es a través de esta narrativa que busca dar sentido a su vida y sus experiencias (Gentili, 2006).

Esta idea podemos articularla con la concepción de Freud acerca de la existencia de una realidad psíquica que difiere de la realidad material. Cada sujeto se deja influir y guiar por el mito que ha construido acerca de la realidad que lo rodea. Este mito proporciona al sujeto una trama que lo signifique frente al Otro, pero al mismo tiempo, es influenciado y significado por esa misma trama mitológica.

El entorno familiar y los mitos transmitidos por generaciones anteriores también juegan un papel importante en la formación del sujeto. Los mitos familiares reciben al sujeto en vías de constitución, dejando marcas que influyen en su desarrollo y en la forma en que percibe y se relaciona con el mundo. Así, la vida de cada sujeto está tejida con una red de mitos personales y familiares que dan forma a su psiquismo. El análisis puede

ayudar a desentrañar y comprender estos mitos, permitiendo al sujeto enfrentar y abordar los conflictos y tensiones inconscientes en su vida.

El concepto de mito familiar, según Ricardo Rodulfo (2014), se refiere a lo que un niño respira y experimenta en el entorno donde se encuentra ubicado. Este “respirar” se produce a través de una serie de prácticas cotidianas que abarcan actos, expresiones verbales, creencias, normas educativas y reglamentaciones corporales, que en conjunto conforman la presencia del mito familiar en la vida del niño.

Cuando un niño nace, lo hace en un estado de indefensión y dependencia, y es el entorno familiar el que lo moldea y le proporciona significado a su existencia. Esto quiere decir que el mito familiar es un complejo entramado que significa al niño y que se transmite de generación en generación, e influye en la forma en que el niño percibe e interpreta el mundo que lo rodea. Rodulfo (2014) afirma que no se vislumbra de manera sencilla. En la clínica, hay que deducirlo, extraerlo de a trozos; que muchas veces se deja escuchar en frases más o menos esclarecedoras.

Tampoco hay que entender el mito familiar como algo más o menos congruente y unitario, algo más o menos sistematizado y armónico. Es mejor concebirlo como una red o haz de pequeños mitos, no en singular y en términos del proceso secundario, y así hacer el recorrido de sus incongruencias, contradicciones, lagunas y disociaciones; definitivamente, no estamos ante una unidad armoniosa de tendencia única, en la cual con frecuencia se incurre, cayendo en una visión hartamente simplista del concepto. Actualmente, ya no pensamos que analizar a un niño es reunirse con él, conocer sus fantasías, tratar de captar su inconsciente y punto. No porque ello no importe sino porque está incompleto si no añadimos en dónde está implantado, dónde vive, en qué mito vive, qué mito respira y qué significa, en ese lugar, ser madre y padre. (Rodulfo, 2014, p.38-39)

Entonces, siguiendo a Rodulfo (2014), podemos decir que un mito familiar puede conceptualizarse como un conjunto o agrupación de significantes previstos de una manera específica. Es importante distinguir entre el plano del significante y el plano del signo. En el plano del significante, lo que importa es la formación de una cadena, es decir, la conexión y relación entre los significantes a nivel inconsciente. La cadena significativa en el mito familiar se refiere a las conexiones simbólicas y emocionales que existen entre las diferentes palabras, expresiones, actos y prácticas que constituyen el mito. Estas conexiones

pueden ser inconscientes y no siempre evidentes a simple vista. El mito familiar no se reduce a un simple conjunto de signos aislados, sino que cobra sentido y relevancia en función de cómo se articulan los significantes entre sí.

Según Ziaurriz (2014), la estructura del mito es como un texto que intenta conectar y dar forma a lo incognoscible. El relato mítico proporciona una narrativa y una trama simbólica para abordar aspectos de la realidad que, por su naturaleza, son difíciles o imposibles de conocer de manera directa. Estos aspectos incognoscibles pueden incluir cuestiones tales como las circunstancias de origen y nacimiento de un sujeto y quién será él para ese Otro siempre desconocido.

Para poder ser, en el sentido en que cabe hablar en psicoanálisis, para encontrar cierta posibilidad de implantación en la vida humana, la única oportunidad que tiene un sujeto es asirse a un significante. Para poder vivir no basta con las proteínas en el orden simbólico, es necesario adscribirse aunque más no sea a un poco de significante. La tarea originaria de un bebé cuando viene al mundo es tratar de encontrar significantes que lo representen, porque no lo encuentra todo hecho. Si bastasen para representarlo su nombre y apellido, no tendríamos campo para trabajar. La tarea eminente-mente activa que todo ser humano debe emprender, para la que necesita ayuda porque solo no puede consumirla, es encontrar significantes que lo representen ante y dentro del discurso familiar, en el seno del mito familiar, o sea del campo deseante familiar. (Rodulfo, 2014, p.41-42)

Dentro del ámbito de la experiencia analítica existe algo que Lacan, considera con propiedad un mito. Este mito, como señala Norma Gentili (2006), otorga una forma discursiva a algo que no puede ser expresado mediante la definición de la verdad, ya que ésta se sostiene únicamente sobre sí misma. La palabra no puede aprehenderse a sí misma ni captar el proceso de alcanzar la verdad como una verdad objetiva. Por lo tanto, sólo puede expresarse de manera mitológica.

Por otra parte, Roland Barthes (2014) define al mito en la actualidad como un habla: “Constituye un sistema de comunicación, un mensaje. Esto indica que el mito no podría ser un objeto, un concepto o una idea; se trata de un modo de significación, de una forma” (p.199). Claro que no se trata de cualquier habla: el lenguaje necesita condiciones particulares para convertirse en mito.

En este sentido, Barthes (2014) dice que esta forma de mensaje no necesariamente debe ser oral: “Puede estar formada de escrituras y representaciones: el discurso escrito, así como la fotografía, el cine, el reportaje, el deporte, los espectáculos, la publicidad, todo puede servir de soporte para el habla mítica” (p.200).

De esta manera, las mitologías de Barthes (2014) modificarían la manera de comprender los fenómenos sociales: los humanos no se limitan a emitir signos solamente al expresarse oralmente o por escrito, sino también cuando se mueven, bailan, caminan, se visten, comen, practican, ciertos rituales o construyen edificaciones; en fin cuando actúan socialmente. Una práctica es social desde la perspectiva de Barthes cuando libera un mensaje.

Cualquier forma de “escritura social” tiene el potencial de transformarse en mito, convirtiéndose en un reflejo y en una determinación social que naturaliza de manera efectiva el objeto cultural. Lo mítico es aquello que socava los espacios donde las frases proliferan y donde se cuentan historias. La dimensión mítica se encuentra presente en cada intento de dar sentido y resolver el deseo humano, porque aunque los mitos en sí no sean eternos, existen temas eternos que dan lugar a la proliferación de relatos (Bourband, 2007).

Y de acuerdo con José Antonio Orejel Alvarez (2019), el sujeto despliega una estructura a partir de un complejo de relaciones simbólicas. Las mismas desempeñan un papel fundamental en la vida del individuo al proporcionar significado y sentido a su existencia. Estas relaciones ofrecen una explicación mitológica sobre su origen ante la incertidumbre de su identidad en el mundo.

Desde una perspectiva psicoanalítica, el sujeto construye sus relaciones afectivas siguiendo una lógica simbólica, de acuerdo a su mitología personal. El mito, en este contexto, representa un entramado de relatos familiares que permiten al individuo explicar su existencia y su manera de comportarse en el mundo, siendo moldeado principalmente por las creencias transmitidas por sus padres y figuras significativas en su vida psíquica. El Otro, entendido como la figura primaria a cargo del cuidado del ser humano en sus primeras etapas de vida, “pervierte el instinto al hacerlo pasar por el tamiz de lo simbólico, sincrónicamente le obliga al infante a convertir sus necesidades en solicitudes; en discurso y en vínculo social” (p.3).

Como resultado, cada demanda que hace el sujeto se convierte en una manifestación de necesidad que se articula mediante el lenguaje. En este sentido, el Otro como fuente del lenguaje, provee al bebé de significantes, estimulándolo a adentrarse en una lógica simbólica, estableciéndose un intercambio de demandas y respuestas entre el sujeto y el Otro.

Es así que el infante encuentra fallas e inconsistencias en el relato que sus padres le han contado sobre sí mismo, sobre su origen, sobre su familia; ya que éstos le describen los sucesos históricos de manera fragmentada y no toda expuesta, debido a que hay acontecimientos en toda familia que se ocultan o se omiten por temor a que los niños sientan vergüenza, culpa o asco de pertenecer a ese clan. De tal modo que, el niño emprende toda una búsqueda a propósito de los enigmas que sus padres no esclarecen (...) En virtud de ello, el niño comienza a elaborar una fantasía que está relacionada con la posibilidad de tramitar y esclarecer las inconsistencias de ese supuesto mito originario, por lo que también habría una carga simbólica a partir de lo que no se le explica el infante o que simplemente éste no logra entender del todo o que quizá no acepta y está inconforme. (Orejel Alvarez, 2019, p.5-6)

Cuando un niño se desarrolla, absorbe los relatos proporcionados por sus padres, y es en este proceso donde surgen síntomas que parecen ser una especie de acuerdo incómodo para resolver determinados conflictos. Ello es así debido a que estos síntomas actúan como creaciones destinadas a solucionar las fallas en la estructura lógica de la novela familiar en la que el niño se ve involucrado (Orejel Alvarez, 2019).

En la construcción de nuestro imaginario y nuestra identidad, recurrimos a una explicación mítica de nuestra existencia, que surge a partir de un conjunto de operaciones simbólicas. La narrativa sobre nuestro origen es la única herramienta que tenemos para comprender nuestra existencia en el mundo y, a través de ella, afirmamos nuestra identidad frente a los demás. En este sentido, afirma Orejel Alvarez (2019) que “el 'Yo' (Moi) es una construcción mitológica edificada vía el lenguaje” (p.10).

PARTE II

II. 1. CUERPO SENSORIAL, CUERPO ERÓGENO

La pubertad constituye un momento en el que la estructura psíquica se enfrenta a desafíos significativos. Este momento fue pensado por Freud [1905] (2005) con el concepto de metamorfosis, la idea de una metamorfosis de la pubertad.

Para comprender el concepto de metamorfosis, es esencial considerar sobre qué opera la misma y qué es lo que se metamorfosea allí. La metamorfosis da cuenta de un proceso que se da cuando los elementos de una organización o estructura cambian su forma generando un efecto novedoso. Existe una parte de esta metamorfosis que está anticipada en nuestros aspectos de constitución como seres vivientes. Pero hay otra parte de este trabajo que no está predeterminado, que representa una novedad y una oportunidad para una reorganización nueva para el psiquismo (Bravetti, 2020).

Como señala Ma. Cristina Rother Hornstein (2006) “la pubertad irrumpe desde el cuerpo, instala el 'caos' en un aparente equilibrio anterior, la latencia, que procesa en sordina la sexualidad infantil. Y la pubertad reabre el protagonismo pulsional” (p.125).

¿Qué estatuto tiene el concepto de cuerpo para luego pensar que sucede con las metamorfosis de la pubertad? Hablamos de la representación psíquica de cuerpo. Cuando hablamos de la misma, no nos referimos a nuestra realidad somática, sino a la manera en que nuestra vivencia y experiencia corporal se traducen en una inscripción en el ámbito psíquico. Rother Hornstein (2015) detalla que “desde el comienzo de la vida, el cuerpo es lugar de inscripción, de escritura y mensajero para la psique de todas las experiencias internas y externas que son capturadas por los órganos de los sentidos” (p.37).

La cuestión de la representación juega un papel crucial en la consideración de lo psíquico. Según la perspectiva de Freud [1915] (2006), la representación refiere a la manifestación psíquica de la pulsión. Como detalla en sus trabajos sobre la metapsicología, la pulsión solo puede ser expresada en la psique como “un representante psíquico de los estímulos (...) como una medida de exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (p.117).

Para Freud [1923] (2007), el yo es ante todo una “esencia-cuerpo”. La sexualidad no sólo se apunala en el cuerpo, sino que también éste constituye una necesidad fundamental para la vida psíquica. Del mismo modo, lo autoconservativo se apoya en la sexualidad. Sin la presencia de la libido materna que sostiene al niño, el narcisismo primario no podría formarse. El cuerpo representa la primera organización que sirve como punto de referencia para que el niño comience a desarrollar un sentido de sí mismo (Rother Hornstein, 2006).

El infans recibe el baño de lenguaje del Otro materno, quien con sus sonidos, olores, imágenes y texturas corporales, su voz, la mirada, las caricias, los besos, la alimentación y sus cuidados diarios va trazando en ese cuerpo naciente una geografía erógena y activando libidinalmente las superficies, territorios orificios y bordes corporales. La pulsión es convocada por la sexualidad inconsciente de la madre, quien colabora para trazar los cauces y bordes que se ofrecerán como vías alternativas para derivar y contener la excitación que ella misma provoca. Bleichmar (2009), retomando aportes de Laplanche, sostiene que la madre sexualiza y da inicio al proceso de sexuación del infans. (Córdova, 2010, p.56)

En tanto el psiquismo se constituye a partir de la acción sexualizante y narcisizante del adulto sobre el niño (Bleichmar, 2009), el otro se halla presente desde los orígenes, ya sea como instituyente de la sexualidad o como propiciador de las ligazones capaces de producir derivados. Esto implica que su reconocimiento se instala precozmente.

La función materna ocupa un lugar princeps en su doble carácter: en tanto es capaz de generar un plus de placer que no se reduce a lo autoconservativo mediante los procesos de pulsación que dan origen a las inscripciones de los objetos originarios, y en sus aspectos ligadores, de apertura de los sistemas deseantes a partir de nuevas vías de placer que no quedan reducidas ni fijadas a la satisfacción pulsional más inmediata. (Bleichmar, 2009, p.13)

En resumen, la madre cumple tanto funciones relacionadas con la autoconservación como funciones libidinales. Gracias a la presencia de un yo que interpreta las señales sensoriales del bebé, éste puede empezar a apropiarse de su espacio psíquico, organizándolo y modificándolo según sus experiencias y necesidades (Rother Hornstein, 2015).

El cuerpo en sus inicios es un soma, la estructura orgánica del viviente. Y lo seguiría siendo de no mediar su encuentro con el Otro, de no ser “tocado” y “corporizado” por el deseo y los significantes maternos desde los albores de lo originario. Afirmaremos que, por ese encuentro, donde era el soma, un cuerpo ha de advenir (...) El soma del infans es representado anticipadamente como sombra hablada (Aulagnier, 1996). Se lo designa con un nombre, se lo sueña y desea dotado de atributos imaginarios que aún no porta. La madre, durante lo que denominaremos “el proceso de gestación psíquica”, va construyendo un “entramado de base” (Bleichmar, 2009). (Córdova, 2010, p.55-56)

Podemos considerar, entonces, que existe una anticipación, una representación psíquica impregnada de afecto que asienta la existencia de ese otro incluso antes de que ese otro se manifieste de manera tangible y material en la realidad concreta. En otras palabras, desde los primeros momentos de existencia, esa vivencia de existencia somática ya está cargada con una representación psíquica y un componente afectivo en la psique del otro primordial (Rother Hornstein, 2015). No sólo se encuentra el cuerpo somático del infans con el otro primordial, sino con la representación cargada afectivamente que tiene ese cuerpo en la psique de ese otro. Así lo entiende Néstor Córdova (2010) “antes de nacer, el viviente 'anidará en el psiquismo materno', en un tejido representacional. Luego será 'investido' con los primeros envoltorios corporales, esas ropitas preparadas anticipadamente como representación topológica a priori de un cuerpo aún no constituido como tal” (p.56).

Como señala Luis Hornstein (1991) “desde el nacimiento comienza una actividad corporal tanto como psíquica. Los estados del cuerpo, de privación o de satisfacción, son metabolizados en representaciones” (p.57). El estado de interacción entre el infante y su madre se caracteriza por un desfase entre las necesidades del niño y las respuestas de la madre (Hornstein, 1991), ya que esta última interpreta y responde a las representaciones que el niño hace de sus necesidades de acuerdo con una anticipación de significado.

Las representaciones no están determinadas endógenamente ni la pulsión. Las representaciones se originan en el primer encuentro de la psique con su entorno. La actividad de representación equivale, en el aparato psíquico, al proceso de metabolización en el cuerpo, en el cual una estructura transforma lo heterogéneo en homogéneo. Así lo dice Sonia Abadi (2001) “la psique está inmersa desde un primer momento en un entorno que le

es ajeno y al que debe investir para poder conocerlo. La actividad psíquica tendrá que metabolizar información que proviene tanto del exterior como del interior” (p.284).

Esta particular manera de comprender como el aparato psíquico tramita la información responde a las teorizaciones de Piera Aulagnier (2007). Como lo detalla Rother Hornstein (2015) “Aulagnier intenta teorizar sobre el pasaje del cuerpo sensorial al cuerpo relacional; del cuerpo biológico al cuerpo erógeno. Operación constituyente y sostén de la subjetividad” (p.37).

Aulagnier plantea que en estos primeros tiempos la psique se inaugura en su proceso de representación, mediante el registro de lo originario y su forma de representación es el pictograma, es decir, una forma de representar y metabolizar esta cualidad psíquica que proviene de otro psiquismo, hacerlo homogéneo a las posibilidades del sistema del infans, en sus posibilidades de representación. (Bravetti, 2020, p.1)

El primer encuentro del recién nacido con el “mundo” se produce con ese medio físico-psíquico que lo rodea, a partir del cual recibe información. Esta información es captada mediante un conjunto de funciones sensoriales. Y tal como lo expresa Rother Hornstein (2015) “esta información no puede faltar, no sólo porque es una necesidad para la actividad somática sino también porque constituye la condición necesaria para una actividad psíquica que exige que sean libidinalmente investidos tanto el bebé como la madre” (p.37).

Así lo entiende Rother Hornstein (2015): “Los órganos de los sentidos ponen en relación el cuerpo con esos otros espacios de los que el sujeto toma prestados materiales para configurar la realidad psíquica” (p.38). Esta interacción sensorial es esencial para la construcción de la experiencia y la percepción del mundo que nos rodea.

La actividad inicial que impulsa este proceso es la actividad del cuerpo. A través de las experiencias sensoriales, la psique se informa y autorrefleja en un estado afectivo que es exclusivo de ella. La madre, por su parte, da forma a la vida somática del niño, establece conexiones, identifica causas, interpreta y facilita la transición desde el cuerpo sensorial y biológico hacia el cuerpo erógeno. Este proceso de transición es esencial para la formación de la subjetividad. (Rother Hornstein, 2015, p.37)

Toda esta dinámica se desarrolla en términos de placer-displacer, donde se acepta lo que produce placer y se rechaza lo que genera displacer. En este proceso, la zona privilegiada es la oral, donde la boca y el pecho se unen en una unidad inseparable, que la Aulagnier (2007) denomina la "imagen del objeto-zona complementaria".

En este tiempo fundante que situaremos como “los albores de lo originario”, el cuerpo psíquico, equivalente de cuerpo erógeno, el “corpsi”, se va constituyendo en el doble encuentro originante con el propio cuerpo y los procesos psicosomáticos maternos (Aulagnier, 1996). Las representaciones de lo originario van a materializarse por medio de pictogramas, que van a inscribir la zona con el objeto complementario, ambos fusionados, unidos. Por eso el infans va construyendo su boca fusionada con el pecho. Va construyendo boca y pecho en un trabajo de escritura del cuerpo en el cuerpo mediada por el Otro. Esa escritura crea el cuerpo y el psiquismo enraizados; al representar la zona y objeto, el psiquismo se representa a sí mismo en un movimiento especular. (Córdova, 2010, p.56)

Cuando el bebé encuentra el pecho y su boca se acopla a él, es como si absorbiera su primer sorbo del mundo. En este instante, el afecto, el sentido y la cultura se entrelazan y contribuyen al sabor de las primeras gotas de leche que el infante consume (Aulagnier, 2007). Este proceso inicial de nutrición es una experiencia profundamente significativa. Las representaciones del encuentro boca-pecho se organizan en el pictograma.

La capacidad de utilizar la representación pictográfica como una herramienta para procesar y metabolizar es esencial para el desarrollo psíquico. En este contexto, solo existe aquello que puede ser representado, y lo que puede ser representado en este momento inicial es lo que dará forma a las primeras construcciones psíquicas del bebé, siendo el pictograma su primer logro en este sentido.

El encuentro inaugural es un encuentro entre un órgano sensorial y un objeto exterior; pero la representación pictográfica no reconoce las dos partes en juego. El postulado que caracteriza a este proceso es el del *autoengendramiento*. Este postulado plantea que la psique no registra que el estímulo que generó la representación proviene del mundo externo. Podría considerárselo como un autoencuentro. (Abadi, 2001, p.286)

Es importante destacar que cualquier sensación de placer o sufrimiento que experimentemos a nivel corporal encuentra su correlato en el ámbito psíquico, y viceversa.

Sin embargo, para que esta estimulación sensorial se convierta en una estimulación psíquica, es necesario contar, como se ha mencionado anteriormente, con la presencia del otro primordial que se relaciona con/desde su propia historia libidinal e identitaria (Rother Hornstein, 2015).

La existencia del cuerpo se está moldeando en un plano que trasciende la mera presencia física del soma. El cuerpo se va inscribiendo en las marcas dejadas por el exceso de ese encuentro con el otro primordial. Este exceso se refiere a algo que va más allá de la mera satisfacción de una necesidad básica, a una tensión, excitación que supera los límites de la satisfacción meramente biológica.

Allí, en ese encuentro, ocurre una doble inscripción: por un lado, se registra la vivencia sensorial en sí misma, y por otro, se inscribe una huella mnémica que actúa como remanente de esa experiencia, como resto, otorgándole una significación (Bravetti, 2020). Cuando se satisface la necesidad biológica de la alimentación, no solo se inscribe la sensación placentera de la satisfacción, sino que también se registra una zona que resulta como un efecto de la inscripción del encuentro entre la boca del bebé y el pecho de la madre, que inicialmente se perciben como una entidad indiferenciada. De esta manera, se establece un circuito pulsional que rodea esta zona inscrita, erogenizandola.

Se trata de las primeras marcas y huellas que quedan como resultado del paso de ese otro primordial en el propio cuerpo, aunque en este punto, como hemos situado, el cuerpo propio aún no se siente como propio. Es una especie de superficialidad sensorial que queda representada en un plano psíquico ya desde ese momento, resultando imposible volver atrás hacia ese pasado mítico biológico (Bravetti, 2020). El cuerpo se construye y se constituye como una representación psíquica a raíz de todo este proceso, de toda esta historia deseante que se configura junto a ese otro primordial. A través de sus interacciones, presencias y ausencias, contactos y tensiones, placeres y displaceres, este otro primordial comienza a inscribir la dinámica del intercambio con lo que está más allá, con lo exterior, sin reconocimiento todavía de lo que es exterior. Tal como lo expresa Gabriela Bravetti (2020):

La vivencia de ser un cuerpo, se inscribe como efecto de esta vivencia amparadora primaria, en donde por un lado, se inaugura el circuito pulsional creando esas zonas inscriptas de intercambio privilegiado en la vivencia de satisfacción, y se inscribe también

la significación que proviene del otro como una forma de confirmación, que funda lo que Freud llama el autoerotismo. (p.2)

Esta superficie investida constituye el primer esbozo en la construcción del yo. Es el resultado de esos primeros intercambios con el otro primordial. A medida que se desarrollan estas experiencias, una primera síntesis de la sensorialidad se va formando y se inscribe en el plano psíquico, convirtiéndose en una especie de memoria inconsciente del cuerpo y de las vivencias corporales. Françoise Dolto (2005) se refiere a esta memoria inconsciente como la imagen inconsciente del cuerpo. Aquí, el término “imagen” no se refiere únicamente a lo visual, sino que se entiende como una representación de lo sensible en función de la experiencia vivida. Dolto (2005), al hablar de la imagen inconsciente del cuerpo, señala Bravetti (2020) “habla de cómo ha quedado metabolizado, representado esa experiencia de lo sensible en el plano psíquico” (p.2). Juan David Nasio (2008) la define de la siguiente manera:

La Imagen Inconsciente del Cuerpo es el conjunto de las primeras y numerosas impresiones grabadas en el psiquismo infantil por las sensaciones corporales que un bebé, o incluso un feto, experimenta en el contacto con su madre, en el contacto carnal, afectivo y simbólico con su madre. Son las sensaciones experimentadas y las imágenes impresas ya desde la gestación y a lo largo de los tres primeros años de vida hasta que el niño descubre su imagen en el espejo. (p.20-21)

Esta representación no se limita únicamente a la percepción física del cuerpo, sino que también abarca las emociones, deseos y sensaciones que se asocian con él. La imagen inconsciente del cuerpo está arraigada en el mundo emocional y simbólico del sujeto. En otras palabras, no se trata solo de cómo el cuerpo se percibe físicamente, sino de cómo se siente y se experimenta en niveles más profundos de la sensorialidad.

En resumen, esta imagen del cuerpo desarrollada en el contexto de la relación temprana del bebé con el otro primordial, se caracteriza por lo que Dolto (2005) llama “comunicación intrapsíquica”, que implica una interacción emocional y lingüística entre el niño y su madre. La imagen inconsciente del cuerpo es el resultado subjetivo de lo que se forja inicialmente en esta relación fundamental durante la infancia.

La palabra imagen refiere a lo que perdura, a lo que queda, como efecto de lo que se simboliza de y en esta relación primordial, tal como lo señala Gérard Guillerault (2005):

Por la incidencia de lo que opera de y en la relación inconsciente con la madre. De ahí que no se trate solamente de la imagen producida por lo escópico, sino asimismo del efecto de cualquier otra recepción o percepción. (p.44)

En resumen, la imagen del cuerpo es más bien una imagen residual, una huella corporal que tiene un valor subjetivo significativo.

Dolto (2005) insiste en la importancia de considerar la influencia y, en ocasiones, la predominancia de diversas modalidades sensoriales en la formación de la imagen inconsciente del cuerpo. Esto abarca no solo lo visual, sino también aspectos como el olfativo, el respiratorio, así como lo visceral e intestinal, junto con todo lo relacionado con el sostén y el ritmo del niño. Podemos afirmar que todas las expresiones de la corporeidad y la co-corporeidad se convocan para comprender la multiplicidad sinfónica que constituye los componentes de la imagen del cuerpo (Guillerault, 2005). En este contexto, lo visual es solo una de las determinaciones entre muchas otras, y estas otras modalidades sensoriales son igualmente fundamentales, si no más, en la estructuración de la imagen del cuerpo. La designación de la imagen del cuerpo como “inconsciente” se debe a que está arraigada por completo en los primeros momentos de la subjetividad arcaica, mítica.

Asimismo, inicialmente el niño experimenta su propio cuerpo como desarticulado y fragmentado debido a la falta de coordinación entre sus movimientos y su percepción visual, que se desarrolla con cierto retraso. Entre los seis y los dieciocho meses, el bebé comienza a descubrir su propia imagen en el espejo, incluso cuando su sistema nervioso y habilidades motoras aún no han alcanzado su pleno desarrollo. A esta edad, la percepción visual del niño es notablemente más avanzada que su coordinación sensorio-motriz. La discrepancia entre un niño que todavía es inmaduro desde el punto de vista motor pero que demuestra una sorprendente precocidad al reconocerse y disfrutar de su propia imagen en el espejo llevó a Lacan a formular el llamado estadio del espejo [1949] (1984).

La construcción de una representación unificada del cuerpo y el yo se construirá en forma anticipatoria a través de la identificación a la imagen especular del otro. Nasio (2008) lo expresa de esta manera:

La relación del niño con la Imagen especular está condicionada por la presencia del Otro. El primer encuentro del bebé con su imagen es una prueba tan desconcertante por gozosa que sea que el niño se vuelve y busca la mirada cómplice y tranquilizadora del adulto que lo tiene en brazos. Este gesto de volver la cabeza (...) revela que la relación del sujeto con el espejo nunca es dual sino que es triangular. Siempre hay tres protagonistas: el niño, su imagen y el adulto que lo sostiene. Este último realiza un gesto decisivo en relación con un niño feliz, sorprendido e inquieto: le sonríe y le confirma con palabras tranquilizadoras que la imagen reflejada en el espejo es realmente su imagen. Es decir, el *Otro* del Estadio del espejo, encarnado aquí por el adulto que acompaña, desempeña ese doble papel de ser cómplice de la alegría y testigo de la escena. (p.86-87)

Entonces, tras haber captado su imagen en reflejo, el niño se vuelve hacia la figura de la persona que está a su lado. Lacan [1960 – 1961] (2008) lo expone del siguiente modo:

Entonces hay que dar toda su importancia a este gesto de la cabeza del niño que, incluso después de haber quedado cautivado por los primeros esbozos de juego que hace ante su propia imagen, se vuelve hacia el adulto que le sostiene, sin que se pueda decir con certeza qué espera de ello, si es del orden de una conformidad o de un testimonio, pero la referencia al Otro desempeñará aquí una función esencial. Articular esta función de esta forma no es forzarla, ni lo es disponer de esta manera lo que se vinculará respectivamente con el yo ideal y con el ideal del yo en la continuación del desarrollo del sujeto (...) He aquí lo que ocurre con aquel hacia quien el sujeto se vuelve, en el lugar mismo donde en ese momento se identifica, en la medida en que sostiene su identificación con la imagen especular. (p.392-393)

Dicha intervención del Otro, instada por el niño, resulta ser muy valiosa en tanto Lacan (2008) le asigna una función de asentimiento. El niño no se contenta con reconocerse solamente en el espejo, dice Guillerault (2005) “sino que a la confrontación especular se añade el gesto de volverse para instar el asentimiento del Otro, en posición de ideal del yo y susceptible de confirmar simbólicamente la identificación especular allí en juego” (p.218). Y tal como dice Mario Waserman (2014), “en la conceptualización de Lacan lo que es importantísimo es que alguien esté mirando al chico, sin alguien que mire al chico, confirme que él está en el espejo y lo mire con admiración, no hay la construcción narcisista” (p.61).

Esta experiencia narcisista e identificatoria que se pone en juego en estos primeros tiempos de la vida del infans con este otro primordial, va a decantar en la vivencia de ser un cuerpo (Bravetti, 2020), de organizar una experiencia corporal como si fuera la superficie del yo. El yo se encuentra en esta suerte de pretexto, un texto conformado por los anhelos conscientes, regulaciones simbólicas inconscientes y deseos inconscientes que emanan de la fantasmática y del mundo interno relacional, reprimido de los otros significativos. Todo este entramado va organizando el primer contexto identificatorio para ese yo (Bravetti, 2020).

Ahora bien, para que el yo tenga un cuerpo tiene que constituirse como un espacio diferenciado del otro, como un espacio distintivo respecto al otro, al tiempo que se convierte en el representante de una actividad representacional, sensorial y experiencial propia. En este proceso, el infans marca una diferenciación, una distancia ineludible en relación con el otro. En resumen, el yo puede confirmar esta vivencia de tener un cuerpo (Bravetti, 2020) cuando esta vivencia de separación se inscribe en su experiencia. Esta experiencia del yo teniendo un cuerpo es también resultado de la función de corte y diferenciación, que organiza e inscribe esta diferencia inalienable con respecto al otro.

Ser un cuerpo y tener un cuerpo se organizan como un movimiento dialógico que se retroalimenta, que se complejiza, y que en diferentes momentos del devenir se reorganizan, tienen que redefinirse. Ser un cuerpo y tener un cuerpo constituyen los puntos nodales de esta construcción que llamamos la corporeidad. (Bravetti, 2020, p.2)

En este punto, una vez que el yo se consolida y unifica, el niño reorganiza sus representaciones narcisistas, afianza su sensación de autonomía y su percepción de crecimiento corporal, todo desde el lugar de ser y tener un cuerpo. Todos estos cambios en la experiencia corporal están respaldados por la persistencia de una lógica que implica la organización de la etapa de latencia, donde todas estas transformaciones encuentran su arraigo y cohesión.

Cuando hablamos de las metamorfosis de la pubertad, no hablamos solamente de los cambios en lo biológico en función de los tiempos del desarrollo. Hablamos, específicamente, de este cuerpo-psyque, el “corpsi” (Córdova, 2010), que recibe el impacto de una transformación que implicará un trabajo de metamorfosis.

II. 2. LA PUBERTAD Y SUS METAMORFOSIS: EL CUERPO GENITALIZADO

En su obra “Tres ensayos de teoría sexual” Freud (2005) desarrolla su teoría de la sexualidad humana caracterizada por una acometida en dos tiempos, una peculiaridad que distingue al ser humano de otras especies. El primer período abarca la sexualidad infantil y las primeras elecciones de objeto (Complejo de Edipo), que posteriormente sucumben a la represión, dando lugar así al periodo de latencia.

Freud (2005) atribuye un valor significativo al período de latencia debido a que es durante este tiempo que se construyen formaciones reactivas que funcionan como diques (el asco, la moral y la vergüenza). Además, las mociones sexuales infantiles comienzan a encontrar una orientación diferente a través de la sublimación, un proceso necesario para el desarrollo y el aprendizaje. Durante este período, también se llevan a cabo identificaciones y persisten restos de la sexualidad infantil, aunque ahora desexualizados, que darán lugar a la formación de la corriente tierna, la cual es responsable de facilitar las relaciones amistosas entre pares. En resumen, podríamos decir que durante la latencia se consolida la estructura de las relaciones con el semejante (Barrionuevo, 2017).

El período de latencia llega a su fin con la llegada de la pubertad, marcando así el inicio de la segunda oleada de la sexualidad humana. Freud (2005) afirma que “con la llegada de la pubertad, se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su configuración normal definitiva” (p.189).

Como correlato de esta dimensión somato-biológica, que involucra la maduración y el desarrollo de los caracteres sexuales primarios y secundarios, la experiencia de un nuevo cuerpo se reconfigura. Surge un nuevo soma que debe ser inscrito, y esta nueva entidad corporal implica una reorganización de lo pulsional (Bravetti, 2020). A raíz de estas transformaciones que son esenciales para lo somático, se produce una reorganización en el plano psíquico. Esto se manifiesta en la aparición de una nueva excitación y una nueva sensorialidad genital, lo que a su vez conlleva una reorganización de lo pulsional.

Desde el punto de vista pulsional, se produce una reorganización en la que las pulsiones parciales se subordinan al primado de la genitalidad. Las zonas erógenas que antes se satisfacían de manera parcial e independiente se reestructuran bajo la primacía de la zona genital. La reorganización genital trae consigo una nueva meta y un nuevo fin, marcando un punto de placer que hasta ese momento no se había experimentado. Este placer se relaciona con la vivencia del orgasmo y la producción de sustancias genésicas, lo que representa una nueva dimensión en el funcionamiento del organismo (Freud, (2005). Esta experiencia genital novedosa requiere que la zona genital sea inscrita y representada en la psique, lo que a su vez da lugar a la percepción e inscripción de un nuevo cuerpo en el proceso.

Freud (2005) lo explica diciendo que el erotismo relacionado con la estimulación de las distintas zonas erógenas aporta la acumulación de tensión necesaria para desencadenar la energía motora que permitirá llevar a término el acto sexual. Al placer correspondiente a las pulsiones parciales, que es el mismo de la sexualidad perverso-polimorfa infantil, le denomina placer previo, en contraposición al placer final o placer de satisfacción de la actividad sexual. La etapa previa a la culminación del acto sexual involucra la excitación de las zonas genitales, el pene y la vagina, que finalmente conduce a la eyaculación. El placer final es nuevo porque está ligado a condiciones que no habían aparecido antes de la pubertad.

Con la llegada de la pubertad, el cuerpo infantil se transforma abruptamente en un territorio invadido y gobernado imperativamente por la sexualidad genital, que estalla con la nueva oleada pulsional en las playas de la infancia. El cuerpo erógeno se genitaliza, la sexualidad se interconecta por sus múltiples vías, algunas de ellas ya trazadas en la infancia e inhibidas en la latencia. (Córdova, 2010, p.57-58)

Lo nuevo, lo original de la pubertad es que esta vez, en contraste con la infancia, la pulsión sexual puede finalmente encontrar su realización en un encuentro con el objeto deseado; no se detiene o inhibe en su búsqueda, sino que se manifiesta plenamente. Sin embargo, debido a las prohibiciones del incesto y el parricidio, la pulsión ahora debe redirigirse hacia otro objeto. La posibilidad de consumir el acto sexual hace que el placer que un niño experimentaba en los encuentros corporales con sus padres durante la infancia

se reprima y estos encuentros pasan a ser percibidos como desagradables, rechazados y, en algunos casos, angustiantes.

Con la irrupción de la tensión genital, se reedita el Complejo de Edipo y la castración. Esto supone una creciente complicación para el psiquismo ya que, debido al crecimiento corporal, el parricidio y el incesto se vuelven posibles. De modo que, como respuesta a esta nueva oleada de sexualidad, se debe imponer una nueva oleada de represión, lo que permitirá abandonar la fijación a los objetos edípicos.

Una de las consecuencias notables de este proceso es el desasimiento gradual de la autoridad de los padres por parte del sujeto púber. La desinvestidura de los padres crea el espacio necesario para el hallazgo de objeto exogámico. Un encuentro del que Freud (2005) dirá que es “propiamente un reencuentro” (p.203), como un retorno a la primitiva satisfacción sexual ligada con la absorción de alimentos, con el pecho materno como objeto, es decir que la relación originaria con aquel primer objeto de la pulsión se restablece. Carolina Barrionuevo (2017) afirma:

Esta metamorfosis podrá asumirse si la corriente sensual del empuje puberal se encuentra con la corriente tierna de la vida sexual, propia del trabajo de la latencia. Así la pubertad se erige “como el período de la vida en el que se consuma la elección de objeto sexual, que es en rigor de verdad un rehallazgo del objeto, de aquél constituido en la primera infancia. La elección de objeto de la época de la pubertad tiene que renunciar a los objetos infantiles y empezar de nuevo como corriente sensual” [Freud, 1905]. (Barrionuevo, 2017, p.115)

Los púberes se ven confrontados con la necesidad de dejar atrás los objetos de la infancia y comenzar a explorar nuevas experiencias con una corriente sensual (Barrionuevo, 2017). Los objetos nuevos que elijen en esta etapa, que se encuentran fuera del ámbito familiar, seguirán estando influenciados por las elecciones infantiles de objeto familiares. Esta contradicción en la elección de objetos se reflejará también en la forma en que satisfacen sus deseos, experimentan el placer y desarrollan el amor. La pubertad puede entenderse como el momento en que los padres revelan su propia vulnerabilidad y mortalidad. En contraste con la imagen de un “Otro absoluto” que los padres representan en la primera infancia, en la pubertad, los padres dejan de ser la única figura que personifica el orden simbólico y pasan a ocupar un lugar dentro de una cadena generacional que los trasciende.

Freud [1909] (1992) sitúa que el desasimiento de la autoridad parental “es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas, del desarrollo. Es absolutamente necesario que se cumpla (...) Más todavía: el progreso de la sociedad descansa, todo él, en esa oposición entre ambas generaciones” (p.217).

La irrupción de los cambios somáticos es pensada por Lacan (1988) como la irrupción de lo real del cuerpo, que es un real que el púber no puede impedir ni dominar. Lacan lo menciona de esta forma, “que lo que Freud delimitó de lo que él llama sexualidad haga agujero en lo real, es lo que se palpa en el hecho de que al nadie zafarse bien del asunto, nadie se preocupe más por él” (p.110).

Con la pubertad se impone al joven o a la joven un tiempo crítico de revalidamiento fálico en el movimiento de resurgimiento del erotismo genital en una alternativa que implica al cuerpo y, como toda disrupción, hace presente la angustia que, dice Lacan en una de sus formulaciones, irrumpe ante lo irreductible de lo real, la muerte en sus diversas dimensiones: del cuerpo del niño que fuera, de la identidad infantil, de los padres de la infancia. (Barrionuevo, 2011, p.45-46)

Durante la pubertad, se produce la emergencia de un goce totalmente nuevo que se manifiesta en el cuerpo. Como señala Barrionuevo (2017), se trata de un “tiempo lógico en que se hace presente la alteridad con el Otro sexo, y la necesidad de dar una respuesta frente al encuentro con ese nuevo goce. Los cambios corporales se manifiestan como signo de ese nuevo goce” (p.115). Los cambios físicos, como el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios, el crecimiento de los senos, la aparición del vello, la modificación de la voz y la llegada de la producción de espermatozoides o la menarca, se convierten en señales de esta experiencia de goce inédito.

Se trata de la transformación del cuerpo, que ya no es el mismo que en la infancia; ahora es un cuerpo real “sexuado” (Barrionuevo, 2011). Este proceso exige un esfuerzo considerable por parte del niño y la niña al enfrentarse a estos cambios. Sin embargo, es importante destacar que este período de transformación biológica no implica automáticamente que se encuentre en la posición adolescente. El lidiar con su nuevo cuerpo y las nuevas formas de goce, primero en relación con su propio cuerpo y luego en el contexto de la interacción con otro cuerpo, es el centro del trabajo que enfrenta el sujeto

en su despertar adolescente.

Ante la irrupción de este nuevo goce en el cuerpo y la contemplación del acto sexual como una posibilidad tangible, la pubertad conllevará la construcción de nuevos objetos de amor, identificaciones renovadas, la asunción de una nueva imagen en el espejo y la formación de un nuevo modo relacionado con la satisfacción pulsional.

La pubertad marca un quiebre con la escena infantil que hasta entonces había proporcionado cierta estabilidad en la vida de ese sujeto. Las respuestas y patrones contruidos durante la infancia ya no son suficientes para enfrentar el despertar sexual que acompaña a la pubertad.

Frente a la presentación de este nuevo goce en el cuerpo, y la posibilidad del acto sexual como posible, la pubertad implicará la construcción de nuevos objetos de amor, nuevas identificaciones, asunción de una nueva imagen en el espejo, constitución de un nuevo modo referido a la satisfacción pulsional (...) El advenimiento de la pubertad, pone en jaque todo el edificio construido en la primera infancia. Frente a la ausencia de saber en lo real preestablecido respecto al encuentro con el Otro sexo, Stevens propone que el sujeto debe inventar su propia respuesta (...) Esta respuesta es el ordenamiento particular con el que cada sujeto organizará su existencia, su relación con el mundo, su relación al goce, al lugar pues de la relación sexual (...) Se tratará, entonces, siempre de una respuesta individual. (Barrionuevo, 2017, p.116)

Entonces, con la llegada de la pubertad, el cuerpo de la niñez experimenta una transformación. Se convierte en un nuevo “soma”, en una superficie discontinua y heterogénea, con áreas en blanco, sin marcas ni historia todavía inscrita (Córdova, 2010). Este cuerpo presenta fragmentaciones transitorias. El “soma” es un espacio que aún no está inscrito ni integrado como cuerpo, por lo tanto, no está representado plenamente en el psiquismo. De acuerdo con Córdova (2010), “este soma heterogéneo a la psique, según la eficacia de los trabajos puberal y adolescente, devendrá finalmente cuerpo propio o cuerpo extraño” (p.61).

La pubertad puede ser considerada como un hecho traumático por excelencia, que causa una ruptura en la continuidad psíquica. Gutton (1993) señala que “la pubertad sería el último trauma que el niño debería sufrir. La pubertad es el trauma más importante, el que reanuda a todos los otros o vuelve traumático lo que era tan sólo complejo imagoico (teoría

del a posteriori)” (p.32). Sin embargo, es un trauma necesario que debe ser atravesado en un proceso saludable de estructuración subjetiva. Este proceso implica la metabolización del cuerpo ahora genitalizado, es decir, la apropiación subjetiva y la escrituración de este nuevo cuerpo (Manrique, s.f.). El proceso puberal, en sí mismo, constituye una experiencia traumática que puede debilitar el yo y requiere ciertos esfuerzos para restaurar el equilibrio narcisista que se ve amenazado debido a estas transformaciones.

Por hecho traumático entendemos que se trata de un suceso de envergadura tal que provoca una efracción en la continuidad psíquica. El atravesamiento exitoso de esta situación traumática supone la aparición de nuevas escrituraciones subjetivas e inaugura categorías simbólicas antes inexistentes. Esto es, la pubertad y la adolescencia exigen un trabajo psíquico adicional, trabajo que presentará sus vicisitudes propias en cada sujeto y también rasgos específicos según la identificación de género predominante en quien atraviese dichos procesos. La pubertad es un momento de crisis en el proceso de escrituración subjetiva y como tal plantea al púber un conflicto a resolver: reinscribir su cuerpo genitalizado y restablecer el balance narcisista. (Manrique, s.f., p.3)

Ya lo decía Rodolfo (2006), con la pubertad sola, como acontecimiento biológico, no alcanza.

II. 3. LO PUBERAL

Es importante reconocer que los trabajos de organización del psiquismo se desarrollan en diversos momentos a lo largo de la vida y no son eventos únicos e inmutables. Podríamos argumentar que hay varios momentos cruciales en la formación del yo-narcisista (Muiña, 2012), algunos de los cuales se manifiestan con una intensidad particular durante la infancia, la niñez y la pubertad. En este sentido, consideramos crucial referirnos no a etapas de desarrollo, sino a procesos o momentos, reconociendo que la línea temporal varía para cada sujeto, más allá de la edad cronológica.

El cuerpo también forma parte de un proceso de simbolización. Ahora bien, podemos definir a la simbolización como una capacidad psíquica que demuestra el funcionamiento de las operaciones mentales. Donald Winnicott (1986) menciona que este proceso se inicia a partir del objeto transicional, puesto que el infante demuestra esta capacidad en las manifestaciones psíquicas que atañen a las interacciones con los objetos que lo rodean en su entorno inmediato, para que poco a poco, este proceso se vaya volviendo más complejo, extendiéndose.

Como previamente hemos mencionado, durante la pubertad se experimenta un aumento de energía psíquica, un incremento de la tensión (una nueva carga libidinal) que resulta en un exceso. El psiquismo, en este contexto, necesita realizar un trabajo de metabolización y elaboración psíquica para poder darle una dirección, una estructura, y una inscripción adecuada a esta energía excedente. Tal como afirma Rother Hornstein (2006) “hay una 'exigencia de trabajo' psíquica que implica esfuerzo, energía y creación de algo nuevo” (p.119).

La pubertad, con los cambios corporales y el embate pulsional como momento “caótico disipativo”, es un “punto de bifurcación” que abre una serie de posibilidades. La pulsión encuentra su fin pero está todavía lejos de encontrar sus objetos sexuales, trabajo propio de la adolescencia. Desde el punto de vista biológico, es la adquisición de nuevas reacciones fisiológicas, y desde el punto de vista psíquico, la adquisición de nuevas representaciones y afectos que le permiten otras posibilidades. (Rother Hornstein, 2006, p.126)

Las transformaciones biológicas que ocurren durante la pubertad tendrán efecto sobre la representación psíquica de su experiencia corporal y en su vivencia sensorial actual (Bravetti, 2020). Estos cambios actúan como una interrupción que dificulta la continuidad de la experiencia infantil. La pubertad puede entenderse como un quiebre en la experiencia de continuidad que previamente había caracterizado a la vivencia infantil, incluyendo la lógica del pensamiento infantil y las experiencias vividas durante los años de latencia.

La experiencia puberal debe ser pensada a partir de su arraigo en lo real biológico que primero desajusta totalmente la organización psíquica de la latencia y lógicamente y a diferencia del infans, choca con la barrera del incesto instaurada ya en lo edípico infantil.

Los avatares elaborativos posteriores durante la adolescencia (...) necesitan como condición sine qua non de esta experiencia del púber. Se podría decir, no alcanza plenamente el estado mental adolescente, sin atravesar la experiencia somatopsíquica puberal. (Aryan, 2014, p.10)

Así como se habla de un hacer-se un cuerpo en la infancia, también se habla de un hacer-se un cuerpo en la pubertad como un nuevo acto psíquico. Y precisamente Gutton (1993) llama a este proceso que requiere de una nueva escritura psíquica lo puberal en su libro que lleva justamente ese nombre. La pubertad en tanto acontecimiento que sucede en lo real del cuerpo exige un trabajo psíquico de subjetivación. El niño/a debe interpretar ese acontecimiento como la llegada de algo inédito. Éste es el gran trabajo que hacen los púberes. Lo puberal obliga a un trabajo específico. Se trata de un trabajo psíquico diferenciado en relación a otros momentos de la constitución subjetiva como la adolescencia.

En principio vamos a distinguir los trabajos propios de lo puberal de los trabajos de la adolescencia. Pubertad y adolescencia, en cuanto procesos, no pueden ser considerados sinónimos, ni tampoco procesos necesariamente atravesados en función de la edad cronológica del paciente de que se trate. Cada uno de estos procesos de escrituración subjetiva impone trabajos propios al psiquismo, trabajos que dejan como saldo una nueva inscripción de cuerpo y la posibilidad del establecimiento de un nuevo proyecto identificadorio. (Manrique, s.f., p.2)

Si bien el cuerpo se encuentra preparado para los cambios biológicos propios de la pubertad debido a su configuración humana, el psiquismo no cuenta con una preparación previa para abordar lo que está ocurriendo en este momento. Se está experimentando una nueva vivencia desde una perspectiva somato-biológica, lo que plantea un desafío al psiquismo en términos de crear una nueva representación de esta vivencia que antes no se tenía.

La transformación corporal que se produce en la pubertad marca la centralidad genital del cuerpo erógeno, lo cual es una consecuencia del desarrollo biológico en la organización libidinal que se había establecido hasta ese momento. La pubertad, además de tener un anclaje biológico, tal como señala Palazzini (2006) “crea el acontecimiento

adolescente de estructuración y re-estructuración psíquica como trabajo elaborativo de este tiempo. Todo cambia: junto a la transformación del cuerpo, también se produce la del psiquismo” (p.138).

El desafío psíquico implica la necesidad de metabolizar e inscribir psíquicamente esta novedad, lo que requiere una nueva inscripción pictográfica, en términos de Aulagnier (2007). Lo puberal se presenta, entonces, como una nueva condición, una nueva cualidad psíquica que debe ser capaz de procesar esta situación inédita. El modelo del pictograma/zona de encuentro hace claramente referencia al apuntalamiento y constitución de algo nuevo que luego, en el proceso primario descrito por esta autora, se recubrirá de fantasías. Lo que queremos destacar es que lo novedoso en el púber es peso de lo somático que se impone una vez más, al modo de lo originario para el infante, a lo que pronto se le sumará lo primario (Aryan, 2014). Lo puberal implica una renovación de los procesos originarios, los cuales posteriormente impondrán un trabajo psíquico sobre los procesos primarios y secundarios. La pubertad, por su anclaje en lo biológico, es un momento privilegiado y cualitativamente inédito en el replanteo de los procesos originarios (Aryan, 2014).

Hay autores que hablan de este momento como un tiempo de permanencia y cambio. Permanencia, porque es importante que haya cosas que sigan presentes, sostenes y acompañamientos que sigan estando, entretejidos que continúen, pero también es clave que lo que siga presente pueda adquirir matices diferenciales acorde a las necesidades del joven, y que haya procesos nuevos, inéditos que puedan integrarse (...) El adolescente se siente seducido por las nuevas sensaciones que la pubertad le impone; pero esas sensaciones tienen que poder inscribirse en su corporeidad. Nos encontramos aquí nuevamente con el proceso originario; el adolescente tiene que ir pudiendo inscribir un cuerpo genitalizado. (Muiña, 2012, p.9)

La primera impresión de lo puberal se caracteriza por la cualidad de lo desconocido, lo ajeno, lo novedoso y, como resultado, carece de una representación previa. Esta vivencia se convierte en una oportunidad para la discontinuidad en el ámbito psíquico como señala Bravetti (2020). Como lo detalla Gutton (1993) “ninguna distribución anterior puede anticipar su experiencia somática, que sorprende al niño, lo toma a contrapelo, al revés” (p.20).

La pubertad además de ser una interrupción, es un desafío a poder representar y simbolizar: son dos funciones del aparato psíquico de inscribir como una realidad psíquica algo que ocurre en el plano de la experiencia, pasarlo al plano psíquico, a reconocerlo como existente, otorgándole un sentido y significado. Tenemos este tiempo actual, lo puberal, que ofrece según términos de Freud las condiciones del *après-coup*. Este sería un segundo tiempo, que enfrentado a otro sustrato corporal (en función del desarrollo y de la carga de excitación de ciertas vivencias), es una ocasión privilegiada para el movimiento de retranscripción y de resignificación de las marcas previas. (Bravetti, 2020, p.4)

Por lo tanto, lo puberal posee dos aspectos fundamentales: es, al mismo tiempo, una interrupción que marca un antes y un después (un punto de inflexión), y también plantea un desafío al aparato psíquico al requerirle que represente psíquicamente la nueva realidad que se presenta, al tiempo que actúa sobre las marcas previas que ya estaban inscritas en el aparato.

Esta segunda oleada de la sexualidad opera por un lado como aquello esperable y previsible desde el punto de vista madurativo biológico, pero es vivenciado con la suficiente fuerza de la extrañeza, para que el aparato psíquico active su trabajo de representación. Freud plantea que no hay forma de posibilitar el trabajo de representación psíquica frente a lo mismo, se necesita lo diferente, la novedad, para que el trabajo psíquico pueda inscribir allí mediante el trabajo metabólico de hacer con esa experiencia, un dato psíquico propio de la estructura. (Bravetti, 2020, p.4)

Lo madurativo se convierte en una ocasión para la transformación y al mismo tiempo, lo que se busca captar y representar en el espejo (Bravetti, 2020). Las transformaciones que tienen lugar durante la pubertad generan una sensación de desajuste, de desconocimiento con la propia representación. Es precisamente esta sensación de extrañeza la que motiva al aparato psíquico a activar su trabajo de representación. En palabras de Adriana Franco (1995), “la pubertad es una transformación abrupta violenta, disarmónica, que produce un desfase entre el esquema corporal y la Imagen Inconsciente del Cuerpo, según la conceptualización de Françoise Dolto” (p.2). La pubertad representa un momento especialmente significativo en el que la imagen experimenta una profunda transformación.

La imagen del cuerpo se pone en cuestión; Lacan (1984) señala que en el estadio del espejo, el bebé logra reconocer su propio cuerpo. En el proceso Adolescente, esto adquiere un nuevo significado, ya que el sujeto intenta identificarse con su cuerpo transformado, reconocerse, y apropiarse de él mediante diversas formas. Este proceso puede generar mucha angustia, ya que el sujeto puede sentirse ajeno o desconocido con respecto a sí mismo. Rodulfo (2012) afirma que se trata de un espejo que toma las características de ser transicional. Sobre este se trabaja en el des-aniñamiento. El espejo funciona como una superficie de inscripción en donde a diferencia de la primera infancia, no devuelve la imagen de una unidad narcisista “este eres tú”, sino que por el contrario devuelve la imagen de un extraño. El púber no se reconoce en este, motivo por el cual, pasará largas horas frente a este reconociéndose, inscribiendo su corporeidad.

Siguiendo esta ilación, Córdova (2010) sostiene que el “el encuentro de la psique con el nuevo cuerpo y su genitalidad produce un trabajo de inscripción que se expresará como proceso de crecimiento en dirección de la integración psicosomática y la subjetivación” (p.55).

El naciente cuerpo puberal late con inusitada frecuencia, entre los restos del cuerpo niño tomado ahora por la sensualidad genital. El cuerpo, otrora infantil y familiar, se transforma en un extraño heterogéneo para la psique. El resultado de esta mutación es un “cuerpo-soma”, de bordes sinuosos y cambiantes, un territorio a explorar, que impone un trabajo de familiarización. El cuerpo será sede de un proceso intersubjetivo de “escrituración” que legitime su apropiación (...) El espejo, en tanto función del Otro, permitirá una nueva asunción del yo en el orden imaginario de las transformaciones operadas en lo real del cuerpo. Entrelazar ese real corporal con las dimensiones imaginaria y simbólica permitirá la asunción de una imagen del cuerpo unificada y estable (Ritnerman, 1984). (Córdova, 2010, p.58)

Y, retomando el planteo de Daniela Muiña (2012) quien señala, en concordancia con otros autores citados, que “el momento de la pubertad plantea al psiquismo una exigencia de trabajo a realizar. Los trabajos de metabolización e inscripción que requiere se realizan a través del proceso Adolescente” (p.8). Hay una nueva tarea en el plano de lo originario; a saber, una labor de inscripción de zona, en tanto se inscriben sensaciones placenteras o displacenteras en el registro de esa zona sin reconocimiento allí de lo propio

o de lo ajeno. Hay una crisis narcisista: se reinscribirá el espejo construido en otro tiempo. Encontramos lo que Rodolfo (2005) llama vivencia de desamparo puberal, “desamparo puberal es dejar de estar protegido por la imagen especular; eso inaugura verdaderamente la adolescencia. Ahora se ve un desconocido allí” (p.160).

Gutton (1993) propone una distinción dentro del proceso Adolescente, delineando dos fases. Según este autor, la primera etapa se caracteriza por la sexualización de la vida psíquica, mientras que la segunda, en contraposición a la anterior, desexualiza lo psíquico a través de la identificación y la idealización. Gutton (1993) lo afirma de la siguiente manera:

La sexualización del trabajo psíquico constituye lo puberal y crea un material a elaborar. De manera concomitante, la pubertad instituiría una genitalización de las representaciones incestuosas y su idealización organizadora: a la primera la llamamos *puberal*, a la segunda, *adolescents*. El “oscurecimiento de la neurosis de transferencia por la crisis de desarrollo” es obra de lo *puberal* haciéndose y de lo *adolescents* organizándose (...) Una vez que se presentó, lo *puberal* debe ser pensado en relación con su anclaje biológico que ejerce una presión sobre las tres instancias y choca con la barrera del incesto legada por lo edípico infantil. Lo *adolescents*, trabajo elaborativo concomitante o retrasado (no vemos en él dos estadios), es exclusivamente realizable sobre la base del material *puberal*. (p.12)

Ambos actúan en simultaneidad en el proceso Adolescente. Gutton (1993) describe la pubertad como el proceso que introduce la erogenización de la zona genital y coincide con la sexualización de las experiencias y contenidos psíquicos del sujeto. Esta sexualización se atribuye a la complementariedad de los sexos. La complementariedad de los sexos es el motor de diversos cambios que el sujeto atraviesa al entrar en lo puberal; tratándose de una complementariedad entre la pulsión y el objeto, y de la acción de un real biológico y el funcionamiento de las zonas erógenas genitales.

Gutton (1993) introduce el término lo puberal para hablar de la dinámica de pubertad. Este autor sostiene que la pubertad no es solo un proceso biológico, sino también una reorganización psíquica significativa. Los cambios hormonales y físicos de la pubertad desencadenan transformaciones psíquicas profundas que afectan la identidad, la sexualidad y las relaciones interpersonales de los adolescentes.

La pubertad es un acontecimiento que sucede en lo real del cuerpo y exige un trabajo que podríamos titular: “De la maduración del aparato genital, preanunciada por la aparición de los caracteres sexuales secundarios, hacia la genitalización psíquica de la sexualidad.” (...) Este es un proceso que requiere del sujeto un trabajo de representación psíquica, de nueva escritura psíquica. Esta escritura y reescritura, de lo nuevo en el cuerpo y del cuerpo metamorfoseado y los procesos psíquicos que desencadena, se fueron diferenciando de los procesos de la adolescencia y como plantea P. Gutton, crean el acontecimiento hacedor de las historias adolescentes (...) A este trabajo psíquico de subjetivación, de escritura psíquica del cuerpo genitalizado, de libidinización de este nuevo cuerpo, lo llamamos PUBERAL, es un proceso específico, es el eslabón que otorga al sujeto una segunda oportunidad para resolver los residuos de la neurosis infantil y acceder a la transferencia objetal que es un trabajo de la Adolescencia. (Franco, 1995, p.2)

Gutton (1993) considera a la consolidación de la sexualidad genital durante la pubertad como la culminación de la seducción infantil, marcando un cambio significativo en el estatuto del objeto. En este nuevo escenario, el niño/a ya no experimentará la sexualización vivida por los padres, pues lo puberal le permitirá volverse en un ente activo en la propia seducción.

Siguiendo a Waserman (2014), lo sensual en la infancia y lo sexual en la adolescencia, se convierte en un centro, que podría compararse con la noción de ello en la adolescencia, lugar donde residen las pulsiones, en su mayoría son pulsiones del orden de la sexualidad. A esta sexualidad se la representa como orgiástica y canibalística, que no reconoce la existencia de un otro. Así lo dice Waserman (2014): “Lo puberal contendría la imagen de esos pecadores que se van al infierno, la lujuria sería central en lo puberal, el goce irrefrenable por supuesto unido a una representación incestuosa” (p.55).

Lo que Gutton introduce es una cosa muy diferente de la pubertad como momento cronológico -es el esquema que quiero hacer- la pubertad no es que desaparece y se entra en la adolescencia, sino que la pubertad ocupa el centro de la adolescencia, estaría ubicada topológicamente en el centro de la adolescencia (...) Este no es el único esquema pero me parece importante porque es el centro de la teorización. Es el centro del cambio conceptual que es situar la adolescencia como un trabajo continuo sobre lo puberal. Va a diferenciar dos términos: lo adolescente y lo puberal (...) Entonces la adolescencia sería un trabajo constante sobre el centro de ese proceso, que sería lo puberal. ¿Qué sería lo puberal?, lo

puberal sería el conjunto de las pulsiones sexuales de la infancia -que él va a llamar sensual, lo sensual de la infancia, lo que se trae como sexualidad en la infancia- más algo original y nuevo que es lo sexual -no lo sensual- de la adolescencia, de lo que emerge en la pubertad. (Waserman, 2014, p.55)

Lo que se percibe, de acuerdo con Bravetti (2020) es un efecto de transformación que afecta la organización del yo; un efecto de transformación que conlleva un cambio sin precedentes en la reorganización pulsional; y, además, se produce una reorganización en términos de la lógica del Superyó. Como señala Bravetti (2020) “tan extraña es esta vivencia que el yo puede encontrarse perdido, no reconocerse en su representación y necesitará todo un trabajo de elaboración para poder darle a esta experiencia una significación” (p.4). Freud (2005), en la segunda oleada de la sexualidad, señala que la zona genital se erige como rectora sobre las otras zonas erógenas. Esto implica una reconfiguración del monto de excitación sexual, dando lugar a una vivencia de placer totalmente diferente en comparación con la experiencia sexual infantil.

El cuerpo erógeno genital o puberal implica un centrado particular en el plano cualitativo y cuantitativo sobre la zona genital (...) La novedad es la condensación (o la fuerza de condensación) sobre la zona genital cuyo funcionamiento biológico se está reorganizando, condensación problemática que ataca las defensas del yo en un punto débil en la infancia. Cuando la sexualidad ha llegado a la pubertad, ya no puede ser diferida. (Gutton, 1993, p.25)

A raíz de las transformaciones que ocurren durante la pubertad, la meta y la fuente de la pulsión sexual dejan de residir en el propio cuerpo y se desplazan hacia una zona fuera del propio cuerpo, algo externo. Es la primera vez que el aumento en la tensión sexual puede llevar a una sensación de malestar si no se alcanza la satisfacción deseada. La meta, como hemos situado, ahora se orienta hacia un placer final que previamente no estaba presente, ya que no se habían reunido las condiciones necesarias para experimentar la vivencia del orgasmo y el goce genital.

La aprehensión auténtica, íntegra y nueva de la genitalidad se concibe en un edípico así revisitado. La emergencia puberal se construye *en* el Edipo de la misma manera que lo edípico se había fundado en lo preedípico (...) Si lo edípico “resurge” y no surge, el material

púber sobre el que se produce el trayecto es singularmente deformante. La pubertad impone una discontinuidad o, mejor dicho, una continuidad en des-construir/ reconstruir. (Gutton, 1993, p.20)

Las zonas erógenas se construyen a lo largo de la infancia, pero hay una que resulta imposible de construir, y esa es la zona genital. Asbed Aryan (2014) sostiene la idea de que “en la pubertad ocurre algo nuevo que antes no estaba: acontece un hecho después del cual, lo que estaba antes no será más” (p.11).

Así como el bebé apoyado en las Funciones parentales, en el sostén ambiental, en la experiencia de satisfacción se constituirá una boca tendrá manos, logrará la bipedestación, tendrá piernas que lo sostengan, y esto no depende de haber nacido con ellas sino del trabajo de subjetivación, de la misma manera el desarrollo y maduración del aparato genital no lo hará apto para el encuentro sexual genital. Para hacer uso de la genitalización y que sea una verdadera experiencia placentera, tendrá el niño o la niña que apropiárselos, tendrá que escribirlos en su psiquismo. Por esto en lo PUBERAL hay un predominio del proceso originarlo en tanto incluye la representación psíquica de la experiencia de la pubertad. (Franco, 1995, p.2)

Gutton (1993) se inspira en las ideas de Aulagnier (2007) y afirma que, la construcción de la zona genital requiere de la intervención del otro, lo que significa que uno no puede crear la nueva zona genital, ni adquirir lo que se llama un “pictograma” que indica la existencia de esta zona, sin un otro. En otras palabras, como sostiene Waserman (2014), “la zona genital se terminaría de construir en la relación con el otro, en la relación concreta con el otro” (p.60).

Lo importante de esto es lo siguiente: la construcción de esa nueva zona se da en el contacto con el otro, pero hay que tener en cuenta que (...) no es que tiene que tener al otro sólo en el contacto del órgano, es decir en el encuentro del órgano, sino que es muy importante tener al otro y sentir que se es deseado, como objeto de deseo; si uno se constituye en objeto de deseo puede construir su propia posición deseante como adolescente. (Waserman, 2014, p.60)

Encontramos lo que Gutton (1993) llama la generación de una unidad narcisista originaria puberal, según este autor la complementariedad de los sexos tiene un valor para

el narcisismo del sujeto. Durante el desarrollo de lo puberal el niño púber vive una complementariedad de órgano que hace experimentar al propio sexo en función del otro. En referencia a esto, podemos seguir a Aryan (2014) cuando afirma que,

Los cambios corporales que generan un estado de excitación expectante hacia su propio cuerpo (nuevos pictogramas), impulsan al púber primero hacia nuevas fantasmaticaciones. Phillippe Gutton (1993) postula una **unidad narcisista originaria puberal** cuyo modelo, en principio es el narcisismo originario madre-bebé, donde cuerpo erógeno y cuidados maternos se constituyen en un sistema único. Desde esta interacción se constituirán las zonas erógenas. Gutton, siguiendo a Freud postula como modelo teórico de la experiencia puberal **la complementariedad ilusoria de los sexos**, “la fusión de dos tendencias parciales” a nivel de los órganos genitales (...) Como en la pubertad el objeto incestuoso resulta totalmente inadecuado como objeto complementario para cumplir con el apuntalamiento, la fantasmaticación trastabilla, desaparece momentáneamente. La pulsión vuelve a condensarse en la zona genital, la actividad masturbatoria es “un todo ahí”, si es que tal cosa puede decirse, sin movilizaciones imaginarias ni estar sujeta a procesos asociativos. Hay un puro experimentar sensorial egocéntrico primero y recién más adelante un poder fantasear y pensar la relación con un objeto. (p.12)

Gutton (1993) afirma que “lo puberal impone una reactivación del conflicto edípico que pone en crisis a las organizaciones edípicas. La neurosis de los niños recobra sus derechos por virtud del desarrollo; digamos que sufre una recaída volviéndose asimétrica” (p. 65).

Desde el punto de vista pulsional, lo nuevo, lo original de la pubertad es que esta vez (a diferencia de la niñez) la pulsión puede concretar un encuentro con el objeto deseado, no se inhibe en su fin. Se manifiesta acabadamente. Pero debido a la prohibición del incesto y del parricidio, la pulsión ahora debe encontrar otro objeto. La posibilidad de consumir el acto sexual hace que el placer que un púber cuando niño experimentaba en los encuentros corporales con los padres, sea reprimido y estos encuentros pasen a experimentarse como desagradables, rechazados y/o angustiantes. Esto da lugar a la aparición de nuevas defensas para frenar un encuentro sexual deseado, pero extremadamente temido. (Aryan, 2014, p.11)

La escena puberal se convierte en el motor secreto de este resurgimiento del conflicto edípico, que arrastra consigo los desafíos preedípicos y se extiende a las

organizaciones latentes. Este resurgimiento de la problemática edípica, con la carga de las cuestiones preedípicas, contribuye a la bien conocida inestabilidad semiológica y nosológica que caracteriza la adolescencia.

La representación psíquica del objeto se transforma también, porque se inunda con excitación genital las fantasías ligadas a la experiencia con el objeto que ha quedado inscripta en la memoria inconsciente de aquel objeto perdido. Se sexualiza de una forma novedosa en clave genital, la fantasía incestuosa. El objeto que recibe esta carga del exceso de la excitación pulsión del primado genital, es la representación fantaseada del objeto primario. La fantasía incestuosa cobra un carácter inédito, porque este objeto sexualizado de la infancia, no solamente que se inscribe en tanto objeto separado del yo como perdido, sino que esa fantasía se retranscribe como un objeto sexual genital. Esta retranscripción de la fantasía incestuosa no sólo inscribe la carga de excitación sobre la vivencia del objeto sino también acarrea una nueva lucha entre las instancias (un nuevo conflicto intrapsíquico). (Bravetti, 2020, p.5)

En este momento subjetivo, esta fantasía activa la barrera contra el incesto, y activa a su vez un intento de sobrecatectizar para poder defenderse de esta aparición de la fantasía incestuosa, generando un nuevo conflicto. Como puntualizamos en el apartado anterior, Freud (2005), explica esto en metamorfosis de la pubertad: concomitantemente a la sobreinvestidura de la fantasía incestuosa se da un trabajo de desestimación, un trabajo psíquico de lucha contra esa fantasía y; tal como lo define Bravetti (2020), “el púber como resultado de este nuevo conflicto logra uno de los procesos más arduos y dolorosos en el crecimiento: desasirse de la representación autoridad, de la investidura idealizada, de los padres” (p.5).

Gutton (1993) argumenta que lo puberal, apoyado en lo real biológico es una experiencia originaria que conduce a la interpretación genital de las representaciones incestuosas que colisiona de manera intensa con la represión. Así lo expresa Franco (1995), “las escenas puberales son la forma de representación a nivel primario de los procesos de genitalización de los objetos edípicos infantiles” (p.3).

Pero la marca de lo PUBERAL pone en crisis a las organizaciones edípicas infantiles. Es a través de la configuración de escenas puberales que atravesarán la crisis. En estas escenas aparecen: el cuerpo erógeno genital excitado de la niña o niño; el progenitor incestuoso; y

el objeto del parricidio. Si todo se da saludablemente, estas escenas puberales serán sepultadas por la represión al chocar con la prohibición del incesto y permitirán el trabajo adolescente de des-erotización de las figuras parentales y el hallazgo del objeto adecuado no edípico y suplementario. (Franco, 1995, p.5)

En resumen, en el atravesamiento puberal se da una resignificación edípica, en tanto se retranscribe la fantasía incestuosa, en clave genital. Y, de acuerdo con Bravetti (2020), “frente a esa nueva carga pulsional, de esa motivación frente al objeto incestuoso, también se resignifica y se prioriza la barrera sostenida en la latencia contra el incesto” (p.5). El superyó en esta situación impone un doble imperativo: por un lado, aléjate de ese objeto prohibido; pero goza (un goce prohibido pero permitido, habilitado). La emancipación de la autoridad parental surge como resultado de la lucha entre el Yo y el superyó en relación con esta nueva fuerza del ello, de la pulsión (lo genital).

La violencia puberal dada como extraña al yo *debe* sufrir un trabajo de familiarización para que la posición edípica se elabore posibilitando la búsqueda del objeto adecuado. Lo originario puberal que cree encontrar por fin el objeto adecuado y su meta, lo elige inadecuado pues es incestuoso. El objeto adecuado se abordará al cabo de un largo trayecto de “des-convicción”. *El libretto puberal es el origen de un desarrollo*. Su elaboración es el único procedimiento que permite el acceso a una realidad que no sea infantil. (Gutton, 1993, p.71)

Según Freud (2005), el desasimiento de la autoridad parental conlleva la separación de la imagen, de la representación idealizada de los padres, ya que ésta no sería ya la base principal de las identificaciones a través de las cuales el yo se construye.

Cuando sucede que las escenas incestuosas de las escenas puberales se alejan más y más del objeto incestuoso, que es el primer objeto que se tiene que presentar porque no hay otra representación disponible para armar la sexualidad sino los objetos de la infancia, cuando termina este proceso hay un fenómeno que se produce en la relación con los padres como objetos de excitación: los padres pasan a ser obsoletos -él utiliza el término la obsolescencia de los padres- los padres dejan de ser el objeto que atrae sexualmente; que es una gran pérdida para los padres. Entonces ahí es muy interesante esta cosa de algo a lo que hay que llegar, para que él pueda poner su sexualidad en un objeto de su misma cadena

generacional. Hasta que los padres se transforman en obsoletos pasa un montón. (Waserman, 2014, p.62)

Lo puberal ejerce su influencia en varios aspectos: a) en el plano de lo pulsional, lo que exige otra tramitación en la dinámica del placer, con la búsqueda de un objeto apropiado (es decir, un objeto que no infrinja la prohibición del incesto, un objeto exogámico ajeno a lo familiar); b) en el plano de la representación identificatoria, donde el yo ya no puede apoyarse en las mismas afirmaciones y enunciados que solía mantener sobre sí mismo durante la infancia; y c) en las referencias en relación con al ideal y modelos a seguir, que se basaban en identificaciones familiares (Bravetti, 2020). Es por esta razón que Freud (2005) describe la pubertad como una metamorfosis que implica una reestructuración de todo el funcionamiento psíquico en estas instancias.

La producción de una transferencia objetal en la pubertad supone el desarrollo suficientemente adecuado de dos procesos contradictorios: uno de ellos lesiona el equilibrio narcisista de la infancia, el otro le asegura una re/construcción nueva. Lo puberal, pantalla de lo infantil, se definiría como un proceso específico. (Gutton, 1993, p.12)

Desde esta perspectiva, estamos abordando otra ocasión clave en el momento del devenir. Bravetti (2020) entiende a lo puberal como “una nueva cualidad de la materialidad psíquica, exige un trabajo de simbolización y tramitación, mediante ciertos mecanismos que el aparato psíquico dispone, para tramitar y elaborar esta situación de metamorfosis” (p.6). Lo puberal se convierte en un momento psíquicamente vulnerable, planteando un desafío al aparato psíquico para ver si puede enfrentar y dar respuesta al trabajo de reorganización o si quedará temporalmente abrumado por esta vivencia traumática, sometiendo al trabajo psíquico a un exceso de exigencia y resultando en una suspensión de lógica. En este sentido, las posibilidades de elaboración pueden quedar suspendidas (en stand by) durante un período de tiempo.

La apropiación del propio cuerpo tiene lugar cuando interactuamos con otros cuerpos. La mirada del otro implica la aparición de lo inédito. La mirada y la aprobación del par atestiguan de la existencia del púber como tal y es la mirada deseante que despierta en el otro sexo, junto con la propia excitación lo que le dará la pista de la complementariedad narcisística de los sexos y el reaseguro de la propia identidad sexual

(Bravetti, 2020).

El extraño que el espejo devuelve, suscita des-acomodación, incertidumbre en la autoestima, rechazo, inestabilidad y malestar. Ese extraño no es fácil de sobrellevar y se soporta mejor en grupo. El adolescente, desde sus albores, debe encontrarse en un nosotros al cual desplazará enseguida toda la obediencia, el conformismo y hasta la sumisión que de niño mantenía con su familia (Rodulfo, 2012). Aryan (2014) lo explica de esta forma:

Así como para el infans humano es imprescindible la presencia de otro ser humano (generalmente la madre) para que se desarrolle su potencial y se transforme en sujeto, es también imprescindible para el púber el intercambio dialéctico con su medio inmediato y mediato para que pueda ocurrir algo inédito en la subjetivación y que se refiere a que el individuo pueda pasar a soportar sobre sí mismo y enunciar la definición de su posición sexual simbólica. (p.9)

Como menciona Córdova (2010), este proceso implica una escritura de lo propio en el otro y por el otro, ya que lo propio no puede existir de manera aislada, sino que se forma en relación con los otros. En este interjuego social, se abre la posibilidad de crear un nuevo cuerpo que se manifiesta en su dimensión de alteridad; “el cuerpo-psíquico se constituirá mediante la escritura del cuerpo en otros cuerpos y por otros cuerpos, marcas que Nancy (2003) denomina 'excripciones' e inscripciones, posibilitadas por la grupalidad” (p.60).

Estos encuentros significantes con los otros tienen también la función de posibilitar el trazado de un “circuito pulsional intersubjetivo”, cuyo recorrido excede el propio cuerpo y el cuerpo familiar. Este circuito facilita la operación de des-investir genitualmente el cuerpo incestuoso parental para poder desasirse de él, enlazando la pulsión a ese circuito que favorece la socialización adolescente del “excedente sensual puberal” que inunda el psiquismo. (Córdova, 2010, p.59)

Lo puberal implica la necesidad de afrontar la pérdida del cuerpo infantil y de los padres que hasta ese momento habían desempeñado un papel fundamental en el apuntalamiento del narcisismo (padres de la infancia). Es, de acuerdo con Manrique (s.f.), “un momento de ensimismamiento y cierta tristeza acompañado de fenómenos proyectivos y de desplazamiento que ayudan a la elaboración de la angustia que aparece a partir de la vivencia del fin de la neotenia” (p.4). En el caso de que este proceso se desarrolle de

manera saludable, todo esto se manifiesta en los cambios en el comportamiento de los púberes. Pueden volverse hipersensibles a las críticas, establecer vínculos muy estrechos con amigos en los que experimentan relaciones marcadas por la dependencia, así como surgir rivalidades, envidias y críticas, entre otros fenómenos.

Mientras tanto, la relación con los padres se vuelve conflictiva. El púber requiere la presencia de sus padres de una manera diferente, una “presencia ausentada” (Manrique, s.f.), ya que el contacto físico directo con un púber desencadena rápidamente fantasías incestuosas. El púber necesita que sus padres lo acompañen, pero a cierta distancia, y que su mirada le confirme que sigue siendo “el mismo pero está cambiando” (Manrique, s.f.). Este proceso requiere que los padres realicen un significativo trabajo de reacomodación en relación con su hijo, y en este proceso, el manejo de la propia experiencia puberal por parte de los padres adquiere una importancia crucial.

Lo puberal (Gutton, 1993) se funda en un anclaje real biológico que tiñe todos los trabajos subjetivos atinentes a este momento de escrituración. Es en este momento en donde se constituye la noción de complementariedad de los sexos que dará lugar a la nueva unidad narcisística puberal como la designa Gutton. Es allí donde se juega la vivencia de completud narcisista. En la pubertad debe realizarse la metabolización del cuerpo genitalizado, verdadero trabajo de lo originario, que inscribe un nuevo cuerpo antes inexistente y que, ante la aparición de los embates pulsionales aparece, en principio, como un extraño para el/la púber. Este trabajo de metabolización impone una de-construcción-construcción de lo edípico que se presenta, al decir de este autor como “casi” igual al Edipo infantil. Este, “casi” da lugar a toda una revolución intrapsíquica que debe ser tramitada (...) La diferencia esencial con el Edipo infantil radica en que ahora ya no se trata de pulsiones de fin inhibido. Esto marca el fin de la neotenia. Ahora el niño se hace capaz de un contacto sexual completo y avizora sus consecuencias. Desde este lugar es desde el que se resignifican las vivencias infantiles, como lo describe Freud en el segundo momento del trauma. Es esta la razón por la que la pubertad puede ser considerada en sí misma un traumatismo. Desde su nueva posición, el niño seduce a su pasado, y, al mismo tiempo, comienza a percibirse como púber en la medida en que se siente capaz de seducir al otro como adulto. (Manrique, s.f., p.4)

Recapitulando, en la pubertad, tanto para los varones como para las niñas, se plantea la necesidad de llevar a cabo un trabajo psíquico que implica una nueva ligazón del cuerpo.

Los cambios físicos y la transformación del posicionamiento frente al deseo que conlleva esta etapa, generan un conflicto que debe resolverse a través de este trabajo psíquico propio puberal. En otras palabras, se trata, tal como lo expresa Rodulfo (2012) de alojarse en un nuevo espacio psíquico, el del cuerpo genitalizado, dejando atrás el cuerpo infantil y sus formas de relacionarse libidinalmente con los demás.

El erotismo en su plenitud “genital” redibuja con un acariciar *inédito* -esto es, desbordando el *cliché* freudiano de la sexuación- los cuerpos amantes (...) Pero el *acontecimiento* del orgasmo y todo lo que haga de lo genital algo distinto a una referencia ideológica normalizadora debe reconceptualizarse en términos de nueva escritura de lo corporal si ha de tener algún sentido suplementario (...) Entre la pubertad y la adolescencia esa mutación introducida por la genitalidad busca curso en rodeos de estridencia paradigmática para pensar el cuerpo en escrituras: el filo del trazo acuña los tatuajes, la masturbación intensificada hace de acariciamiento que vuelve a plantear los del bebé, el diálogo con los rasgos de un extraño que se busca y se reduce en el espejo y en el espejo de los pares se multiplica. (Rodulfo, 2012, p.124)

Es importante tener en cuenta que, como Gutton (1993) argumenta, la pubertad y la atravesamiento puberal ofrecen a la subjetividad una nueva oportunidad. Esto tiene un doble significado: la posibilidad de reescribir e inscribir de una manera más saludable lo que ha ocurrido hasta ese momento, pero también la creación de condiciones patológicas que antes no existían. En otras palabras, retomando a Manrique (s.f.) “cuando preexiste una fragilidad yoica, cuando hubo dificultades en el establecimiento de la latencia, entonces puede producirse una fractura que dé lugar a patología grave. Esto es lo que plantea Gutton cuando habla de fractura de la historia” (p.5).

II. 4. LO ADOLESCENTE

Según Rodulfo (2012), todo el proceso de constitución subjetiva se realiza a través de escenas de escritura, donde la subjetividad se desplegará en diversos espacios de

apostamiento: el cuerpo, el espejo, el espacio tridimensional. Como señala Graciela Manrique (s.f.) “para cada momento de pasaje de uno a otro espacio se darán procesos de de-construcción/construcción que permitirán el 'acarreo' de lo inscripto de un espacio a otro, que permitirán en definitiva, seguir ligando cuerpo subjetivado, trabajo psíquico por excelencia” (p.1-2). Como se puede observar, la manera de ocupar subjetivamente un espacio implica un conflicto intrínseco a esos procesos de deconstrucción y construcción, los cuales resultan indispensables para continuar inscribiendo subjetividad.

Podríamos decir entonces, que en el o la adolescente, a partir de su desarrollo puberal se irán dando escalonadamente, en un ida y vuelta, los trabajos de lo puberal y los de la adolescencia que darán como resultado transformaciones a nivel de lo originario, lo primario y lo secundario. Deberá producirse una nueva inscripción de cuerpo genitalizado con fantasías, representaciones e ideales que hagan a la asunción de ese nuevo proyecto identificador del cual, al decir de P. Aulagnier, el adolescente será el único signatario. (Manrique, s.f., p.2)

La adolescencia no debe concebirse únicamente como un período cronológico, sino como un tiempo de elaboración psíquica que, aunque toma tiempo en términos cronológicos, refleja estos tiempos lógicos, de retranscripción (Bravetti, 2020). Hablamos de las adolescencias, en plural; refiriéndonos a diversas formas de transitar este proceso elaborativo. No existe una única caracterización de la adolescencia, ya que cada sujeto puede vivenciar este período de manera única y variada.

Durante la pubertad y la adolescencia, se reviven las operaciones simbólicas que son fundamentales para la construcción de la subjetividad en los primeros años de vida, aunque ahora con las variaciones impuestas por la pubertad.

Según el difasismo de la sexualidad humana y por efecto del *a posteriori*, en la pubertad comienza un proceso de sexualización y genitalización de las representaciones incestuosas, ya que los objetos primarios son los únicos conocidos hasta ese momento. A esto le seguirá el trabajo elaborativo de la adolescencia. Apoyado sobre todo en los procedimientos de idealización como son las identificaciones y el Ideal del Yo, este último trabajo se dirigirá a la desexualización de la ambivalencia referente a las representaciones incestuosas. (Aryan, 2014, p.9)

En relación con estos dos tiempos o formas de la sexuación, coincidimos con Adrián Grassi y Néstor Córdova (2010) cuando proponen que lo puberal - adolescente es el entretiem po de la sexuación. Esto se debe a que la culminación de la sexualidad (infantil) no se produce de manera automática y eventualmente se transforma en su forma definitiva (adulta). Este proceso implica estaciones de recambio en la identidad infantil, desorden en el cuerpo, del objeto familiar y en el reposicionamiento generacional.

Entre re-edición y repetición, lo puberal adolescente tiene urgencia de transformar y crear. Urgencia por la inscripción de un cuerpo que conlleve. Una identidad diferenciada de lo infantil, de lo conocido y parental, con rasgos originarios y que contenga el deseo genital ligado a un objeto no-familiar. Entre repetición de lo viejo e inscripción de lo nuevo, lo puberal adolescente demanda un proceso identificatorio que se debate entre principio de permanencia y principio de cambio (Aulagnier, 1991). (Grassi, 2010, p.33)

Tal como afirma Córdova (2010) “lo puberal es la presencia ardiente de la sexualidad genital que activa la interpretación *après-coup* de la sexualidad infantil, creando representaciones incestuosas y fantasmas de seducción, materiales que queman, seducen y marcan ese cuerpo en transición” (p.47). Es el exceso de sensualidad inundando el cuerpo y el psiquismo, creando representaciones incestuosas que dan sustento a una intensa actividad autoerótica.

Lo adolescente, siguiendo a este autor, busca “atenuar esa ardiente sensación puberal, desexualizando el exceso de sensualidad, enterneciéndolo mediante los procesos de elaboración, sublimación e idealización de esas representaciones edípicas incestuosas, fantasías de seducción infantil creadas por interpretación *après-coup*, desde lo genital puberal” (p.47).

Lo puberal desencadena un exceso de sensualidad que se imbuye al sujeto adolescente, en tanto que lo adolescente suaviza ese excedente, mitigándolo. Ese plus de goce (Córdova, 2010), sin el trabajo de ligazón facilitado por lo adolescente, obstaculizaría el desarrollo saludable de los procesos de constitución psíquica y subjetivación.

Como vemos, se juega siempre un proceso dialéctico entre la fuerza fusionante de lo puberal y los trabajos separadores de lo adolescente. Lo puberal activa el Edipo genital, lo

adolescente permite su elaboración. Lo puberal permanece cercano al yo ideal como anhelo narcisista de retorno; lo adolescente crea las condiciones para la primacía del ideal del yo, como proyecto identificador y horizonte que señala un posible camino de salida para el sujeto adolescente. (Córdova, 2010, p.48)

Mientras que la pubertad es el gatillo que dispara todo el trabajo hormonal, la adolescencia se constituye en un verdadero trabajo de ligazón. Retomamos a Silvia Bleichmar (2002) cuando plantea que:

La adolescencia es un tiempo abierto a la resignificación y a la producción de dos tipos de procesos de recomposición psíquica: aquellos que determinan los modos de concreción de las tareas vinculadas a la sexualidad, por una parte, y los que remiten a la desconstrucción de las propuestas originarias y a la reformulación de ideales que luego encontrarán destino en la juventud temprana y en la adultez definitiva. (p.1)

Denominaremos adolescencia, trabajo adolescente, a este proceso de elaboración en torno a la materialidad de lo puberal (Bravetti, 2020). La adolescencia no debe concebirse simplemente como una fase directamente vinculada a una transformación biológica; más bien, se trata de un trabajo elaborativo destinado a simbolizar y representar las alteraciones inherentes a lo puberal. Esto en la medida que lo puberal genera este impacto tan significativo en el aparato psíquico que demanda un esfuerzo de tramitación.

El adolescente tendrá que dejar algo de sí en el camino; en principio, el cuerpo infantil: dejar la carne en la arena. Es el lugar donde dejará caer esa “libra de carne”, operación de corte que abrirá un surco para la reorganización del narcisismo. (Córdova, 2010, p.47)

Lo puberal implica el efecto en el aparato psíquico de la nueva organización genital, bajo el primado genital, que reestructura y asienta las marcas de la experiencia en un nivel psíquico que interrumpe la organización psíquica hasta ese momento. La adolescencia implica la labor de simbolizar y representar psíquicamente la metamorfosis de la pubertad. Como resultado, demanda la creación de un tiempo y un esfuerzo de elaboración que se manifiesta en una construcción subjetiva única. La idea de ser adolescente es una construcción histórico-social que configura la producción de subjetividad (Bravetti, 2020).

Freud nos habla de procesos de construcción psíquica en la metamorfosis de la pubertad

pero que a posteriori podemos leerlo y complejizar estos conceptos desde la lógica de la producción de subjetividad cuando hablamos del trabajo adolescente (...) En resumen, a lo puberal podemos circunscribirlo a estas transformaciones de la cualidad psíquica en función de la nueva organización pulsional, y a partir de allí las consecuencias de este desafío, de exigencia de tramitación psíquica, que requieren entonces un tiempo y un trabajo psíquico de elaboración, para tramitar las consecuencias de este efecto. Llamaremos adolescencia a ese tiempo de trabajo y tramitación psíquica para metabolizar (hacer homogéneo lo heterogéneo), inscribir lo inédito, y el efecto que tiene esto que es de re transcripción de las marcas previas. (Bravetti, 2020, p.6)

La subjetividad adolescente se configura como una suerte de impasse entre la experiencia infantil y la experiencia adulta, y se caracteriza por la posibilidad de abordar y elaborar un tiempo dedicado a la apropiación del propio cuerpo sexuado; un tiempo para elaborar la pérdida y renunciar a la vivencia infantil y las identificaciones infantiles; un tiempo para elaborar sobre la pérdida de aquellos adultos garantes del narcisismo infantil; y un tiempo para la búsqueda de nuevos objetos, no solo en el ámbito amoroso y sexual, sino también en el plano social, buscando nuevas referencias identificatorias para construir una representación de sí mismo.

En este sentido, vemos que los adolescentes están compelidos a buscar nuevas experiencias, nuevas respuestas, pero también nuevos interrogantes que les permitan reordenar su lugar en el mundo para poder habitarlo. Subrayo, llegado a este punto, la idea de *liminalidad* del cual Stella Maris Firpo (2015) habla en los siguientes términos,

Se distingue a la adolescencia por su característica, la liminalidad. Se sitúa entre los márgenes movedizos de la dependencia infantil y de la autonomía de los adultos y en los confines un tanto imprecisos de la madurez y la inmadurez sexuales, de la formación de las facultades intelectuales y de su florecimiento, de la ausencia de autoridad y la adquisición de poderes. (p.31-32)

Como lo detalla Bravetti (2020), el trabajo de representar los cambios conlleva un movimiento paradójico, ya que implica adentrarse a un territorio desconocido, que son las novedades ocurridas durante la pubertad, al mismo tiempo que requiere reubicar y reinscribir al sujeto que fue en su infancia.

El adolescente se descubre siendo un extranjero exiliado del lenguaje y las imágenes de la infancia. Arrojado a un incesante devenir otro, deberá partir en busca de las palabras que le permiten traducir sus inéditas sensaciones y crear con ellas una poética de la inexistencia (Córdoba, 2017). (Córdoba, 2018, p.19)

El trabajo adolescente se desarrolla sobre la base de la experiencia infantil, maniobra sobre lo infantil, pero al mismo tiempo, permite inscribir una nueva versión del futuro. En este proceso, el yo tiene la capacidad de construir y anticipar este futuro, concibiéndolo como un proyecto (Aulagnier, 2007). La adolescencia implica un proceso de reacomodación en relación al cuerpo, los otros y los ideales. La puesta en historia de los tiempos de la infancia servirá al joven en el armado de su proyecto identificadorio. Aulagnier (2007) afirma que el yo será responsable del constante trabajo de historización e interpretación del proyecto identificadorio.

Aulagnier (2007) plantea que en el proyecto identificadorio, se presupone que el adolescente se enfrenta al futuro con el deseo de construir su salida, su identidad futura. Sin embargo, para llevar a cabo este trabajo, es un requisito fundamental que el adolescente construya su pasado. Aulagnier (2007) considera la historización como el trabajo principal de la adolescencia. Este proceso de construcción y reconstrucción del pasado es imprescindible para que el sujeto pueda investir un presente y, al mismo tiempo, proyectar un futuro. Permitirá al adolescente contar con puntos de referencia estables, anclajes necesarios para generar un sentimiento de continuidad en tiempos de complejas transformaciones.

A través del proceso de historización, el yo reorganiza y reescribe las marcas previas en su historia, así como en su trayectoria identificadoria y deseante. Este proceso actúa como un tamiz, filtrando aquellos enunciados que tienden a permanecer y que continúan proporcionando coherencia, permitiendo que el yo no se desarme frente al impacto de lo novedoso. Al mismo tiempo, implica renunciar y perder ciertos elementos en el camino.

Este proceso es inconsciente y está relacionado con el mecanismo de la identificación. El yo no reconoce conscientemente que está llevando a cabo un trabajo de desapego y pérdida de referentes identificatorios. Sin embargo, hay un registro desde el yo,

el aspecto consciente, que se manifiesta en la sensación de inadecuación, extrañeza, pérdida de la vivencia de continuidad y la presencia de angustia.

Podemos referirnos a la crisis identificatoria (Mannoni, O., 1984) como el momento peculiar del proceso adolescente en el cual el yo se ve desafiado a soltar y perder las marcas identificatorias que había negociado y conciliado previamente con el entorno familiar. Cuando hablamos de una crisis identificatoria en el proceso adolescente, nos referimos a la puesta en cuestión de una constitución, de una construcción lograda hasta ese momento. La crisis afecta, socava o moviliza la construcción identificatoria alcanzada por el yo hasta ese momento. Octave Mannoni (1984) resalta que el pasaje a la adolescencia se lleva a cabo no sin costo:

Al tiempo de la muda los pájaros son desdichados. Los humanos también mudan; al momento de la adolescencia, sus plumas de prestado, sus ropas no parecen ser suyas –sean ropas de niño o de adulto- pero, sobre todo, sucede lo mismo con sus opiniones: son de prestado. (p.27)

La comparación con los pájaros desdichados que pierden sus plumas y quedan desprovistos de ese plumaje cobertor y protector que les proporcionaban las plumas cuando eran pichones es una imagen evocadora. En esta metáfora de Mannoni, la caída de las plumas simboliza la renuncia a ciertos enunciados identificatorios ligados a lo infantil parental, pero al mismo tiempo, crea el espacio necesario para el crecimiento de futuras “plumas” identitarias.

El trabajo adolescente implica reconstruir la representación de sí y la vivencia corporal, inscribiendo las transformaciones corporales para atribuirles un significado, subjetivando así lo que está sucediendo. Esto conlleva redefinir su posición con respecto a los demás y su posición en el ámbito familiar; reescribiendo a su vez el lugar que lo familiar juega en su vida y determinar qué lugar puede ocupar este yo cambiado en el mundo extra familiar.

Y simultáneamente con la vivencia de inscripción de lo nuevo (Bravetti, 2020), también se experimentan las pérdidas de lo que ya no está presente (¿dónde está ese cuerpo infantil? ¿dónde quedaron las referencias identificatorias del niño?). Por lo tanto, uno de los mecanismos que opera en este proceso es el trabajo de duelo: el aparato psíquico deja de

contar con ciertas representaciones que previamente estaban cargadas de significado, investidas. Se trata, entonces, de reorganizar la economía libidinal en respuesta a la pérdida de referencias tanto en el ámbito de los objetos como en el ámbito de las identificaciones para el yo.

Entonces, el proceso de elaboración adolescente involucra el trabajo de duelo como uno de sus mecanismos. No se limita únicamente al estado doloso, sino que implica un desgaste de energía y un consumo de tiempo significativos.

Siguiendo las ideas de Arminda Aberastury y Mauricio Knobel (2010) podemos decir que el adolescente realiza tres duelos fundamentales: 1) el duelo por el cuerpo infantil perdido; 2) el duelo por el rol y la identidad infantiles, y 3) el duelo por los padres de la infancia.

Los cambios psicológicos que se producen en este período y que son el correlato de cambios corporales, llevan a una nueva relación con los padres y con el mundo. Ello sólo es posible si se elabora lenta y dolorosamente el duelo por el cuerpo de niño, por la identidad infantil y por la relación con los padres de la infancia. (Aberastury, A. y Knobel, M., 2010, p.15)

Este triple duelo con los concomitantes cambios que conllevan, en los que el púber va perdiendo su identidad de niño, implica la búsqueda de una nueva identidad que se va construyendo a nivel consciente e inconsciente (Aberastury y Knobel, 2010). En la adolescencia, el sujeto experimenta fluctuaciones entre una dependencia y una independencia extremas, ya que intenta simultáneamente contrarrestar los cambios impuestos por la vida adulta y desprenderse del estado infantil. La adolescencia se caracteriza por una crisis marcada, llena de ambigüedad y confusión, que altera la relación del adolescente con el mundo y su entorno social más cercano (Aberastury y Knobel, 2010). Los cambios vividos durante este momento impulsan al adolescente a buscar constantemente una identidad que le proporcione seguridad y resguardo frente a la crisis que está experimentando. Según Aberastury y Knobel (2010), la adolescencia representa un momento crítico, caracterizado por la ambigüedad y la confusión, derivado de este triple duelo.

Por su parte, Freud [1917] (2006) identifica tres momentos lógicos en el proceso del trabajo de duelo: el reconocimiento de la pérdida que implica aceptar la pérdida como parte

del principio de realidad; sobreinvertidura de las representaciones del objeto perdido, porque como menciona Freud (2006), “de él emana ahora la exhortación de quitar toda la libido de sus enlaces con ese objeto” (p.242). Es necesario para deactectar esa representación, para su desligamiento, la sobreinvertidura. Se trata de recuperar la energía puesta en el objeto para que regrese al yo. Este proceso implica cambiar el significado para dar cuenta de la pérdida, ya que es en esta sobreinvertidura donde se experimenta el mayor dolor (la sobreinvertidura sirve para desligar los nexos y las asociaciones existentes con respecto a la representación perdida).

Se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido. (Freud, 2006, p.243)

La libido de objeto se transforma en libido narcisista durante este proceso. Mientras esto ocurre, el mundo exterior pierde valor; y, por último, una vez que se ha deactectado, la energía psíquica está disponible para catectizar un nuevo objeto, lo cual implica un cambio en el estatuto del objeto perdido, que requiere un trabajo activo de renuncia. Se trata de un proceso de lucha para cambiar el estatuto del objeto perdido, permitiendo así que la energía psíquica esté disponible para catectizar nuevas representaciones, nuevos nexos y asociaciones.

Entonces, por un lado, se trata de desinvertir los objetos que ya no tienen vigencia, y simultáneamente, reconstruir y reorganizar la economía libidinal para representar lo presente, lo posible y lo novedoso. En la adolescencia, el desafío radica en enfrentarse a la pérdida de las representaciones previas, generando angustia. El trabajo consiste en dirigir la atención hacia el mundo interno para encontrar lo perdido, para así poder reconstruirse.

Más que referirnos exclusivamente al trabajo de duelo durante la adolescencia, hablamos de trabajos de duelo en la adolescencia (Bravetti, 2020). Estos trabajos de elaboración en la adolescencia involucran no solo al sujeto adolescente, sino también a su entorno circundante. Podemos retomar a Grassi (2010) cuando afirma que:

Los trabajos de duelo *en* la adolescencia son paradójales (Rodulfo, 2004). El fin de la infancia requiere de una caída, una muerte, pero a la vez de una conservación superadora, transformación de lo infantil. Algo se pierde pero los referentes simbólicos de la identidad son resignificados (nombre, apellido, filiación, pertenencia a un sexo, a un grupo de origen, a una generación). (p.32)

Dicho de otra manera, lo adolescente tiene que ver con cómo el sujeto dispone de una cantidad específica de energía psíquica para incorporar lo nuevo (reescribir aspectos de la infancia), generando un efecto de continuidad y vigencia (Rodulfo, 2012). Este proceso es esencial para mantener la integridad del yo, ya que, de lo contrario, podría desmoronarse. Se trata de realizar un trabajo de pérdida de esos elementos identitarios anteriores para abrir espacio a nuevas referencias identificatorias. Este proceso posibilita el ingreso de la novedad, permitiendo contar con nuevos recursos para construir una nueva versión de sí mismo.

Por otra parte, Peter Blos (1973) estudia a la adolescencia como un segundo proceso de individuación. Según este autor, la segunda individuación en la adolescencia es un proceso y un logro, caracterizado por un colapso temporal que tiende hacia una reconstitución final de funciones y organización del yo.

La adolescencia permite, de esta manera, una regresión pulsional que es más que defensiva, adaptativa. Es a través de ella que se opera esta segunda oportunidad, para resolver situaciones abrumadoras de peligro que aún se mantienen desde la infancia (Blos, 1971). Esta regresión está al servicio del desarrollo: se regresa a lo infantil con una dotación yoica con más recursos, más polifacética y estable de la que tenía el niño pequeño. De esta manera, y a diferencia del niño, el adolescente posee, junto al anhelo de gratificación pulsional y yoica, un Yo auto-observador y ligado a la realidad que se mantiene intacto, lo que hace que pueda ir resolviendo de manera reestructurante los conflictos y fijaciones pendientes. Al garantizarse el mantenimiento de esta ligazón permanente con la realidad, se desvanece el peligro de hundimiento en una regresión patologizante (Blos, 1993). La regresión al servicio del desarrollo complejiza en definitiva la capacidad de maduración yoica y el proceso de individuación no se altera aun cuando el impulso regresivo posea una fuerza fuera de lo común (Blos, 1972). (Klein, 2020, p.4)

Según Blos (1973), la segunda individuación en la adolescencia implica la oportunidad de completar lo que ya ha ocurrido, pero de una “mejor” manera y desde un yo más maduro y libre de conflictos. Este proceso permite el paso del narcisismo primario a la aceptación de la diferencia y los traumas residuales.

Es importante que los padres y adultos significativos puedan soportar la desidealización, la confrontación, y les permitan tener sus propias experiencias. Es decir, dar el lugar pero sin abandonarlos, soportar la ambivalencia sin renunciar a las funciones parentales. Crecer implica ocupar otro lugar, el lugar del padre o de la madre en la cadena generacional y para esto es necesario matar simbólicamente a los padres (Franco, 2001).

Así como para “hacerse” niño, necesitó sostenerse en las funciones materna y paterna, en este “hacerse” adolescente necesita de la función de los pares, amigo íntimo o grupo de amigos con quienes atravesar las nuevas experiencias, para poder apropiárselas. El “hacer”, el jugar del púber y del adolescente es con su propio cuerpo, con el del amigo o con la realidad. (Franco, 2001, p.2)

Los adolescentes suelen apropiarse de lugares en la realidad que preservan de la intromisión de los adultos. Como señala Franco (2001):

Para que las experiencias y los trabajos de la adolescencia sucedan, los padres deben poder correrse de la escena, dejar espacio para ser ocupado por otros referentes adultos extrafamiliares y muy especialmente por el grupo de pares o amigos íntimos. (p.3)

Los pares funcionan como un espejo, lo desconocido del cuerpo del otro, funciona como un doble especular, le remite a la extrañeza del propio cuerpo, en el cual aún no se reconoce del todo. Es identificándose con el amigo, con el par, que se reconocerá en su nuevo cuerpo. Los trabajos de lo puberal y los de la adolescencia constituyen un proceso absolutamente intersubjetivo (Aryan, 2014).

En el adolescente el Otro como mirada se encarna en el amigo íntimo o grupo de pares. Es en el rostro y el cuerpo del par donde se reconocerá el ya no niño, es a través del recorrido que hace la mirada que pasando por el cuerpo del otro vuelve al sujeto como reconocimiento y escritura de su nueva, inédita imagen inconsciente del cuerpo. (Franco, 2001, p.6)

También toma relevancia el espejo concreto, como un lugar de experimentación, que le devuelve al adolescente la imagen de un extraño, espejo que se le puede tornar siniestro en el no reconocerse, los lleva a no poder ni mirarse o los lleva a estar horas experimentando frente a este. Lo característico del juego en la adolescencia es que los jugares se dan sobre la realidad y sobre sus cuerpos, experimentando nuevos lugares, nuevas sensaciones, jugando con el cuerpo propio y con el del amigo, con la realidad (Franco, 2001). Se trata del encuentro cuerpo a cuerpo, con el propio y con el del otro. Entonces, los objetos externos se utilizan como referentes para integrar la propia imagen. Lo que busca el adolescente es lograr un reordenamiento simbólico que le proporcione una imagen que preserve la estabilidad del narcisismo. Cuando este proceso fracasa, se genera un proceso de subjetivación incompleto. Córdova (2010), en relación a ello, plantea que:

En cierto modo, el cuerpo infantil, por la dimensión real biológica de las transformaciones de la pubertad, deviene parcialmente soma, territorio inexplorado que impone al psiquismo su “in-corporación” mediante trabajos de inscripción del cuerpo genital en un proceso de integración psicosomática (...) Para adueñarse activamente de este cuerpo ahora genital, el adolescente deberá crearlo y crear-se como tal, en un trabajo de apropiación subjetiva, propiciado por el encuentro intersubjetiva con el otro no familiar. La tarea adolescente consistirá, metafóricamente, en crear-se los ropajes imaginarios y simbólicos para in-vestir con ellos ese real genital en estado de desnudez. (p.55)

Rodulfo (2012) introduce el término de “el segundo deambulador” para describir cómo los adolescentes exploran nuevos espacios fuera de casa. Haciendo una referencia analógica al momento en que un bebé comienza a caminar y explora el mundo, siendo cuidado por sus padres para evitar accidentes y estableciendo límites en esta nueva forma de moverse. En la adolescencia, este proceso parece replicarse de manera similar, pero ahora el mundo exterior es el objeto de exploración, y los padres enfrentan desafíos al intentar establecer límites que protejan esta exploración. Con la inclusión del mundo virtual, la exploración se amplía no solo al entorno inmediato sino también a lo que está más allá.

Rodulfo (2012) considera entonces al adolescente como el iniciador de una segunda etapa de deambulación. Esta deambulación como exploración conlleva un riesgo, que el adolescente experimenta su libertad desenvolviéndose en diversos espacios y lugares,

abierto al azar y en búsqueda del deseo. Rodulfo (2008), a su vez, toma a la exploración como una dirección en la que la cuestión del jugar continúa transformada. “Hay una serie de exploraciones de carácter lúdico en la adolescencia que involucran incluso zonas que no dejan de tener sus riesgos: consumo de drogas, velocidad, búsqueda de peligro. Hay muchas áreas en las que le adolescente explora, prueba” (p.1). Es por ello que este proceso implica la construcción activa de límites, que requiere el acompañamiento de sus otros significativos. En la adolescencia, estas dinámicas se intensifican, manifestándose de manera más pronunciada y sufriendo metamorfosis en sus temáticas y contenidos.

La exploración es esencial para los adolescentes, ya que les brinda la oportunidad de interactuar con diversas figuras que contribuyen a los procesos de simbolización en relación con la imagen de su cuerpo. En este contexto, el sentido de pertenencia que va más allá de lo familiar desempeña un papel crucial, ya que proporciona un acompañamiento valioso durante el proceso de resignificación del cuerpo, que a menudo conlleva sufrimiento.

Los amigos funcionan como fenómeno transicional para el adolescente (Rodulfo, 2012), brindándole un soporte en la transición entre el mundo familiar, con todo lo conocido, los ideales, las costumbres y los mandatos, y lo extra familiar.

La función del amigo me parece que se puede entender si uno la opone a la del extraño. Así como el extraño irrumpía causando angustia en lo familiar, la función del amigo creo que se debe pensar como una transformación muy importante del objeto transicional, en tanto el amigo mitiga los rigores – para el sujeto en formación - de la oposición familiar/extrafamiliar, la suaviza, funciona como un articulador. (Rodulfo, 2005, p.158)

En lo extrafamiliar, el joven se enfrenta a lo nuevo, cuestiona, experimenta, y se aventura en un viaje de exploración. Siguiendo esta ilación, Córdova (2010) afirma que:

Estos encuentros significantes con los otros tienen también la función de posibilitar el trazado de un “circuito pulsional intersubjetivo”, cuyo recorrido excede el propio cuerpo y el cuerpo familiar. Este circuito facilita la operación de des-investir genitualmente el cuerpo incestuoso parental para poder desasirse de él, enlazando la pulsión a ese circuito que favorece la socialización adolescente del “excedente sensual puberal” que inunda el piquismo (...) El adolescente inscribe su cuerpo en el otro y desde el otro, en una creación compartida, bajo el signo del naciente erotismo. (p.59)

El proceso de separación que el adolescente debe realizar para distanciarse de su familia y explorar el mundo en busca de diversas formas de subjetivación se complica si hay una resistencia y rechazo al proceso adolescente. Cuestión que retomaremos en el siguiente apartado.

Asimismo, de acuerdo con Rodolfo (2012) “es necesario pensar en las funciones que tienen en la estructuración subjetiva agentes de subjetivación no familiares, en el sentido de funciones primarias, tan primarias como las familiares” (p.119). Entendiendo por agentes de subjetivación no familiares a las bandas, los pares, lo tele-tecno-mediático y los adultos implicados en estos circuitos y en estos campos discursivos (Rodolfo, 2012).

Podemos estar de acuerdo con la perspectiva de Rodolfo (2005) que sugiere concebir la adolescencia como un momento caracterizado por trabajos específicos que deben cumplirse.

Pensar la adolescencia en una perspectiva de trabajos a cumplir sirve para reposicionar el análisis de la adolescencia, en contra de desdichadas polarizaciones que la cuestión de la adolescencia en psicoanálisis ha sufrido (...) No se trata de una lista, no se trata de una clasificación. Con solo exponerlos se verá que obviamente están trabados entre sí. (Rodolfo, 2005, p.155)

Rodolfo (2005) (2012) distingue, sin ambición de exhaustividad, unos siete trabajos entre dos de sus libros. Podemos comenzar con el último que incorpora, con aquel que denomina la escritura del nosotros en el psiquismo y le da el lugar de un “nuevo acto psíquico”,

Mi hipótesis puede enunciarse así: uno de los trabajos de la adolescencia es escribir intrapsíquicamente esta categoría del *nosotros* que estaba esbozada en el niño, en los hermanos, en los primeros amigos, pero que en la adolescencia - y, además, contemporáneamente - toma otras proporciones. (Rodolfo, 2012, p.121)

La importancia que le da Rodolfo (2012) a la escritura del nosotros en la adolescencia es la misma que Freud le da a la constitución del yo en la infancia, quedan equiparadas estas dos operaciones en cuanto a lo fundamental que son para la estructuración del psiquismo. Ese nosotros no es pensado meramente como un vínculo

relacional, conductual, intersubjetivo. Rodulfo (2012) afirma que es una inscripción simbólica en el aparato psíquico adolescente.

El nosotros es una adquisición más bien tardía en la adolescencia, donde lo que está en juego es la problemática especular. En el adolescente ser reconocido por sus pares es fundamental, esta categoría hay que hacerla jugar. Además en el nosotros se agrega la dimensión de “ser con”, ser reconocido reconociendo la alteridad del otro. El nosotros tiene que ver con un proceso de poder diferenciarse del otro sin la necesidad de oponerse a él (Rodulfo, 2012).

Retomando los trabajos específicos que deben cumplirse en la adolescencia, Rodulfo (2005) plantea seis; la escritura del nosotros en el psiquismo lo agrega en su libro “El psicoanálisis de nuevo. Elementos para la deconstrucción del psicoanálisis tradicional” (Rodulfo, 2012).

Al primer trabajo Rodulfo (2005) lo define como el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, va más allá de una mera transición; es más apropiado hablar de una metamorfosis, de una transformación interna de ambos polos (familiar y extrafamiliar). En la adolescencia, si este trabajo se lleva a cabo, lo extrafamiliar se vuelve más significativo que lo familiar por primera vez. “Cuando eso no ocurre, cuando lo familiar sigue siendo lo más importante hay algo muy decisivo en cuanto a lo extrafamiliar que no se está produciendo. Entonces el punto nodal lo constituye este profundo trastocamiento” (p.156).

Durante el período que identificamos como la latencia, se lleva a cabo un proceso significativo en lo extrafamiliar, y se espera que uno de los puntos cruciales para una verdadera latencia sea la influencia significativa de lo extrafamiliar. Por ejemplo, esto se manifiesta a través de la función simbólica de los amigos. Sin embargo, incluso con estos elementos, aún no es suficiente para desplazar la primacía de lo familiar (Rodulfo, 2005). En este sentido, este hecho novedoso solo ocurre después de la pubertad “y que no le viene regalado al adolescente, lo debe conquistar” (p.157). La tarea principal del adolescente es lograr que lo familiar se vuelva extraño, como si fuera algo ajeno.

Un segundo trabajo implica el pasaje o transformación del yo ideal, es decir, que el acento se traslade del yo ideal al ideal del yo (Rodulfo, 2005).

Tiene que ver con los duelos, matar al niño ideal, está ligado a la predominancia del ideal en tanto horizonte abierto de lo que va a ser – o de lo que será sin serlo nunca del todo –

contrapuesto a la dimensión del Yo Ideal, como la de lo que ya está ahí consolidado como una cierta estatuaría. (Rodulfo, 2005, p.159)

El tercer trabajo da cuenta del pasaje de lo fálico a lo genital. Aunque Rodulfo (2005) lo sitúa como el tercer punto, en realidad, es la primera gran tarea que Freud (2005) asigna a la pubertad, abarcando así todo el desarrollo de la adolescencia. La iniciación sexual en la adolescencia va más allá de ser un simple episodio; constituye un acontecimiento estructurante (Rodulfo, 2005). Durante este proceso, algo culmina en términos de escrituración y de inscripción en el propio cuerpo, y la vivencia de satisfacción experimenta una resignificación significativa. Este pasaje constituye otra dirección en la que la cuestión del jugar continúa de manera transformada: a saber, en juegos Sexuales, juegos de aproximación sexual, de iniciación sexual en la adolescencia (Rodulfo, 2008). En este punto, retomamos a Córdova (2010) cuando afirma que:

El adolescente inscribe su genital con el genital otro y su cuerpo con el otro cuerpo, hasta llegar al reconocimiento del otro y de sí mismo. La insistencia, la repetición de la referencia al tajo, la no separación del objeto complementario es propiedad de lo puberal. Lo puberal en su versión originaria es una tendencia antiseparadora por excelencia, búsqueda de la repetición de toda experiencia de complementariedad. Lo adolescente, en cambio, es una fuerza separadora, promueve la búsqueda de lo nuevo; es tendencia a la creatividad. (p.51)

El cuarto trabajo reside en la repetición transformada de los tiempos del narcisismo (Rodulfo, 2005). En la adolescencia, toda la problemática de la reestructuración narcisista se repite, pero con una transformación notable: los tiempos se invierten. La adolescencia no puede comenzar sin la aparición de lo extraño, sin verse a uno mismo como ajeno. En este momento, uno se percibe como un desconocido. Tal como lo expresa Rodulfo (2008), comienza todo un “trabajo de juego sobre el propio cuerpo, juego de escrituras que se pone de manifiesto en la ropa, en el maquillaje, en prácticas de tatuaje, de adorno” (p.2). La identidad construida durante la infancia junto a los padres experimenta un profundo desajuste en relación con este nuevo estado de cosas.

Llegada la pubertad, el grupo familiar debe ceder su supremacía y dar lugar a la creación de otros grupos y otros espejos. La exuberante sexualidad genital puberal y las extrañas distorsiones y alteraciones corporales bordearán el territorio de lo siniestro, tanto para la

mirada del propio púber como para la de sus padres. Ambas generaciones intercambian ahora imágenes que despiertan una amplia gama de respuestas, que van desde la seducción hasta el horror ante la muerte anunciada del niño maravilloso y los padres ideales (...) La función del espejo generacional adquiere entonces una importancia decisiva. Podemos concebirlo como un espejo versátil y polifacético que va configurando una imagen reunificada del cuerpo por medio de contactos corporales, miradas, gestos, modismos verbales, musicalidades, modas y rituales, entre otras trazas significantes epocales utilizadas por los adolescentes. Este fascinante calidoscopio colectivo apunta al adolescente en su proceso de desasimio y des-identificación de lo familiar infantil y favorece la creación de ideales y modelos identificatorios de relevo. (Córdova, 2010, p.58)

El siguiente trabajo implica el pasaje del jugar al trabajar (Rodulfo, 2005).

Mi hipótesis es que si algo de las raíces deseantes del jugar no pasa inconscientemente al trabajo, si no hay una articulación inconsciente donde el trabajar herede lo lúdico, retransformándolo (retransformándolo porque hay otro lugar ahí de lo preconscious y del proceso secundario), el trabajar y el jugar se disyuntan, el jugar queda confinado –a lo sumo– en la categoría de ensueño diurno improductivo, y todo el campo del trabajo en el futuro se expone a ser pura adaptación, a quedar preso meramente en una demanda social. (Rodulfo, 2005, p.160-161)

Al último de los trabajos Rodulfo (2005) lo conceptúa como el pasaje del desplazamiento a la sustitución particularmente en términos de elección de objeto desde el sepultamiento del Edipo.

Todos estos trabajos están íntimamente relacionados. La escritura del nosotros en el psiquismo podría ser tomado como un organizador a partir del cual poder pensar los demás trabajos.

Podríamos decir, entonces, que en el/la adolescente, a partir de su desarrollo puberal, se irán dando escalonadamente en un ida y vuelta los trabajos de lo puberal y los de la adolescencia que darán como resultado transformaciones a nivel de las inscripciones originarias y en el funcionamiento primario y secundario del psiquismo.

PARTE III

III. 1. SUJETADOS AL LENGUAJE, ¿SUJETADOS AL GOCE?

La pubertad se asemeja a un terremoto que sacude toda la organización psíquica. Se producen transformaciones a nivel pulsional, representacional e identitario. Como se ha dicho anteriormente, hay un resurgimiento de los deseos incestuosos de la primera infancia, pero ahora en un cuerpo diferente y en un contexto distinto. Todo se ve conmocionado, se pone en movimiento, se desestabiliza y adquiere nuevas configuraciones. De acuerdo con Beatriz Janin (2020):

Hablamos del estallido pulsional de la pubertad. Al mismo tiempo hay una reorganización representacional que supone no solo nuevas posibilidades simbólicas sino también nuevas inscripciones. Ambas cuestiones están absolutamente ligadas: mientras que la insistencia pulsional arma un cuerpo diferente, las nuevas sensaciones dan lugar a nuevas representaciones y esto lleva a una idea de cuerpo en cambio permanente. Esto dificulta bastante sostener una imagen estable de sí mismo y revaloriza la mirada de los otros como espejos en los que reflejarse, lo que trae no pocas dificultades a las y los adolescentes. (p.15-16)

En otras palabras, las marcas de la infancia que resurgen durante la pubertad se ven confrontadas con el entorno social. Como resultado, las primeras inscripciones se reorganizan y dan lugar a nuevas combinaciones, influenciadas por nuevos encuentros. Dado que el psiquismo es una estructura abierta al mundo, las interacciones y los eventos históricos dejarán huellas y afectarán la manera en que se lleva a cabo esta reorganización psíquica. Esto incluye cómo se reescriben las primeras marcas y los caminos que se abren hacia adelante (Janin, 2020).

Como hemos dicho en el apartado de lo puberal, durante la pubertad, se da una resignificación edípica y se vuelve más evidente el riesgo del incesto, el riesgo de la adherencia al objeto primordial, lo que el púber ya no puede ignorar. Esto lo impulsa a buscar diferentes vías de diferenciación. Una vez más, es el entorno externo a la familia el

que le ofrece al púber nuevas oportunidades de identificación, con nuevas figuras a las que dirigir su afecto. Es como si los púberes estuvieran asomándose al mundo en busca de nuevas experiencias y conexiones. Como señala Viviana Veloso (2020) “es tiempo de encontrar nuevos ordenamientos, re-ordenar, des-ordenar. Se hacen necesarias nuevas organizaciones que signifiquen y den sentido al crecimiento y la genitalidad” (p.44).

Atravesar la pubertad no quiere decir que se atravesó lo puberal. Puede que algo del proceso puberal se haya detenido y que trajo por efecto que estos sujetos no puedan hacer su camino. Esto, en tanto lo puberal permite un camino para que se desplieguen determinadas funciones psíquicas. ¿Qué efectos produce atravesar esta pubertad sin puberal? (Manrique, s.f.). Más adelante se ahondará en esta cuestión.

Como hemos mencionado, hay cuestiones de época, así como el propio entramado subjetivo, que pueden llegar a hacer que el proceso puberal se detenga. En este apartado, nos detendremos a analizar cómo es este contexto sociohistórico, actual, en el cual los púberes advienen y cuál es el impacto que el mismo tiene en sus cuerpos y en su subjetividad. El psicoanálisis y su comprensión de la subjetividad se enriquecen enormemente cuando se consideran los contextos sociohistóricos. Como mencionan Eva Angelli y Hernán Altobelli (2013):

Cuando hablamos de lo socio-cultural no sólo hablamos de un marco, de un escenario en donde se despliega la vida, sino más bien de aquello que hace que los sujetos sean sujetos de esa época, envueltos en una red de significaciones que le son propias. (p.4)

Así como lo entiende Susana Sternbach (2006), “una lectura psicoanalítica que no tomara en cuenta lo sociohistórico amputaría su comprensión teórica de la subjetividad así como la eficacia clínica de la escucha y la intervención” (p.55). El trabajo de los púberes actuales es justamente el de desplegar lo puberal bajo coordenadas sociales específicas. Ni mejores ni peores que las de antaño. Pero, sin duda, diferentes. “El cuerpo del púber, afectado desde sus raíces biológicas, es sin embargo también producto de los discursos sociales. Se produce desde una realidad cultural y no meramente natural” (p.68).

¿Qué pasa en nuestra época y en nuestra cultura con los valores sociales? Sostiene Byung-Chul Han: “Vivimos en una sociedad que se hace cada vez más narcisista. La libido se invierte sobre todo en la propia subjetividad” (...) De esta forma, se diluye el límite entre él

y el otro (...) Pienso que los ideales culturales favorecen o entorpecen la resolución de la crisis adolescente. El *ideal del yo* cultural ofrece caminos alternativos a la exigencia pulsional, caminos alternativos que ayudan al adolescente a desprenderse de los objetos incestuosos. Pero si la sociedad no sostiene esos caminos, queda apresado en los deseos incestuosos o en el rechazo a todo deseo. (Janin, 2020, p.17-18)

En esta era, tal y como consumimos, dejamos de relacionarnos con la comunidad para solamente relacionarnos con nuestro ego. De esta manera, la sociedad se ha vuelto una sociedad narcisista. El régimen neoliberal impone, como hemos situado, la comunicación sin comunidad (Han, 2020), individualizando a los hombres, y convirtiéndolos en productores de sí mismos. La cultura del consumo, la comunicación digital y la falta de rituales han contribuido a la fragilidad de las conexiones humanas y la pérdida de profundidad en la vida cotidiana.

Retomando lo que planteamos anteriormente respecto de los rituales, según Han (2020), los rituales objetivan el mundo y brindan una referencia sólida y compartida a la realidad.

Por el contrario, la presión para ser auténtico hace que todo sea subjetivo. Con ello radicaliza el narcisismo. Hoy aumentan los casos de perturbaciones narcisistas porque cada vez perdemos más el sentido para las interacciones sociales fuera de los límites del yo. (Han, 2020, p.25)

Asimismo, vivimos en una época marcada por la tecnología pero también por la cultura de la desmesura. Asistimos a una transformación significativa en el orden sociocultural, donde el papel del Otro en lugar de imponer restricciones, prohibir el goce, ahora demanda un imperativo de disfrute ilimitado (Franco, 2017). Este goce se extiende a la adquisición y uso de una variedad de objetos y actividades, caracterizados por su constante obsolescencia y renovación. Esta dinámica se ve exacerbada por la centralidad del consumo en la sociedad contemporánea y el dominio creciente de los medios de comunicación masiva, así como por la omnipresencia de la tecnología en todos los aspectos de la vida. Este contexto crea un entorno saturado de significaciones e influencias que impactan en el psiquismo de los sujetos de formas sutiles, marcando una diferencia notable en comparación con períodos históricos anteriores.

En la actualidad, observamos un abandono gradual de los sistemas de valores tradicionales, lo que conlleva a una mayor libertad en los intercambios. Esta libertad, no obstante, también ha estado marcada por un impulso hacia el goce y el consumo desenfrenado. El discurso capitalista, en particular, promueve una cultura de consumo en la que se incita al sujeto a consumir sin límites, buscando la satisfacción a través de la adquisición constante de bienes y experiencias. Tal como señala Angelli y Altobelli (2013) “el sujeto se ve impulsado al goce, al consumo sin trabas que se propone desde el discurso capitalista que 'se consume tan bien que se consume', en términos de Lacan” (p.3).

Como menciona Jorge Alemán (2019) “el capitalismo, en su nueva fase neoliberal, se ha constituido en algo más que la extracción de plusvalía en la relación capital-trabajo porque está intentando marcar simbólicamente la vida de los cuerpos hablantes y su experiencia subjetiva” (p.72). A través de la creación de un entorno cultural y social específico, el capitalismo neoliberal intenta moldear las percepciones, los deseos y los comportamientos de los sujetos para promover un consumo constante y aumentar su control sobre la sociedad. Esto puede afectar profundamente la forma en que éstos se perciben a sí mismos, sus relaciones con los demás y su sentido de identidad y pertenencia.

La búsqueda de lo ilimitado se ha convertido en una norma cultural, promovida y perpetuada por diversas instituciones y sistemas, incluidos los medios de comunicación y la publicidad. Este imperativo de ilimitación se manifiesta en múltiples aspectos de la vida, desde el consumo desenfrenado hasta la explotación de recursos naturales, con la promesa implícita de que la felicidad y el éxito están vinculados a la capacidad de alcanzar lo ilimitado. Como indica Yago Franco (2017) “esta significación comanda al ser del sujeto y de la sociedad al mismo tiempo, los entrelaza y tiene notables efectos a nivel del padecimiento psíquico” (p.14). En la sociedad contemporánea, la búsqueda de la felicidad se ha convertido en una obsesión y en una herramienta de control. Se nos presenta constantemente la idea de que debemos ser felices en todo momento, lo que crea una presión adicional sobre los sujetos.

Cualquiera que sea la posible caracterización del capitalismo, en su mutación neoliberal hay un hecho destacado: el carácter ilimitado del mismo. El capitalismo se comporta como una fuerza acéfala, que se expande ilimitadamente hasta el último confín de la vida. Ésta es precisamente la novedad del neoliberalismo: la capacidad de producir subjetividades que se

configuran según un paradigma empresarial, competitivo y gerencial de la propia existencia. El régimen de dominación neoliberal está sustentado en la “violencia sistémica” porque no necesita de una forma de opresión exterior, salvo en momentos cruciales de crisis orgánicas, y en cambio logra que los propios sujetos se vean capturados por una serie de imperativos donde se ven confrontados en su propia vida a las exigencias de lo “ilimitado”. Desde muy temprano, las vidas deben pasar por la prueba de si van a ser o no aceptadas, si van a tener lugar o no en el nuevo orden simbólico del mercado, porque funciona como un dispositivo imperativo, ejerciendo presión sobre las vidas, marcándolas con el deber de construir una vida feliz y realizada. (Aleman, 2019, p.67)

A su vez, la relación entre el tiempo y el capitalismo es innegable, y el surgimiento del reloj como una herramienta para medir y controlar el tiempo fue fundamental en este proceso. Desde entonces, el tiempo no ha cesado de acelerarse (Franco, 2017). Esta aceleración se ha visto exacerbada por la era digital y la virtualidad, que introducen nuevas formas de experimentar el tiempo, caracterizadas por la instantaneidad y la interconexión constante. Vivimos en un mundo en el que la información se transmite y se consume de manera rápida y constante, lo cual “no puede dejar de afectar ni al modo de representar ni al mundo afectivo” (p.23).

La aceleración que experimentamos en esta sociedad deja una marca sin precedentes en la forma en que percibimos y experimentamos el tiempo. La instantaneidad de la comunicación, la velocidad de transporte y la disponibilidad de información en línea han transformado nuestra percepción del tiempo y del espacio. Esta velocidad creciente se manifiesta en diversos aspectos de nuestra vida diaria y también penetra en las generaciones y en las diferencias entre ellas (Sternbach, 2006). Y de acuerdo con Angelli y Altobelli (2013), “la velocidad y la aceleración son modos de estar en la fluidez. Son los rasgos del sujeto contemporáneo” (p.5).

La tecnología en la cultura actual ha transformado la forma en que accedemos y consumimos los contenidos. La disponibilidad instantánea de una vasta cantidad de contenido, junto con la experiencia interactiva que ofrecen muchas plataformas digitales, ha cambiado nuestra relación con el conocimiento. En este contexto, la idea de postergación y prohibición se disuelve, ya que todo está al alcance inmediato. Esta dinámica no solo afecta qué contenido consumimos, sino también la forma en que lo

consumimos, con una atención particular a la velocidad y la frecuencia con la que nos involucramos con él.

En este contexto de capitalismo contemporáneo, las sensaciones y los sentimientos se vuelven efímeros debido a la constante búsqueda de novedad y estimulación. Hay una promoción de una cultura del consumo constante, en la que se nos promete una gratificación inmediata pero fugaz. Este paradigma de “siempre más” (Franco, 2017) implica no solo consumir más bienes materiales y actividades, sino también más sensaciones, sentimientos, sonidos e imágenes. Todo esto contribuye a esta aceleración constante de la temporalidad, donde las experiencias y las relaciones se vuelven cada vez más efímeras y se suceden a un ritmo vertiginoso. Siguiendo esta ilación, como señala Alemán (2019) “en este aspecto el neoliberalismo necesita producir un 'hombre nuevo' engendrado desde su propio presente, no reclamado por ninguna causa o legado simbólico y precario; un hombre 'líquido', fluido y volátil como la propia mercancía” (p.51).

Asimismo, la constante exposición a estímulos visuales y auditivos a través de los medios de comunicación puede llevar, en palabras de Franco (2017) a una desconexión, “privando al sujeto de su capacidad de atención y favorecen lo efímero y lo indistinto. Permiten ver sin interrupción, y también oír, sin compromiso psíquico o afectivo con lo que se ve o se oye” (p.27). Este fenómeno se ve exacerbado en la actualidad con la prevalencia del vivir “on line”, donde estamos constantemente conectados a través de teléfonos celulares, correos electrónicos, redes sociales, entre otros medios. Esta conexión permanente y sin pausa resulta en una pérdida de la capacidad de significación.

Además, en este contexto de constante estimulación y conexión digital, hay una vertiginosa circulación de objetos que se presentan como obligados para la sublimación. Este ritmo acelerado de creación y obsolescencia de los objetos afecta directamente al registro pulsional, generando una sensación de urgencia en la búsqueda constante de nuevas formas de satisfacción y gratificación. Esa gratificación no es otra cosa que el goce, ese impulso irrefrenable del superyó que nos empuja a la búsqueda infructuosa de una completud imposible.

El sujeto se ve arrastrado-arrasado por el goce al que lo empuja la presencia de ese Otro que lo exige. Ese Otro puede producir fallas en la institución de la ternura en los orígenes del sujeto (...) Este estado de cosas nos acerca a lo que denominamos 'el gran accidente': la

destrucción del afecto, por la vía del ataque a la imaginación radical de la psique. Esto se manifiesta al interior de la psique (con las consecuencias clínicas que han sido señaladas) como en los lazos y en la vida institucional y social (...) *La cuestión que nos ocupa es el hecho de estar asistiendo, por primera vez en la historia de la humanidad, a la existencia de una sociedad que exalta/demanda la falta de límites.* Lo que predomina en la sociedad es el ideal de no tener límites. Una suerte de promesa de eludir la castración. (Franco, 2017, p.30-31-38)

La castración es el término que designa el límite impuesto a la psique, que obliga al sujeto a renunciar a cualquier ilusión de completud. Aunque esta ilusión pueda permanecer viva en el inconsciente, la castración actúa como un recordatorio constante de que lo ilimitado es una ilusión.

El sujeto es un accidente fallido y contingente que emerge en el lenguaje atravesado por la incompletud y la inconsistencia. Radicalmente dividido, agujereado y que necesita siempre de distintos recursos “fantasmáticos” para soportar su falla constitutiva. Esta es la verdadera razón por la cual la promesa neoliberal puede encontrar su anclaje en el sujeto, e incluso ser deseada. (Alemán, 2019, p.54)

Somos sujetos que están ineludiblemente marcados por el lenguaje y el inconsciente, lo que implica que siempre estaremos sujetos a la falta y a la imposibilidad de llenarla por completo. Esta falta estructural nos atraviesa. El éxito, en este sentido, puede resultar engañoso porque, aunque nos acerque a ciertas metas, nunca podrá llenar por completo ese vacío interno que nos define como seres humanos.

En la actualidad se impone una ecuación en el psiquismo de muchos sujetos, según la cual el consumo sin límites, en todas sus manifestaciones, es considerado bueno y lleva a la felicidad. En esta época, la felicidad está estrechamente ligada a la idea de completud, la cual, a su vez, se asocia con lo ilimitado. Sin embargo, existe una trampa en este razonamiento: si algo es ilimitado, la completud es imposible de alcanzar lógicamente. En la práctica, esto conduce a un estado de insatisfacción y frustración casi constante, ya que el sujeto siempre se siente en falta. Siempre parece faltar algo para alcanzar la completud, pero cuando se adquiere, se abre nuevamente ese ciclo.

Como se ha dicho, el Otro predominante en este contexto sociohistórico impulsa al sujeto hacia el goce mediante la constante búsqueda del “siempre más”, estimulación

continua, negación de la mortalidad y aceleración constante. Esto conlleva a una acentuación del sentimiento de estar en falta, que se ve acompañado de la promesa de poder colmar esa falta. Este es el secreto fundamental de este Otro (Franco, 2017).

Alimentada así su omnipotencia se desata un mecanismo de búsqueda de disfrutar sin límites: ilusión de que la castración podría ser eludida. Pero ocurre que un disfrute sin límites no es un disfrute, nos señala un deseo ilimitado, que carece de los atributos de un deseo alcanzado por la castración. Ligado a la descarga por la descarga misma conduce a lo que está más allá del principio del placer: se conoce como goce ligado a la pulsión de muerte. Este estado de goce a nivel de la psique se traduce en la dificultad o imposibilidad de producir figuración psíquica: desde instituir la pulsión, hasta crear sus representantes representativos, la representación y el afecto. (Franco, 2017, p.52)

La sociedad actual no favorece el trabajo de elaboración de la psique, ya que este proceso requiere tiempo y espacio para poder procesar los estímulos de manera adecuada. Cuando los estímulos son demasiado masivos o constantes, como sucede en nuestra época, se dificulta el proceso de elaboración psíquica. Por algo, los rituales se han visto mermados en nuestra sociedad.

Charles Melman (2005), por su parte, postula la emergencia de una “nueva economía psíquica” correlativa del cambio cultural, como una manifestación absolutamente inédita. “Estamos frente a una mutación que nos hace pasar de una economía organizada por la represión a una economía organizada por la exhibición del goce (...) Esto implica deberes radicalmente nuevos, imposibilidades, dificultades y sufrimientos diferentes” (p.16). En este nuevo orden social, son las manifestaciones del goce las que dominan.

La inactividad simbólica del Otro tiene sus efectos en la subjetividad. En la sociedad hipermoderna que vivimos aparecen nuevas manifestaciones del padecimiento, tales como la anorexia-bulimia, las toxicomanías, las depresiones, los ataques de pánico; éstas forman parte de una desconexión entre el sujeto y el Otro y que tienen que ver con el rechazo del orden simbólico, tratándose de un refugio patológico en un goce pulsional cerrado sobre sí mismo.

En este orden, el significante no reenvía a otro significante sino a un objeto ideal que se encuentra sustanciado y que por lo tanto se ofrece para ser asido, poseído y ofrecido al consumo. Este objeto opera como índice para el reconocimiento del sujeto, es decir,

índice según el cual el sujeto es admitido o rechazado del campo de representación (Melman, 2005). El objeto tiene una nueva jerarquía: el objeto es una mercancía. “Se trata de alguna manera de una nueva relación al objeto, que hace que éste valga no por lo que representa, por aquello de lo que es representante, sino por lo que es” (p.59). De esta economía psíquica resulta el hombre “sin gravedad” (Melman, 2005).

Sea como sea, hoy en día en nuestra clínica, un “hombre liberal”, un sujeto nuevo, sin “gravedad”, cuyo sufrimiento mismo va a ser, por supuesto, diferente. Se observan nuevas expresiones clínicas del sufrimiento, porque éste, a pesar de la felicidad que la nueva economía psíquica supuestamente nos aporta, nos viene a recordar que siempre hay en alguna parte, un imposible, que siempre hay en alguna parte algo que reniega. (Melman, 2005, p.105)

Como consecuencia, dependemos de los objetos de consumo ofertados al goce, que se nos han vuelto indispensables. A lo que asistimos hoy, de acuerdo con Melman (2005) y Massimo Recalcati (2015), es al declive del Nombre del Padre, en tanto que la economía liberal, que aspira a hacer saltar todos los límites a la satisfacción, tiene por resultado el descrédito de este Nombre del Padre. La economía liberal y su ideología, invita a los sujetos a abolir todas las restricciones al goce que podrían venir del Otro, que busca asegurar el goce de todos. De lo que se trata en definitiva es de la promoción del goce objetual en detrimento del goce fálico. Se rompe así la alianza entre la ley y el deseo, al perderse la función simbólica de la paternidad. No hay límites.

Pero el problema del padre, hoy, es que ya no tiene más autoridad, no tiene más función de referencia. Está sólo y todo lo invita, de alguna manera, a renunciar a su función para participar simplemente en la fiesta. La figura paterna se tornó anacrónica. (Melman, 2005, p.37)

Los discursos actuales exigen el desarrollo de un funcionamiento psíquico similar a estos, alterando el desarrollo de la capacidad simbólica. Es por esto que la imagen y no la palabra es el representante por excelencia de la actualidad. Un formato que permite un intercambio instantáneo y permanente.

El discurso capitalista sería el triunfo del objeto. Rota la alianza entre ley y deseo, el deseo sin ley empuja a gozar sin horizonte; un goce autista, mortífero, sin lazo alguno con

el Otro. El recambio continuo del objeto de goce sirve para mitigar el dolor de existir; domestica, seda, congela el deseo.

Cuando el deseo se desengancha de la ley se precipita hacia una deriva mortífera. Una ley sin deseo, genera opresión, menosprecio de la vida; mandamiento despiadado sobre el sujeto (Recalcati, 2015).

En estas circunstancias, el verdadero trauma para los hijos no es la transgresión de la ley, sino la conciencia de que la propia ley ya no tiene peso simbólico alguno, de que carece de valor. Los hijos necesitan encontrar obstáculos en sus padres incluso cuando estos no lo son, porque el conflicto custodia la diferencia simbólica entre las generaciones y es, por lo tanto, un escalón indispensable para la formación de la vida (Recalcati, 2015).

Recalcati (2015) propone una “tercera vía” para pensar una alternativa a la situación actual, que se aparta tanto de la recuperación nostálgica del Nombre del Padre como del elogio a la pulsión. Esta tercera vía busca redefinir el lugar de la ley y del deseo en la constitución subjetiva contemporánea: la de la transmisión del deseo a partir de la referencia ética del adulto, en tanto sea la encarnación singular de un deseo humanizado, ligado a la ley. Pero el padre hay que entenderlo en términos simbólicos, como una función, que no asume necesariamente un hombre y que evidentemente se vuelve más complejo en los nuevos modelos familiares. Es la única manera de establecer los lazos sociales a partir de las profundas transformaciones familiares y sociales. Esta tercera vía es la del testimonio de la encarnación singular del deseo en su alianza con la ley. La tarea del padre consistiría en dar testimonio de esa alianza.

La función del padre es custodiar el vacío, el no saber, como condición de transmisión del deseo. La transmisión no se da por la vía de las grandes obras, sino que se realiza sobre el resto.

III. 2. LAS MARCAS ACTUALES DE LA PUBERTAD

Hemos situado a la pubertad como una posición subjetiva específica, lo cual implica considerarla como algo más que una etapa cronológica en el desarrollo humano. Una posición ligada, a su vez, a un acontecimiento. La pubertad como un acontecimiento histórico-cultural que sobreviene en cierto momento. Esto nos permite entender mejor las complejidades y las variaciones de la experiencia puberal en nuestra época.

Hoy en día, el espacio de juego se metamorfoseó. Las pantallas constituyen una territorialidad elegida por niños, púberes y adolescentes para el despliegue de la actividad lúdica. Algunas prácticas lúdicas han cambiado considerando que los juegos y juguetes son testimonio de un devenir histórico. En la actualidad, los dispositivos tecnológicos en todas sus formas están desplazando a los juguetes “tradicionales” propiamente dichos.

Como dijimos anteriormente, los rituales permiten elaborar, atravesar e inscribir ciertos procesos, otorgando una significación determinada a lo que acontece. En la infancia, aquello que a su vez permite la inscripción de ciertos procesos no es otra cosa que el juego. Lo lúdico es una de las armas centrales por las cuales el niño se maneja o puede manejarse en la vida; mejor dicho, al juego se lo concibe como un modo de lidiar con los “apremios de la vida”.

Es por ello que sostenemos al jugar como una iniciación heroica. Hemos situado que el héroe pone el cuerpo para poder transformarse. Y es jugando como un niño se obsequia un cuerpo a sí mismo (Rodulfo, 2014). El tener infancia y acceder a una posición sexuada no es sin un acto de ruptura (pasaje del yo ideal al ideal del yo).

Si hay algo que oficia de pasaje y transición para que dicha transformación pueda operar en la infancia no es otra cosa que el juego. Porque sabemos que, básicamente, nos subjetivamos a través del juego. El juego es un acto de nacimiento del sujeto al deseo a construir y desarrollar (Bruner, 2019).

Si el juego es constitutivo de la subjetividad, lo es en tanto supone una elaboración, una respuesta, a partir del disruptivo encuentro con lo real. El juego es el camino para poder transformar la realidad. Coincidimos con Norma Bruner (2012) cuando afirma que:

Pienso el juego como la formación psíquica central y por excelencia que en la infancia a la vez que es formado por lo inconsciente, cada vez de nuevo forma lo inconsciente como tal. En este sentido ubicamos al juego como formación del inconsciente. (p.24)

Hay una lógica del acto en el juego. El juego no es una cosa, es un *hacer* (Winnicott, 1986). Es decir, encontramos en el juego un equivalente estructural del acto. El juego nos anticipa que es impensable la estructura psíquica sin acto. El juego es un operador estructural de transformaciones primordiales. Para dominar lo que está afuera, para dar forma y moldear su cuerpo y su psiquismo, es preciso que un niño haga cosas y hacer cosas lleva tiempo. Jugar es hacer.

En el viaje del héroe, hay un principio y es la aventura (Campbell, 2016). Sin la disposición a la aventura nada puede pasarle a uno. Todo lo que nos sucede se inicia con el desafío de la aventura. En la infancia, como ubicamos, dicha aventura la encontramos jugando. Al jugar, un niño crea y se-crea, instaurando un nuevo lugar, una nueva posición en tanto sujeto. El juego es huella y signo del paso del sujeto, por la escena del mundo en la infancia. Tal como lo expresa Bruner (2019) “los trazados y marcas que en este camino se producen son la huella del paso del sujeto por el viaje de su infancia. Este viaje se hace jugando” (p.43).

La llamada a la aventura inaugura un antes y un después. Sin la aventura de jugar no hay cuerpo erógeno, no hay sujeto. Sin juego no hay cuerpo. Los bordes que el juego dibuja y escribe son los bordes del cuerpo (Bruner, 2019).

En la actualidad, la industria cultural ejerce un impacto profundo en los púberes, influyendo significativamente en su manera de ser y de estar en el mundo. A través de una amplia gama de ofertas, esta industria moldea el psiquismo y la forma en que los púberes se relacionan con su entorno. Esta industria puede ofrecer entretenimiento, que no es lo mismo que jugar, lo cual conlleva desafíos considerables en la clínica. Buscaremos puntualizar qué es lo que hace que los púberes queden tan cautivados por estas tecnologías y cómo la clínica permite desplegar otros destinos posibles frente a los desafíos que presenta la actualidad. Pueden vislumbrarse ciertos pasajes que no son sin efecto para las subjetividades de estos púberes. Podemos destacar los siguientes:

- De héroes a ídolos de masa, resaltando entre ellos la figura del tiktokker y/o youtuber

- Del juguete “tradicional” al videojuego, principalmente aquellos en los que se despliega lo épico y la milicia (LOL, Fortnite, Minecraft)
- Del dibujo animado al animé
- Del cuento de hadas tradicional al manga

Retomamos en este punto las preguntas que se desprenden del problema de investigación, a partir de la puesta en tensión de las dos temáticas descritas en los apartados anteriormente trabajados: si la transformación del cuerpo de un púber tiene lugar hoy ¿qué es lo que oficia hoy de pasaje y transición para que dicha transformación del cuerpo no sólo pueda operar, sino fundamentalmente para que pueda inscribirse en el psiquismo de ese sujeto púber? ¿Qué constituye un impasse patológico que puede obstaculizar o incluso impedir el avance hacia otros momentos de estructuración subjetiva? (porque la pubertad, como tal, no significa para nada que luego se dé una adolescencia) y, por último, ¿Qué es lo que permite a esta investigación pensar el camino del héroe en los púberes de hoy?

Las computadoras, los teléfonos móviles y otros dispositivos digitales no sólo proporcionan entretenimiento, información y acceso a redes sociales y juegos en línea. Hacen al armado de la subjetividad. En estos dispositivos circulan todo tipo de mensajes, de ideales, de valores, imágenes del cuerpo, consignas, normas, deseos... (En videojuegos, redes sociales, animés...) Esto también va al inconsciente. Es un nuevo marco para la subjetividad (Rodulfo, 2006).

El desarrollo tecnológico y la complejidad creciente de la cultura occidental resultan ser de un grado de complejidad inédito. La cultura occidental se disemina (Rodulfo, 2006).

La velocidad de los procesos tecnológicos, se desfasa de la velocidad psíquica, y por eso lo psíquico va más lentamente, y eso trae muchos problemas y muchos peligros. El adulto ya no es el que está siempre en la posición de quien sabe más y puede enseñar. (Rodulfo, 2006, p.4)

A la pubertad la podemos concebir como una suerte de conmoción. En una época de constante cambio y complejidad, los desafíos y las tensiones que enfrentan los púberes pueden verse intensificados. En un mundo donde los parámetros tradicionales ya no son

suficientes para guiar el camino hacia la adultez, los púberes y adolescentes pueden sentirse perdidos, confundidos y abrumados por la cantidad de opciones y presiones a las que están expuestos. La incertidumbre sobre el futuro y el miedo al fracaso, junto con la presión de cumplir con las expectativas pueden generar un desborde en ellos, dificultando aún más sus procesos de tramitación subjetiva (que no son ya sin esfuerzo y angustia como hemos puntualizado). Como señala Janin (2020) “la incertidumbre de los adultos en relación al futuro deja a los adolescentes en una dependencia sin salida” (p.19).

Los padres están muchas veces desbordados, sobreexigidos, y se deprimen por no poder cumplir con las exigencias del ideal social. Es decir, tienen que realizar tal esfuerzo para sostenerse a sí mismos que les resulta muy difícil sostener y contener a otros. (Janin, 2020, p.19)

La sociedad les presenta a los púberes y adolescentes inevitablemente modelos, valores e ideales a los que intentará responder y en el cumplimiento de los cuales buscará recuperar su imagen perdida, el narcisismo golpeado (Janin, 2020).

Mientras se es un niño, se puede suponer amado por todos si se es amado por los padres, y esto es vivido como un derecho por el simple hecho de existir. Pero la salida al mundo implica la puesta en juego de las propias posibilidades frente a otros. Y ahí lo difícil es sostener el amor a sí mismo en base a logros, en una sociedad que no señala con claridad ni las metas ni el recorrido y que suele no tener en cuenta el esfuerzo sino solo los resultados, con una idea de productividad que aniquila la consideración del otro como ser en transición. (Janin, 2020, p.17)

En la actualidad, se está produciendo un cambio, una inversión, en la cual el modelo deja de ser el adulto, el grande, y pasa a ser el adolescente (Rodulfo, 2006). Son los adultos quienes imitan a los adolescentes. ¿Con qué padres identificarse entonces? Cuando no se puede posibilitar un incremento y desarrollo del amor hacia sí mismo a través de los logros personales, los púberes recurren a diversas defensas para reafirmar y reasegurar su narcisismo. Así lo entiende Janin (2020) “Cuando en una sociedad predomina la transgresión de las normas éticas, los niños y adolescentes quedan atrapados en un mundo de terrores en el que se les combinan las representaciones parentales con las propias escenas temidas” (p.20). De esta manera, los youtubers, los tiktokers, los videojuegos, las

redes sociales, los animes y los mangas pueden ser buscados por los púberes “como aquello que devuelva mágicamente el paraíso perdido” (p.20).

Sobre este punto, retomamos a Rodulfo (2014) quien sostiene que un estudio mínimamente detallado de las funciones del jugar no puede detenerse en los umbrales de la adolescencia, como si ésta no le concerniera.

Hay dos órdenes de cuestiones que es preciso considerar. La primera es que la crisis de la pubertad golpea con sus repercusiones todos y absolutamente cada uno de los niveles previos de la estructuración subjetiva, retomándolos, dislocándolos, en otro nivel a otra altura de aguas del desarrollo simbólico. No hay adquisición que no deba replantearse (...) Esto implica que todas las funciones del jugar se vuelven a desplegar y son llamadas a nuevas exigencias de trabajo, con prescindencia de cuestiones psicopatológicas de fondo (...) En segundo lugar, hay un cambio radical en los materiales mismos que se utilizan a lo largo de los momentos de subjetivación que hemos ido puntuando. De hecho, esto no cesó nunca de ocurrir, desde el bebé que jugaba con las propias partes de su cuerpo y las del Otro, hasta aquel pequeño que lo hacía con una puerta, o el niño volcado a las personificaciones con soldaditos u otros objetos, o bien al dibujo y al modelado. Pero en tiempos de la adolescencia se da un salto de especial magnitud. (Rodulfo, 2014, p.182)

Rodulfo (2014) retoma la primera función del jugar, aquella que atañe al armado de superficies, en relación a la crisis en la specularidad que se da en la pubertad; aquella que atañe específicamente al trazado y la inscripción de una superficie.

Hasta ese momento el espejo funcionaba como promesa, como anticipo de una cierta unificación lejos aún de la experiencia efectiva de cada sujeto. A partir de la metamorfosis de la pubertad, esta función del espejo se desarticula y se subvierte; lo que de él retorna no sirve ya como realización adelantada de unificación, más bien, por el contrario, acentúa e intensifica el desfasaje, la desarmonía, la falta inclusive. (Rodulfo, 2014, p.183)

El espejo, entonces, no le devuelve al púber ninguna promesa de fusión al ideal ni de estabilización. La pubertad, como hemos puntualizado, es una transformación abrupta violenta, disarmónica, que produce un desfasaje entre el esquema corporal y la Imagen Inconsciente del Cuerpo (Doltó, 2005).

¿A través de qué, ahora, generar nuevas superficies? Dice Rodolfo (2014). El púber lo hace a partir de fabricarse un afuera, con pares; se trata de una nueva serie de agrupamiento.

El grupo de pares aparece como refugio y a la vez como oferta identificatoria importantísima. Este espejo múltiple que le dan le posibilita ir armando otra representación de sí, siendo sí mismo y a la vez otros. Es habitual que compartan modos de vestir, músicas, actitudes... pero sobre todo es clave que puedan identificarse con otros en sus dolores, angustias y esperanzas. (Janin, 2020 p.20)

Cuando ese afuera no se termina de instalar, ahí es donde tiene lugar lo psicopatológico. Lo puberal-adolescente, el entretiempos de la sexuación (Grassi y Córdova, 2010), no puede ser un proceso hecho en soledad. Como menciona Rodolfo (2006):

Es un fenómeno de grupo, y por eso, el primer síntoma o uno de los síntomas más importantes de que alguien no está haciendo este proceso es justamente que esté aislado y sin grupo, real o virtual, o sin amigos. (p.11)

La tecnología no captura, no “chupa” a cualquiera, pero en muchas ocasiones se constituye como una envoltura para estos púberes, como un modo de fabricarse una superficie (Rodolfo, 2014). Ellos buscan una envoltura para poder armarse, constituirse. Es por ello que la tecnología, para estos púberes, vendría a ser una suerte de “ortopedia”. Estas producciones culturales anteriormente citadas, ofrecen una versión posible para ellos de que hay un cuerpo.

Rodolfo (2014) habla de que el niño pequeño comienza su autosostenimiento cuando dispone de cierta capacidad para fabricar imagos; “fabricar imagos quiere decir que cuando el Otro se va, no se va todo para él, en especial no se le va su cuerpo, es capaz de armar imagos que le ayuden a esperar” (p.173).

A falla del recurso generativo de sus propias imagos el sujeto se (ase) desesperadamente de esas imágenes restitutivas (...) La cuestión se agrava o se complica al generarse un círculo vicioso (Rodolfo, 2014, p. 173).

Esto es precisamente lo que puede verse en ciertos púberes. Se “adosan” a estos productos culturales; buscando restituir, de alguna manera, lo que no lograron con sus otros significativos. Se “vician”, en sus propios términos.

Durante la pubertad, el proceso de metabolización del cuerpo genitalizado se convierte en el verdadero trabajo a realizar como hemos puntualizado, representando la incorporación de un nuevo cuerpo que previamente no existía. Este proceso, ante la aparición de los embates pulsionales aparece, en principio, como un extraño para el púber.

La pubertad marca una interrupción en la continuidad del ser (Ferreira dos Santos, 2020), lo que requiere que el individuo vuelva a tejer su propia continuidad existencial, ahora integrando las diferencias que este momento trae consigo. De acuerdo con Silvina Ferreira dos Santos (2020), “el viciar puede ser usado como un estado de no-conexión necesario, un 'estoy sin estar', un estar no-presente como la virtualidad favorece, un estado ni de muerte ni de plenitud e intensidad vital: un 'estado de no integración'” (p.28); en palabras de Winnicott (1986).

El uso transicional de lo virtual como estación intermedia permite crear, agresión mediante, la exterioridad de la realidad, colocándola por fuera de la zona de control onnipotente (...) Otras veces la inmersión en lo virtual no lleva la impronta del jugar ni del soñar. Más bien representa una actividad improductiva en la que se encuentra malograda (de ahí su toxicidad) la potencialidad estructurante que hubiese podido tener (...) Estos estados de aislamiento y repliegue constituyen encerronas, en lo que tienen de fallido para armar salidas y transformaciones (...) La inhibición de la espontaneidad para desplegar el propio gesto encuentra en el fantaseo un modo de compensar la frustración y la impotencia. Suplanta la realidad penosa mágicamente por otra, pero congelando la posibilidad de transformarla. (Ferreira dos Santos, 2020, p.28-29)

La incapacidad para navegar fluidamente entre la vida online y offline es un signo de preocupación. Esta dificultad se manifiesta a través de la inhibición, la apatía con tintes depresivos y la sensación de que la existencia se ha vuelto fútil. La desconexión entre la vida en línea y fuera de ella indica la presencia de patrones de comportamiento patológicos en desarrollo. Tal como lo expresa Ferreira dos Santos (2020), “lo tóxico señala que un

recorrido pulsional que vuelve sobre sí y se extravía en lo compulsivo de la satisfacción autoerótica” (p.29).

La mayoría de las veces el término “viciar la compu” refiere al uso de videojuegos. A continuación, presentaremos un fragmento clínico para dar cuenta de esta problemática.

Empiezo a atender a quien llamaremos Jonás, un adolescente de 14 años, en diciembre del año 2018. Tengo una primera entrevista con ambos padres, quienes consultan por algunas actitudes que Jonás está teniendo que les preocupan.

Ambos definen a Jonás como muy retraído, callado, guardándose todo para sí, evitando los conflictos, evitando el contacto con los demás, no teniendo iniciativa para juntarse ni hacer planes con nadie; en definitiva, es un chico que presenta dificultades para socializar. Sus padres cuentan, a su vez, que se la pasa todo el tiempo encerrado en su cuarto delante de la computadora o de la PlayStation, saliendo sólo para almorzar o cenar. Cuando se reúnen con el resto de la familia, sino es en su casa, tiende a ponerse nervioso, inquieto, manifestando una tendencia a deambular.

Ellos mismos admiten que han teniendo sus propias dificultades para marcar e instalar ciertos límites tanto a Jonás como a sus otros hijos (son tres, siendo Jonás el menor). Jonás no tiene horarios con las pantallas, no tiene horarios con nada, lo mismo pasa con las comidas. Él tiene sus propias comidas, siendo muy selectivo con las mismas desde que era niño. No acepta nada que no le gusta. Lo llevan y lo traen para todos lados. No se maneja solo.

A primera vista, escucho que se trataría de un chico que le cuesta apropiarse del afuera, con unos padres que le están muy encima, que tienen sus dificultades para soltarlo. Habiendo una madre que se refiere a Jonás como su “bebé”. No obstante, había algo de esa primera entrevista con los padres que no me cerraba de su discurso. Al día siguiente la madre me escribe para concertar una entrevista a solas.

Lo primero que la madre me cuenta en dicha entrevista es que su marido y ella son muy sexuales, no entendiendo como sus hijos, los tres, son prácticamente asexuados. Lo siguiente, y tal vez lo más ominoso por ello, es la mala relación que tienen. Desde hace años que quiere separarse, pero no puede. Se trata de una historia plagada de maltratos, agresiones, humillaciones, engaños e infidelidades entre ambos. Tanto los gritos como los gemidos eran una constante, de dolor y de goce.

Afirma que Jonás fue al que menos bolilla le dio, que llegó en un cambio de DIU. Ella no quería tenerlo, pero decidió no abortar por sus creencias. Cuando nació, afirma que el amor le vino de golpe y se sentía desesperada por si algo malo le pasara. Vivía con una sensación de culpa permanente por desear su muerte. Podemos inferir que esta madre no lo puede terminar de investir o, mejor dicho, lo hace a la modalidad del encierro. No lo podía soltar.

En las primeras sesiones con Jonás, me encuentro con un chico muy serio, con una mirada muy despierta, siendo muy perceptivo del entorno. Jonás presenta muchas dificultades para tomar la palabra. Pareciera que no se siente cómodo hablando, manifestando una imagen de sí en la cual se repliega, como cerrándose sobre sí mismo, tapándose la boca. De no hablar nada de sí ni de su entorno, empezó, poco a poco, a hablar de lo que juega en la Play, de su mundo, y principalmente, de un juego que prima sobre los demás: el League of Legends, el LOL. Hablemos un poco de este juego.

El LOL entra en la categoría de una arena de combate multijugador en línea. LOL es una mezcla de juego de acción y estrategia lo que hace que sea una combinación que le guste a mucha gente. Cada jugador comienza con una unidad o héroe y una cantidad de oro que puede usarse para comprar objetos que dan soporte al jugador o al equipo. El objetivo del juego no es otro que destruir el nexo o base del rival. Las unidades se mueven por una serie de caminos hasta llegar al nexo. Además, el héroe va ganando experiencia en batalla al matar otras unidades. Cada jugador y personaje tiene que cumplir un rol en específico.

Con el transcurrir de las sesiones, Jonás se va soltando hablando del LOL, de los mundiales que se hacen y vemos hasta algunas partidas juntos, de las partidas que ve sólo y juega él mismo, de la historia que hay detrás del juego. Un buen día, dibuja, y dibuja muy bien, el mapa de este mundo y su avatar. Lo que llama mi atención es que en ese mundo virtual, épico, su héroe, su avatar, aparece sexuado. Una figura masculina que atrae y sale al afuera con su grupo. Sale a conquistar ese afuera desconocido. Jonás, ahí, podía ser, podía sentirse seguro. Ese era su afuera.

Coincidimos con Ferreira dos Santos (2020), cuando afirma que,

La elección de un determinado videojuego da cuenta de la resonancia entre el guión desplegado a través de sus niveles y la trama fantasmática singular que ese adolescente transita. Si tenemos en cuenta que los adolescentes suelen carecer de palabras para dar cuenta de sus sufrimientos, prevaleciendo la tendencia a la acción, los relatos en imágenes (películas, series, videojuegos) operan como *representaciones en movimiento y prestadas* que les permiten ir procesando las vicisitudes que atraviesan (Ferreira dos Santos, 2020, p. 27).

El trabajo con Jonás apuntó a construir un espacio con él por fuera de la casa. Armar un espacio que sea impermeable al Otro, una intimidad (que, por supuesto, no es lo mismo que el encierro). En definitiva, armar su tejido psíquico en el análisis. Un afuera que no fuera virtual y que pueda ser seguro para él. Y realizamos un pasaje fundamental: de la narrativa, épica del LOL, a construir su propia narrativa, épica personal. Y, paulatinamente, entre estos guiones y dibujos, empieza a hablar de otras cosas, de la escuela, de sus hermanos, de sus otros significativos.

Le cuesta hablar con sus padres. Siente que es el único que piensa diferente en la familia. No quiere que lo obliguen a estudiar o trabajar de algo que no le guste como lo han hecho con su hermana mayor (que, para que le paguen la carrera que iba acorde a su deseo, primero tenía que seguir otra a su vez, más tradicional, acorde al mandato parental). Aparece una preocupación muy marcada en relación al futuro. Temor de que no acepten sus elecciones, como no se ha sentido aceptado él mismo. Hay un afuera del cual no es parte. Asimismo, Jonás expresa el terror que le genera salir a la calle. La sensación que le despierta es la de querer salir corriendo para su casa y encerrarse en su cuarto. Se pierde de hacer cosas que le gustan por no salir de su casa.

Este es un momento del análisis que coincide con la aparición de sensaciones que empieza a experimentar en su cuerpo. Jonás empieza a sentir su cuerpo a través de una sensación de hormigueo en sus extremidades inferiores, que se hacen más intensas cuando llega la noche. Le pregunto a qué asocia él la noche. Me cuenta que es el momento donde más alerta está, a los ruidos y sonidos del ambiente, de afuera. Le pregunto por esos sonidos. En eso aparecen recuerdos de cuando era un niño escuchando a sus padres tener relaciones sexuales. Jonás escuchaba a su madre gritar y se asustó mucho. Recuerda que

no se podía dormir pensando que su padre la estaba lastimando. Fue a partir de ese momento que empezó a cerrar la puerta de su cuarto. La sexualidad quedó ligada a lo traumático, a lo agresivo, a lo violento, no constituyéndose al modo de una escena primaria. No sólo la madre estaba en peligro, él también. Él responde, replegándose sobre sí mismo, llevando en su “mudez” la marca de ese grito materno.

Afuera, hay sonidos, ruidos. Se trata de un afuera desregulado, pero, en verdad, lo que está desregulado está adentro. La intemperie está adentro de la casa, no fuera de ella (recordemos que él no sale de su cuarto). Jonás se siente seguro en su cuarto, no en su casa. Es como si su pieza se tratara de su abrigo del Otro.

Infiero que hay un registro deseante que Jonás no termina de armar, en tanto él se encuentra muy tomado por el traumatismo que le generó la sexualidad del Otro y no pudo atravesar lo puberal. La sexualidad de esta madre (de ambos padres, agregaría) resultó ser muy inhibitoria para él. Un chico que ha sido muy mal tomado y muy expulsado por el Otro desde las circunstancias mismas de su nacimiento. Él ha estado expuesto a situaciones de violencia y una exposición a la sexualidad muy tempranamente. Podemos inferir una inversión: ahí donde Jonás debería empezar a hacer ciertos ruidos; quienes lo hacen son sus padres, sin miramientos.

Jonás, en tanto no atravesó lo puberal no puede hacer los trabajos consecuentes del proceso Adolescente, como el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar y la consecuente escritura del nosotros en el psiquismo. Para él, lo familiar siempre fue extraño, ajeno, ominoso, hasta diría obsceno en ocasiones...Jonás se armó a partir de todo esto, de toda esta configuración. En análisis, construimos una narrativa significativa de las marcas dolorosas de su pasado. Esto permitió que el trabajo analítico fomente la recuperación de la capacidad de Jonás para soñar y proyectar una vida propia y explorar las posibilidades de cómo hacerla realidad en el mundo real, no sólo en el virtual. Lo puberal así, lo empieza atravesar en el marco de su análisis.

Los púberes y adolescentes que se mantienen aislados suelen enfrentar dificultades debido a que no tienen con quien procesar y tramitar las sensaciones y demandas pulsionales nuevas. Lo puberal-adolescente tiene que ser acompañado.

Y la mejor cura, la mejor intervención terapéutica es ayudar a producir ahí una posición adolescente. A veces es todo lo que hay que hacer, o lo más importante que hay que hacer

(...) Hay adolescencia no cuando se tiene cierta edad, sería la hipótesis de trabajo, sino en la medida en que se realizan ciertos trabajos psíquicos. Uso allí el término “trabajo” en el sentido bien en que la tradición psicoanalítica desde sus orígenes le dio a la idea de trabajo psíquico, el psiquismo como algo que está trabajando. (Rodulfo, 2006, p.6)

Durante la pubertad, como hemos visto, la subjetividad se enfrenta al desafío de encontrar un nuevo orden en el «des-orden» (Grassi, 2010) propuesto por la reactivación de lo pulsional y cierta pérdida de la vivencia de unidad del cuerpo, que ahora debe unirse a lo genital. Este período es crítico y requiere la inscripción de un nuevo cuerpo en paralelo con la reorganización de la trama identificatoria.

En el ámbito virtual, prevalece lo escópico. Mirar, mirarse y ser mirado (Freud, 2006), constituye la manera en que se redescubre el estadio del espejo (Lacan, 1984) durante la pubertad como parte central de su desarrollo. Sin embargo, para integrar lo genital en el cuerpo, lo escópico sólo no alcanza. La genitalización puberal resulta de la complejización del psiquismo. Es una experiencia nueva que va más allá del goce autoerótico. La superación del goce autoerótico es efecto del encuentro con la alteridad, que, como todo encuentro, conlleva un desencuentro.

Cuando conocí a quien apodaremos Mai, ella tenía 6 años. Son sus padres, recientemente separados, quienes consultan y me describen una situación que tiende a replicarse en el tiempo y ya no saben cómo actuar frente a ello, mostrándose ambos muy angustiados: Mai tiende a sufrir pesadillas, “sueños feos” de acuerdo a sus palabras; cuando se despertaba de las mismas, a ellos les costaba mucho calmarla en esos momentos, y cuando lo lograban, simplemente lloraba, dificultándose que vuelva a conciliar el sueño, buscando dormir con alguno de ellos, dependiendo de con quién estaba. No podía poner palabras a nada ni reconstruir días siguientes lo que sucedió, era un hermetismo tal que la invadía que ambos padres quedaban muy desconcertados, llegando a sentirse impotentes, trasladándose culpas mutuamente. Por dicha situación, Mai alargaba todo lo que podía la hora previa a dormir, sirviéndose de toda una serie de rituales, muchas veces molestos para ellos; así como también la falta de sueño empezó a afectar su concentración, no queriendo copiar ni hacer cosas en la escuela; y además tuvo algunos episodios de estallidos de ira.

Una de las cosas que más hacía padecer a Mai era no sentirse comprendida, escuchada, encerrándose en sí misma y en su habitación, quedando a la noche a merced de esos “sueños feos”. Incomprendida y no escuchada, no se sentía alojada por sus otros significativos. Por un lado, hay una madre invadida por una furia desmesurada, siendo muy rígida y dura con Mai, teniendo que enojarse con ella para que haga las cosas. Y por el otro lado, un padre que no podía recibir la angustia de su propia hija, no la podía contener, no podía dar lugar a la angustia de Mai porque se angustiaba él.

Con el transcurrir del tiempo y de las sesiones, pudo nombrar a sus padres y decir que estaba triste por su separación, que no se lo esperaba. Mai comenzó a soltarse, empezó a realizar un pasaje de guardarse las palabras a dejar que circulen. Esta situación tras un tiempo de trabajo con ella y sus padres, logró acomodarse.

Sus padres vuelven a consultarme cuando Mai tiene 13 años, en el año 2019. Ambos expresan que la ven “grande” y que ella no sabe lidiar con “eso”, la ven encerrada, “dejada”, iracunda, con una fijación a su celular, principalmente a Tik Tok, afirmando que toda su vida pasa por esa red social. La perciben callada, guardándose nuevamente las palabras, no queriendo hablar con ellos. Se frustra muy fácilmente, dejando por la mitad todo lo que empieza, principalmente en aquellas actividades deportivas (que venía sosteniendo de niña) que han perdido su carácter más bien recreativo y pasaron a ser competitivas, como volteo, escalada y aikido. Afirman que ya nos las elige porque no se divierte, no soportando el peso de la exigencia de las competencias, de la mirada de los demás sobre ella. No soportando que ella pasó de nivel, no soportando que creció, podemos inferir.

Acepto encontrarme nuevamente con Mai, quien cursa 1º año en una secundaria técnica con una orientación textil, ya que en un futuro afirma querer ser diseñadora. Entra a esta escuela con muchas expectativas e ilusiones de aprender y de encontrarse con nuevos pares, pero esas expectativas se “pinchan” una vez iniciado el cursado de acuerdo a sus palabras. Le cuesta integrarse a sus compañeros de escuela. Sus compañeros y compañeras no son lo que ella esperaba, teniendo ellos otros gustos e intereses. Los ve superficiales. Con las chicas no congenia, afirmando que se la pasan hablando de chicos, de maquillaje y sacándose selfies para subir a las redes. Se siente incómoda y se termina sentando sola. Hasta con sus amigas de la primaria le pasa que ellas están “en otra”. Y

Mai es una chica que nunca había expresado problemas para socializar cuando la conocí de niña.

Me cuenta que pasa sus días dibujando, y dibuja muy bien. Se siente muy atraída por el arte fantástico. Me muestra sus dibujos, siendo algunos reproducciones de sus personajes favoritos de películas, series y libros; y otras veces, son inventados por ella; siendo éstos los que más me llamaron la atención. Eran unos animales antropomórficos.

Mai se define a sí misma como una furra. Los furros conforman toda una comunidad en la cual, animales o cualquier otro tipo de criaturas son capaces de razonar, hablar y actuar como seres humanos. El género furry se centra en el gusto por el contenido que incluye animales antropomórficos, ya sean sacados de novelas, cómics, programas animados, videos, arte en general o inventados por uno.

Mai no sólo dibuja a estos personajes, sino que también se viste como uno. Ella forma parte de un grupo de furros en Tik Tok, donde sube y comparte sus dibujos y videos de sí misma, siendo furra; siendo otra, pero en ese siendo otra, ella es. Mai ahí podía ser, podía mirar, ser mirada, y hacerse mirar, creando contenido y subiéndolo a la red, reconociendo que “se vicia” y le cuesta cortar, le cuesta “volver”. Las sesiones van aconteciendo en torno al mirar sus contenidos en Tik Tok. Siendo furra, tiene un nombre y una personalidad propia. Siendo furra, Mai podía lucir sus nuevas formas femeninas e interactuar con otros vía red social. Mai tiene dos amigas que son parte de esa comunidad furry, comunidad virtual. Ahí podía sentirse parte, sentirse aceptada.

Un día, viene muy angustiada a sesión, le cuesta mucho hablar. Le pregunto si quiere dibujar. Y dibuja su máscara furra. Expresa que se le rompió un pedazo por caérsele al piso, parte de la cabeza y un ojo se desarmó. Le digo que la traiga a sesión, y que la podemos reconstruir juntas. Trae su máscara. La “arreglamos”, la terminamos de pintar y armar con papel mache. Se siente animada para poder lucirla en la Crack Bang Boom.

Le pregunto cómo se siente con la máscara puesta. Me dice que “re bien, que así si puede mirarse”. Mai no se mira al espejo si no es con la máscara. No se termina de reconocer en esos cambios tan drásticos que suceden en lo real de su cuerpo. Incomprendida y no escuchada, nuevamente, no se siente alojada ni por sus otros significativos ni por sus compañeros. Me dice que no puede verse sin la máscara. Que no

se gusta. Hablamos de lo que le gusta y lo que no, de lo que cambió de su cuerpo y lo que no. De sus gustos e intereses que cambiaron con el transcurrir de los años y los que no. Hablamos de los juegos que jugaba en el consultorio cuando era niña y ahora no... aparece una diferencia. La cuestión en cómo volver a encontrarse en esa diferencia.

La invito a que nos miremos en un pequeño espejo que tengo guardado en el consultorio. Al principio, no quiere saber nada, le digo que no hay apuro, que va a ser a sus tiempos, que nos podemos mirar juntas. Nos miramos, nos reconocemos, vemos el paso del tiempo, ella está más grande y yo también. Hacemos muecas y morisquetas, nos reímos, hacemos diferentes expresiones gestuales, emocionales, y como a pesar de que su rostro y cuerpo han cambiado, puede empezar a reconocerse allí, en esos pequeños gestos, muecas y morisquetas. Eso hacía de chiquita y se ríe.

En ese personaje furro, Mai encontró una fuente de sostén narcisista (Janin, 2020). Entendiendo a lo Furro como un modo de resguardarse de lo real que la invadía. Con el transcurrir de las sesiones, realizamos un pasaje, pasaje de la máscara furra a su rostro y reconocerse a su vez en el rostro de sus pares, a dejarse mirar por otros.

Empezamos a planear junto con sus padres, al acercarse las vacaciones de invierno, algunos encuentros presenciales con estas amigas furras que vivían en otras localidades. El compartir la territorialidad en presencia con el otro abre una hiancia sustancial respecto del encuentro mediatizado en el “espacio de lo virtual” (Ferreira dos Santos, 2020). Asimismo, sus padres, trabajo mediante, deciden inscribirla en un taller de dibujo de arte fantástico para chicos de su edad. Mai, paulatinamente, empieza a subir contenidos sin usar siempre la máscara furra, hace videollamadas con sus amigas, suben contenido en conjunto a lo furro y sin serlo; Mai puede alternar. En una sesión, me cuenta muy entusiasmada, que tuvo la muestra de fin de año del taller de dibujo. Sus amigas y sus padres fueron, y que pudo “bancarse” que la miren y miren sus dibujos. Hasta la invitan a participar de un concurso, la invitan a competir. Ella y sus dibujos empiezan a aparecer, a hacerse mirar en otro plano, además del virtual.

La irrupción de la pubertad supone un debilitamiento del yo y requiere de ciertos trabajos psíquicos para restaurar el equilibrio narcisista que se ve amenazado por estos cambios como hemos puntualizado. Es crucial considerar, como señala Gutton (1993), que la pubertad y el atravesamiento de lo puberal ofrecen a la subjetividad una oportunidad

renovada. Esta oportunidad puede ser interpretada en dos sentidos: primero, la posibilidad de reescribir de manera más saludable las experiencias pasadas; segundo, en caso de existir vulnerabilidades previas o de enfrentar un acontecimiento difícil de metabolizar, el camino hacia el desarrollo de una patología durante este periodo crítico. El rechazo de la pubertad y la no metabolización de los cambios pulsionales representan una manifestación de odio hacia el proceso puberal en su totalidad. Este rechazo conlleva a una desexualización y una disminución del interés en la experiencia misma.

Con el acceso a la actividad genital, como hemos situado, se produce una nueva inscripción de la diferencia sexual. Este proceso implica un nuevo atravesamiento del complejo de Edipo, especialmente a partir de la instalación de las escenas puberales, las cuales suelen estar cargadas de elementos incestuosos. Es este el momento en donde culminará la apropiación subjetiva de la diferencia sexual que se inscribe ahora como suplementaria (Rodulfo, 2012).

Como mencionábamos anteriormente, todo este proceso de elaboración alcanza su culminación con la aparición de las escenas puberales, cuya resolución saludable implica su represión. El proceso saludable de fantasmaticación y represión de estas escenas, que ocurre a nivel del funcionamiento primario, mientras que a nivel de lo originario se inscribe el cuerpo genitalizado, refleja las relaciones “pasionales” con los pares en este momento de la vida (Manrique, s.f.). Estas relaciones van permitiendo la elaboración de situaciones que se van distanciando cada vez más de los contenidos incestuosos iniciales a medida que se logra una represión saludable de los mismos.

Cuando se produce una neutralización del trabajo de lo puberal (Manrique, s.f.), se abren las puertas a la aparición de trastornos alimentarios, así como otros posibles destinos patológicos. Este impasse puede representar, en algunos casos, un fracaso completo del trabajo subjetivo en juego. Cuando este desequilibrio daña al yo y dificulta la búsqueda de apoyos saludables, puede dar lugar a un proceso defensivo restitutivo que se manifiesta a través de un ataque al cuerpo, una resistencia al trabajo puberal que termina por neutralizarlo. Es importante diferenciar esta neutralización de la represión y la desexualización.

Una posible consecuencia de la renuencia a representar en este momento subjetivo, podría ser la tendencia a la intelectualización, que se observa en muchos púberes y

adolescentes, empobreciendo su vida imaginativa. Este proceso de neutralización puede llevar a la extraterritorialización del cuerpo puberal (Manrique, s.f.), lo que impide la metabolización de los cambios y aumenta el riesgo para ese cuerpo, ya que se le priva de la posibilidad de explorar.

A Marina la atendí por primera vez cuando tenía 9 años, tras una separación muy complicada de sus padres. Ella presentaba terrores nocturnos e insomnio. Hasta la última vez que la vi, los padres tenían casi nula comunicación entre ellos, más que nada de parte del padre, y son su hermano mayor y ella quienes quedaban en el medio.

Ambos padres le presentaban a Marina dos realidades muy diferentes, dos mundos distintos, “mi casa es la dictadura y la casa de él, Walt Disney”, dicho en palabras de su madre. Son los dos extremos: una sobremirada y una sobrepresencia de la madre y un padre que estaba muy en la suya.

En el año 2019 su madre vuelve a consultar por la mala relación que están teniendo con su hija, quien tiene 13 años, estando cerca de cumplir los 14. Afirma que la ve encerrada, que todo el tiempo busca cerrar la puerta de su pieza, que está más rebelde, más contestadora. Tras el cambio de escuela con el paso a la secundaria, no ha podido integrarse, la ve mal con sus amistades y que se encuentra registrando “cómo es el padre en realidad”.

Marina ha padecido en este tiempo ciertos episodios de crisis de angustia muy marcadas, en las cuales no puede expresar, hablar nada. Marina no puede enfrentar. Su mecanismo de defensa tiende al ensimismamiento y al aislamiento. Es muy retraída e introvertida, llegando a presentar algunas dificultades para relacionarse con pares; llegando a sentir como un peso la mirada que el otro le dirige. Es una chica que se define como muy autoexigente y teniendo un sentido de responsabilidad muy marcado, siendo abanderada de su escuela y teniendo el promedio más alto de su clase; dificultándose así también la puesta de un corte y límites a sí misma y al otro, cargando todo a su propia cuenta subjetiva. Presenta poca tolerancia a la frustración. No tolera que los acontecimientos y situaciones no se den tal como ella lo espera. Es muy estructurada y muy rígida en su pensamiento en este sentido.

La madre manifiesta su preocupación por algunas conductas con la comida que Marina estuvo teniendo. Afirma que desde que se desarrolló, tiene toda una cuestión con

su imagen, buscando vestirse con ropa suelta, muchas veces de su hermano. Percibe que cada vez está bajando más de peso, expresando mucha angustia por la situación, no pudiendo quitarle la mirada. Situación que su padre, niega. Un padre que tiene la cabeza en otro lado, que no registra, que no opera, podemos agregar.

Todo aquello que refiere a su cuerpo y a la imagen que tiene del mismo (cuerpo adolescente, no ya de una niña), le ha desencadenado emociones de intensa angustia, ansiedad y culpa; y ello lo traslada a la comida, manifestando una actitud restrictiva con la misma. Afirma sufrir por no poder comer una cucharada de dulce de leche. Como si su cabeza estuviera dividida en dos partes, la parte que es consciente de todo lo que pasa y lo que puede pasar, y la otra parte, “el 50% de mi cerebro está infectado de pensamientos muy feos”. Le cuesta demasiado cambiar.

Cuando come comida, tanto en tipo de comida como en cantidad, siente mucha culpa, y la cabeza la empieza a torturar, de acuerdo a sus palabras. Si come, hay consecuencias. La culpa le genera cambios de humor. Tiene que comer lo que su cabeza le permite como límite comer. Después de la culpa, se desespera y vienen las conductas restrictivas y las compensaciones (se restringe del alimento, se priva o compensa haciendo ejercicio por demás, llevando su cuerpo al límite). Hasta que su cabeza no está satisfecha no para. Ese es el 50% con el que pelea todos los días. Prefiere comer lo que su cabeza le dice antes que explotar de esa forma, por eso no come. Se pesa todos los días y hasta dejó de menstruar.

El no comer se presenta como un límite, patológico, que ella no puede poner con las palabras. Hay un conflicto intrapsíquico. La distancia, el límite, lo pone no comiendo. Donde no puede poner límites, Marina lo pone con la comida.

Todo ello sucede en un contexto que es importante tener en cuenta, en el cual se fueron sucediendo una serie de eventos: ella empieza la secundaria en una nueva escuela, su hermano se va a vivir sólo, quedando su madre y ella en la casa familiar; su padre tomó más trabajo no estando presente casi en su casa cuando ella está y conoce por Discord a un chico de Santa Fe y le empiezan a pasar “cosas” con él tal como lo expresa.

Marina siente culpa respecto de la alimentación y a la hora de encontrarse con un otro, en lo que refiere a su sexualidad. Hay algo de lo cual Marina reniega de saber. Marina plantea las ansiedades y angustias surgidas durante la pubertad de manera tal que

me hace pensar en un proceso de neutralización relacionado con la imposibilidad de una escrituración positiva de lo puberal en su cuerpo. Como hay cuestiones que escapan a su control, busca controlar la comida.

Marina se encuentra sometida a un imperativo superyoico. El superyó la martiriza, operando con la culpa y todo lo demás para sacarse de adentro la “mierda”, los pensamientos feos. Marina no habla, no dice, no come.

Así como la oralidad se encontraba tan comprometida, empezamos de manera paulatina, a hacer un uso singular de la escritura, de la palabra escrita. Una apuesta a que la palabra pudiera circular a través de la escritura. Para ello nos servimos de Google Keep, la cual es una aplicación de celular que permite organizar la información personal a través del archivo de notas. A través del uso de su celular y este archivo de notas, sesión tras sesión, en las idas y venidas de su casa, se empezó a construir un registro al cual ella puede apelar y volcar todo lo que quiera, para expresar y transmitir sus afectos, y a escribir a su vez, notas, escritos dirigidos a sus otros significativos, poniendo ciertos límites al discurso de estos otros para no quedar arrasada por los mismos a nivel subjetivo. Se trataba de otro tipo de registro de sí misma. Que poco a poco empezó a compartirlas con otros. De esta manera, Marina, paulatinamente, va pudiendo decir no con la palabra, encontrando un punto de regulación emocional.

Ahora bien, lo que un sujeto es o no es, lo que debe o no debe ser, el modo con el cual se reconoce siendo, se definen en la intersección entre deseos –pulsionales y narcisísticos– y modos de producción subjetiva (Bleichmar, 2009). En este sentido, coincidimos con Bleichmar (2006) cuando afirma que:

La sexualidad no es un camino lineal que va de la pulsión parcial a la asunción de la identidad, pasando por el estadio fálico y el edipo como mojones de su recorrido, sino que se constituye como un complejo movimiento de ensamblajes y resignificaciones, de articulaciones provenientes de diversos estratos de la vida psíquica y de la cultura, de las incidencias de la ideología y de las mociones deseantes, y es necesario entonces darle a cada elemento su peso específico. (p.96)

Para continuar abriendo un poco más estos lineamientos, vamos a valernos de otro material clínico que consideramos pertinente a la cuestión.

Empiezo a atender a quien nombraremos Zulia, una púber de 10 años, en los últimos meses del 2016. Tengo una primera entrevista con su madre, quien la define como una nena muy callada, que se guarda todo para sí, evitando las peleas, los conflictos, evitando el contacto con los demás, no teniendo iniciativa para juntarse ni hacer planes con nadie. “Sólo un rato y después quiere estar sola de nuevo, como si la gente la agobiara”.

Su madre, a su vez, afirma que Zulia no se crió con el padre, a quien define como un padre ausente, quien nunca se hizo cargo de su hija. Padre que en ese momento vivía en Italia, siendo un reconocido deportista. A los 5 meses de embarazo de Zulia, él la dejó “de un día para el otro”, afirmando sentirse confundido, transitando el último trimestre con una marcada angustia que trajo por efecto contracciones tempranas y presión, teniendo que hacer reposo hasta el momento del parto, el cual fue a término y no hubo complicaciones.

El padre la conoció al mes y medio de nacer, su madre quería esperarlo para anotarla, para que él le dé su apellido pero le dio el suyo, en primera instancia, ya que su obstetra le dijo que “si algo le pasaba y no tenía un apellido no le podían entregar el cuerpo”.

El padre no le otorga a Zulia su apellido sino hasta los 8 años. “Total, ya tiene un apellido” le decía a la madre. En una vuelta a Argentina, fue Zulia misma quien se lo pidió a su padre. Y él le dice a la madre “yo se lo doy, pero con una condición, vos te tenés que acostar conmigo”; ella accedió, y desde ese momento Zulia lleva el apellido de él.

En marzo de ese año, Zulia sufre un accidente en su mano derecha (se trastabilla cruzando la calle para ir al kiosco a comprar una gaseosa, llevando en su mano el envase retornable) en el cual se corta arteria, tendón y nervio. La operaron en dos ocasiones, y el pronóstico no era muy alentador pero actualmente viene recuperándose muy bien.

Asimismo, su madre afirma que Zulia fue criada como una nena y expresa que, en este último tiempo, ella cambió: se cerró más, no hace las cosas de la escuela, como si no le importa nada, cambiando radicalmente su apariencia y su forma de vestirse, prefiriendo utilizar ropa más suelta, “no más flequillo ni pelo suelto, chau ropa rosa, vestidos y polleras, se rebeló con todo lo femenino”.

No le interesa salir, está siempre en su casa. No le importa arreglarse ni elegir su ropa. Cuando le insisten en que sea coqueta suele responder que ella no va a vivir de lo que piensen los demás de ella. La madre, alguien que impresiona como especialmente preocupada por su aspecto, insiste muchas veces en este tema lo cual genera importantes discusiones entre ambas. Además, ella la describe como muy arisca, no le gusta que la toquen ni que la besen, en seguida se aparta. Desde hace unos meses, Zulia le dijo que le gustaban las nenas. Y ella no sabe qué hacer con ello, cómo actuar.

A los 9 años Zulia se desarrolló, pero ya desde los 8 aparecieron indicios de una pubertad precoz, la cual nunca fue tratada ni controlada por un profesional de la salud. Zulia sufre mucho cuando está menstruando. “Ya vino éste a cagarme la vida”, a veces se olvida y no sabe cómo manejarlo, llegando a mancharse, no quiere recibir la ayuda de su madre ni de nadie, no quiere hablar de ello, llorando en silencio. Aparece una negación de lo que sucede en su cuerpo que lleva a una conducta claramente renegatoria.

Hasta los 6 años, Zulia cuenta que era muy flaquita, que comía poco y a los 7 empezó a crecer más. Pero el gran cambio, tal como ella lo define, fue a los 8. Un cambio muy abrupto en su cuerpo en el cual continúan apareciendo dificultades para poder asimilarlo. Una púber de 10 años que usa el talle de una adolescente de 14 años.

En el transcurso de las sesiones, Zulia puede expresar que la mirada de las chicas es diferente a la mirada de los chicos. El cómo la miran los hombres hoy, es una mirada que le causa rechazo, asco.

Empezamos a rastrear el contexto de su elección de objeto. Varias cuestiones coinciden que no son casuales a sus 9 años:

- Se desarrolló*
- Se fue el padre a vivir a Italia tras otorgarle su apellido en esas circunstancias, tras lo cual no vuelve a saber de él hasta hace muy poco tiempo de haber iniciado el tratamiento.*
- Le empiezan a gustar las chicas*

Vamos despejando ciertos interrogantes en relación a cómo se siente frente a las chicas que le gustan. Y puede expresar que se siente nerviosa, no sabe que decirles, balbucea, da vuelta a las palabras. No me parece casual que cuando le pregunto cómo se sentía delante de su padre, responde exactamente con las mismas palabras.

“No me animo a decirle a mi papa que me gustan las mujeres” dice, pero detrás de eso ¿qué no se anima a decirle a su papá? “¿Por qué no me habló más?”.

El trabajo apuntó a intentar desenmarañar estas cuestiones en las que queda muy atrapada, acompañándola a que pueda despejar si hay algo del orden de lo sintomático en su elección.

Retomamos los desarrollos de Bleichmar (2006) cuando plantea que,

Y si la representación que el adulto tiene del niño por nacer, que lo imaginiza antes de su existencia real, preexiste a toda experiencia, no debemos descuidar el hecho de que los modos con los cuales la historia se sucede precipitan estas representaciones en direcciones no previstas, coagulando de manera eficaz, es decir, capaz de producir efectos, actos libidinales y discursivos que operan de manera decisiva en la constitución psíquica del niño, incluidas en ello las vicisitudes de la identidad sexual. (Bleichmar, 2006, p.160)

A su vez, su madre, en otra entrevista en la cual le comunico mis impresiones, me dice que Zulia es igual a ella, que ella también estuvo con mujeres. Que la mirada de los hombres a ella también la inquieta, la deja intranquila, afirmando que es peligrosa. No se siente segura y cómoda con un hombre, habiendo tenido tres relaciones con tres hombres con los cuales tuvo tres hijos, que tras el nacimiento de cada uno los dejó, a excepción del padre de Zulia. Siente la agobian. De chica, teniendo la edad de Zulia, sufrió un abuso por parte de un primo. Nunca pudo hablarlo con nadie hasta ahora.

Con las mujeres afirma que es distinto, expresa sentirse diferente, más auténtica, pudiendo ser ella misma. “Las mujeres son más tiernas, te contienen de otra manera”. Zulia no sabe nada de esto. Y en estos silencios, hay algo de la historia que se reedita.

Hay una identidad entre lo que dice la madre y lo que dice Zulia, hay una continuidad discursiva, no habiendo corte. Lo que escucho y percibo es que Zulia no logra posicionarse subjetivamente con una diferencia de esta madre, no se puede sustraer. El agobio viene de acá.

La oferta identificatoria que Zulia encuentra en esta familia la encierra en un lugar difícil en tanto, según lo que siente, ser mujer implica por un lado, pasar a ser objeto de deseo de un hombre y por otro lado; ser mujer, a su vez, es ser madre. Habiendo sido su madre, madre adolescente. Zulia reniega de ese lugar que siente predestinado. Con su desarrollo puberal aparecen las formas femeninas y con ella, las miradas masculinas

cargadas de otra connotación hasta el momento, y la posibilidad de la reproducción y con ello, un posible embarazo.

Los procesos de diferenciación de su madre, que la aparición de la menstruación pone en juego, se van transitando de manera fallida. Aparece hostilidad en lugar del deseo hostil diferenciador, quedando siempre frustrada frente a su madre a la que vuelve una y otra vez.

Parecería que Zulia fuera sólo de la madre porque el padre no la reclama como hija. El padre no corta, no tiene presencia, es un padre borrado. Hacia finales del 2016 vino de visita a Argentina con su mujer y sus otros hijos (tiene 6 hijos en total con tres mujeres), pretendiendo que ella esté con ellos todo ese tiempo, como si nada. “Pero yo sé que cuando se vuelva a Italia las cosas van a hacer como siempre, él hace borrón y cuenta nueva”.

El apellido, en tanto Nombre del Padre, no se lo da a Zulia en tanto hija, se lo da a la madre a cambio de sexo como un pago. Fue producto de un intercambio sexual. Madre e hija acceden a un acto que tiene consecuencias, el apellido que porta Zulia. De un acto sexual comprado adviene el acto filiatorio tras lo cual tiene lugar una elección de objeto.

La mirada es la que la hace caer a ella, llegando a perder casi la mano. En el kiosco la mira un hombre borracho lascivamente. La mirada queda asociada al peligro. Hay algo con la mirada masculina que la deja paralizada, petrificada. Ella lo miró, quedándose quieta, no sabiendo si cruzar o no, trastabillando cuando decide avanzar, cayendo y cortándose. Ante la mirada de un hombre que la ubica en un lugar de objeto, ella queda petrificada, como petrificada queda cuando intenta hablar con su padre.

Zulia se muestra muy convocada por el anime y el manga, definiéndose a sí misma como una Otaku. Un Otaku es el término que se utiliza para los aficionados del manga y el anime y está más bien asociado al público juvenil. El anime nos suele mostrar personajes impulsivos, que transmiten emociones fuertes, historias tristes o imposibles, descubrimientos y desencuentros. La intensidad de sentimientos resuena familiar en los púberes y adolescentes. El anime puede proporcionar un lugar en el que diferenciarse, resolver problemas relacionados con el cuerpo, buscar un lugar al que pertenecer y resolver la relación con otros pares puede ser posible.

Y hay un anime que Zulia suele traer a colación en su discurso, y es Boku no Hero o My Hero Academia. La historia tiene lugar en un mundo donde el 80% de la población ha desarrollado “singularidades”, surgiendo así héroes y villanos. Entre el 20% de personas sin dones, se encuentra el protagonista, el cual tiene aspiraciones, ambiciones y sueños. Su mayor deseo es poder estudiar en una escuela de héroes y convertirse en un héroe como su ídolo. Un día, éste le ofrece heredar sus poderes al ver su gran determinación a pesar de haber nacido sin dones. El protagonista accede y empieza a estudiar en dicha escuela donde hace nuevos amigos, conoce otros héroes profesionales, aprende a dominar sus poderes y se enfrenta a auténticos villanos.

El héroe mitológico, en su gran mayoría, nace ya con un signo de grandeza marcado en su futuro. Es algo de lo que no puede escapar y gran parte de su viaje se ve afectado por ello. Además, acompañado normalmente por dones que se desarrollan bajo la responsabilidad de usarlos para el bien, los héroes terminan recorriendo un camino marcado más que creando el suyo propio.

Lo interesante de este anime es que este héroe se hace héroe, no nació con una singularidad para serlo, con una marca que lo predestina. A través de la lectura de los mangas y de la visualización de algunos episodios del anime y de los dibujos de los personajes de los mismos, fuimos trabajando con Zulia las marcas y las etiquetas en las cuales ella se siente “encasillada” por su familia, apuntando a que su singularidad pueda aparecer. Darle una vuelta a esta herencia simbólica, familiar que le es transmitida, armando su propia versión de esta historia que la constituyó, creando así su propio camino, su propia aventura.

En su elección homosexual pareciera que ella deja entrever otra posición, una posición más activa, siendo ella la que busca a las chicas, siendo ella quien las mira. Si bien se reedita alguna cuestión en relación a lo que siente por el padre, hay algo en esta posición que haría que ella se sienta más “libre”, libre de ese lugar predestinado familiar. El trabajo apuntó a acompañarla a que pueda salir del agobio para que pueda asumir su posición sexuada; acompañarla a que pueda armar algo diferente con esa historia y prehistoria que la antecede y la constituyó.

En la sexualidad humana y su desarrollo, lo adquirido sobreviene no sobre la base de lo innato, sino antes de lo innato. En el momento en que llega el instinto, el terreno ya está

totalmente ocupado por la pulsión, por el fantasma (...) Como en todo ser humano, la identidad funciona como una suerte de “imprinting” invertido: propuesta por el otro, metabolizada de una u otra forma, el modo con el cual se establezca la combinatoria compleja entre deseos y referencias discursivas definirá su destino. La identidad sexual amenazada siempre por los deseos contradictorios que el inconciente impulsa, debe sin embargo lograr una cierta estabilidad que no dependa de la elección amorosa o genital de objeto amoroso, sino por los modos con los cuales el sujeto se instituya en el interior de una red simbólica que lo sostenga sin asfixiarlo. (Bleichmar, 2004, p.4-5)

Podemos afirmar entonces que la posición sexuada es efecto de la composición de una serie de caracteres que organizan el psiquismo. El ser humano nace inmerso en una cultura que indica también “cómo son y deben ser” los hombres y las mujeres, cómo deben comportarse y relacionarse entre sí. A través de esos elementos simbólicos se va construyendo la escena fantasmática de quién es cada uno. Los significantes que provienen del Otro, entonces son los que habilitarán el pasaje de una dimensión biológica a una subjetiva.

La sexualidad se construye tal cual se construye la subjetividad. Porque la sexualidad es constituyente. Pensar en la sexualidad en términos de construcción socio-histórica, habilita a pensar como el contexto sociohistórico actual y el impacto que el capitalismo y que la industria cultural tiene en los cuerpos y en la subjetividad de los púberes de hoy. En el devenir del tiempo pueden ocurrir determinadas cuestiones que habilitan otras maneras. Esta es la importancia de reformular ciertas categorías. Por lo tanto, lo histórico social hace parte fundamental de la organización psíquica desde el comienzo (Bleichmar, 2004). La cuestión identitaria es constituyente y totalmente singular.

El devenir como sujeto sexuado encuentra al púber ante su propio real, inmerso en una sociedad en donde la sexualidad no le está totalmente velada y que lo cuestiona desde la diversidad.

Y es sabido que el estallido pulsional propio de la pubertad sacude lo que estaba construido hasta ese momento. Por ello es crucial encontrar otras fuentes de sostén narcisista. Tal como lo expresa Janin (2020) “en los terremotos, lo importante es que las edificaciones sean firmes pero no rígidas, es decir, que puedan acompañar el movimiento” (p.15).

¿Por qué los/las tiktokers, los videojuegos, los animes y los mangas atraen tanto a los púberes de hoy? Podemos inferir que es porque algo persiste en esta industria cultural actual, a pesar del impacto profundo que tiene en los cuerpos y en la subjetividad. ¿Qué es eso que persiste? Precisamente, se trata de ciertas funciones. En la constitución subjetiva de un púber, a pesar de su aparente declive, estas funciones persisten. Persisten en tanto producciones míticas. Esto significa que, a través de estos productos culturales, que los púberes traen a su análisis, se va tejiendo todo un relato que les permite realizar su propio rito de paso, su propio camino hacia el despliegue de lo puberal y el encuentro con su deseo.

¿Qué es más atrapante que acompañar a otro en su propio crecimiento, en el enfrentamiento de los miedos, en el descubrimiento del propio yo, cuando es uno mismo el que también está en este período de la vida? Así, los héroes y heroínas de los personajes de los videojuegos, de los animés, mangas y Tiktokers, se transforman en compañeros, en una infinidad posible de caminos frente al desafío del crecimiento y la madurez. Estos productos ofrecen a los púberes un espacio simbólico donde pueden explorar y expresar sus identidades emergentes, fantasías y deseos en un contexto que resuena con ellos.

Estos productos culturales, con sus narrativas y personajes, actúan como vehículos que facilitan la elaboración psíquica y la metabolización de las transformaciones puberales. En éstos, los sujetos encuentran una suerte de ritual moderno que les ayuda a navegar por los complejos trabajos psíquicos del proceso Adolescente y a construir su subjetividad en relación con los demás y con ellos mismos. La cuestión acá es que no terminen fijados, adosados a ellos a tal punto que no puedan realizar su propio periplo puberal.

La pubertad es un tiempo de búsqueda, preguntas y descubrimiento. Muchas veces para ellos el tiempo de la iniciación es el tiempo de descubrir quiénes son ellos, cómo ven el mundo y qué elecciones quieren o pueden hacer. Son protagonistas que atraviesan el difícil proceso de buscar (a sabiendas o no) la propia identidad.

Lo interesante del periplo, como hemos abordado, lo llamativo, es la transformación del héroe, su metamorfosis a partir de los obstáculos que debe superar, de las pruebas que tiene que atravesar y de los aprendizajes sobre el mundo (y sobre sí mismo) que debe ganar a lo largo de la aventura. Porque al mundo conocido se regresa siendo otro, a pesar de ser él mismo, en tanto que ha crecido y se ha transformado. Campbell (1991) sostiene que la

aventura del héroe es un tipo de aventura en la que el héroe no tiene idea de lo que está haciendo, pero de pronto se halla en un territorio transformado. La persona es iniciada en el uso de potenciales interiores que no sabía que tenía.

Un héroe legendario suele ser el fundador de algo nuevo. Para fundar algo nuevo es preciso abandonar lo viejo e ir en busca de la idea semilla, la idea germinal que tendrá la potencialidad de dar a luz a lo nuevo. (Campbell, 1991, p.180)

Y es en el marco de un análisis cómo es posible dar curso y restituir lo heroico en estos púberes, que puedan hacer su propio camino, en tanto se trata de un momento crucial.

A MODO DE CONCLUIR: EL VIAJE DEL HÉROE EN LA CLÍNICA

En este estudio nos propusimos situar el lugar del relato mítico en la configuración de lo puberal, dentro de la clínica psicoanalítica. Para ello, realizamos un trabajo bibliográfico y un trabajo de campo. Dentro de la estrategia metodológica se desarrolló un análisis de fragmentos clínicos de 4 pacientes púberes entre los 10 y 14 años que concurrían al consultorio particular de quien suscribe entre el año 2016 y 2019 de la ciudad de Rosario.

A partir del trabajo realizado podemos indicar que se han alcanzado los objetivos propuestos:

Con respecto al objetivo “Distinguir lo específico de la pubertad en relación a los trabajos que son inherentes a ese tiempo subjetivo, diferenciándolos de los trabajos propios de la adolescencia” se ha podido registrar que al llegar a la pubertad, como hemos puntualizado, tanto el varón como la niña enfrentan la tarea de realizar un trabajo psíquico que implica nuevamente la ligazón del cuerpo. Los cambios físicos y las pulsiones asociadas plantean un conflicto que debe ser resuelto mediante este trabajo psíquico de lo puberal. Según plantea Rodolfo (2012) se trata de aposentarse en un nuevo espacio psíquico, el del cuerpo genitalizado, abandonando el cuerpo infantil y sus formas de vincularse libidinalmente con los demás. Lo puberal implica el efecto en el aparato psíquico de la nueva organización genital, bajo el primado genital, que reestructura y asienta las marcas de la experiencia en un nivel psíquico que interrumpe la organización psíquica hasta ese momento. En tanto lo adolescente da cuenta de la labor de simbolizar y representar psíquicamente la metamorfosis de la pubertad. Ambos, lo puberal y lo adolescente, forman parte de un mismo proceso, el proceso Adolescente. Podemos pensar entonces a la adolescencia como un trabajo continuo sobre lo puberal, en el cual uno no es sin el otro.

En relación al objetivo “Describir las formas en que las actividades lúdicas se presentan en los púberes actuales” en la actualidad, puede mencionarse que la industria cultural ejerce un impacto profundo en los púberes, moldeando significativamente su manera de ser y estar en el mundo. Las computadoras, los teléfonos móviles y otros dispositivos digitales no solo proporcionan entretenimiento, información y acceso a redes sociales y juegos en línea, sino que también contribuyen significativamente a la formación de la subjetividad. Esta información también llega al inconsciente, conformando un nuevo

marco para la subjetividad (Rodulfo, 2006). Hoy en día, el espacio de juego ha experimentado una metamorfosis. Las pantallas constituyen una territorialidad elegida por niños, púberes y adolescentes para el despliegue de la actividad lúdica. A través de una amplia gama de ofertas, esta industria puede proporcionar entretenimiento, que no es lo mismo que jugar, lo cual conlleva desafíos considerables en la clínica. Vislumbramos ciertos pasajes que no son sin efecto para las subjetividades de estos púberes, en tanto dan lugar a las actividades lúdicas que hoy atraviesan a estos sujetos. Podemos destacar los siguientes: de héroes a ídolos de masa, resaltando entre ellos la figura del tiktoker y/o youtuber; del juguete “tradicional” al videojuego, principalmente aquellos en los que se despliega lo épico y la milicia (LOL, Fortnite, Minecraft); del dibujo animado al animé y del cuento de hadas tradicional al manga. La tecnología no captura ni “vicia” a cualquiera, pero en muchas ocasiones se constituye como una envoltura para estos púberes, como un modo de fabricarse una superficie (Rodulfo, 2014). Ellos buscan una envoltura para poder armarse, constituirse.

Del objetivo “Indagar en recortes particulares de la clínica, los modos singulares de construcción del relato mítico frente a los desafíos que presenta la actualidad” se registró que los recortes escogidos hablan de 4 púberes diferentes, atravesados por diversas dificultades y padecimientos. Cuando el afuera no se termina de instalar para los sujetos púberes, es ahí donde surge lo psicopatológico. El proceso Adolescente no puede llevarse a cabo en soledad; debe ser acompañado. Cuando esto no sucede, como se ha observado en los primeros recortes clínicos, los púberes se “adosan” a estos productos culturales mencionados anteriormente, buscando restituir de alguna manera lo que no lograron con sus figuras significativas. La incapacidad para navegar fluidamente entre la vida online y offline es un signo de preocupación. Hay una prevalencia de lo escópico en el ámbito virtual. Sin embargo, para integrar lo genital en el cuerpo, lo escópico por sí solo no es suficiente. Cuando se produce una neutralización del trabajo de lo puberal (Manrique, s.f.), como se trabajó en el tercer recorte, se abren las puertas a la aparición de trastornos alimentarios y otros posibles destinos patológicos. Este impasse puede representar, en algunos casos, un fracaso completo del trabajo subjetivo en juego. Asimismo, lo que un sujeto es o no es, lo que debe o no debe ser, y la manera en que se reconoce a sí mismo, se definen durante el proceso Adolescente. El advenimiento de la posición sexuada no está

exento de complejidades, como hemos situado en el cuarto recorte. Podemos inferir, entonces, que algo persiste en esta industria cultural actual, a pesar del impacto que tiene en los cuerpos y en la subjetividad y tiene que ver con ciertas funciones esenciales en la constitución subjetiva de un púber. Contrariamente del aparente ocaso de estas funciones, éstas continúan insistiendo en tanto producciones míticas. Esto significa que, a través de estos productos culturales, que los púberes traen a su análisis, se va tejiendo un relato que les permite realizar su propio rito de paso, su propio camino para desplegar lo puberal y encontrarse con su deseo.

La idea del héroe es la de alguien que puede hacer un camino, alguien que se aventura, se adentra a lo desconocido. Como planteamos en la introducción de esta investigación, el camino del héroe es el camino del sujeto. El héroe es alguien que atraviesa y todo sujeto tiene que enfrentar determinadas cuestiones. En este estudio nos hemos detenido en considerar al púber como un héroe. Porque es de héroe hacerse grande. El púber tiene que sufrir, tiene que amar, tiene que perder y tiene que partir. Como un héroe.

Situamos a los púberes como héroes, en tanto que asumir el desafío de crecer no es fácil, y muchas veces podemos verlos permanecer en el padecimiento, el dolor y la pérdida durante un largo tiempo. Las transformaciones que tienen lugar durante la pubertad dan como resultado una sensación de desajuste, una sensación de desconocimiento con la propia representación que se tenía hasta el momento. No obstante, el proceso de elaboración psíquica de este tiempo específico, pasa por aceptar el viaje.

El trabajo en análisis apunta a facilitar un pasaje, una subversión: a partir de tomar a estas figuras de estos productos culturales que los púberes traen “idealizadas” como modelos, se busca que ellos mismos se transformen en pequeños héroes, atreviéndose a desplegar su propia épica personal. Esto implica que, en lugar de simplemente admirar, emular y quedar cautivados y hasta viciados en esas narrativas y/o personajes de tiktokers, videojuegos, animes y mangas, los púberes utilicen estos referentes como trampolines para explorar y desarrollar sus propias narrativas. A través de este proceso, pueden empezar a escribir su propia historia y a enfrentar los desafíos de su vida con una nueva perspectiva, convirtiéndose en protagonistas activos de la misma.

Este proceso se desenvuelve en el contexto de un análisis, en el cual la escucha y las intervenciones oportunas dentro de la transferencia se convierten en el terreno fértil para el florecimiento de lo heroico. Lo heroico en tanto un análisis permite articular la ley al deseo, en tanto permite restituir y/o inscribir determinadas funciones.

La ley fundamental es la prohibición del incesto. Es la que pone límite al goce mortífero y que abre la experiencia de la falta que posibilitará la aparición del deseo. El análisis permite que este camino, el periplo del héroe, acontezca. Que acontezca, así, lo puberal. Es de esta manera como esta investigación se constituye como un modo de restituir un tiempo que es necesario para el sujeto, un tiempo diferenciado, en contra de la tendencia actual.

Retomando la idea de Rodulfo (2014) de fabricar imagos como lo planteamos en el apartado anterior, proponemos analizar la posibilidad que el púber puede fabricar producciones míticas articulando el material que trae adosado de la industria cultural actual con su propia historia en el marco de la clínica. Esto resulta posible armando su propia épica personal, entretejiéndola con la trama de los personajes, fabricando de este modo su mito, su ficción, un modo de dar cuenta de la verdad que lo atraviesa. De este modo, el púber inscribe el proceso puberal a partir de la producción de un relato mítico.

El psicoanálisis es una posición que apuesta a la transferencia, a la creación de lo nuevo, a que no haya un destino inamovible. Así como el analista se pone a jugar con el niño, es en tanto analista que lo ayuda a que produzca material, material psíquico para el análisis. El analista no solo revela, sino que también tiene que apuntar con sus intervenciones a construir. Y es precisamente esto lo que hacemos con nuestros pacientes púberes, a través de tomar y servirnos de estos materiales propios de la industria cultural actual que ellos traen fijados, idealizados: *jugamos* con ellos, en tanto que el jugar es un hacer que crea en la realidad una nueva realidad. El analista, sumergido en la actividad de jugar con su paciente púber, favorece la construcción de lo que no estaba. Es por la vía de crear algo nuevo, creatividad psíquica, como lo mortífero puede alterar su cauce y empezar a ser tramitado, así como lo puberal puede ser desplegado.

Dentro del marco de aquello que es específico de la pubertad, los analistas debemos apuntar a que nuestras intervenciones puedan y en muchos casos deban ser estructurantes, y deben acompañar al sujeto en un momento de la vida en el cual está sumergido en una serie

de enormes cambios, en un momento de profundas transformaciones identificantes, des-identificantes y re-identificantes; tal como Rodolfo (1992) lo señala, puede ser la última oportunidad que puede tener una intervención para acompañar cambios que sean saludables en relación a su estructuración psíquica, antes de que algunas de las identificaciones se estabilicen, se suelden como parte del sujeto. Los analistas debemos ser plenamente conscientes de esto al momento de trabajar con púberes, debemos entender la cualidad propia y específica de estos sujetos, claro está, sin llegar a la confección de recetas iguales para todos.

Por otra parte, no nos es ajeno que en la actualidad los procesos de metabolización de los cambios en el cuerpo que acontecen en un sujeto púber se entrecruzan con una multiplicidad de propuestas identitarias. Estas llevan a reformular determinadas cuestiones en relación a la perspectiva binaria (hombre-mujer) y a los modos más tradicionales de vincularse (heterosexualidad). Entendemos que para estar a la altura de la construcción subjetiva de un niño o un púber en la actualidad, consideramos cuán importante es poder tomarse un tiempo necesario para escuchar que está aconteciendo allí con ese niño o con ese púber. En la clínica de quien suscribe, todavía, no se ha encontrado con malestares vinculados directamente con la identidad de género de los sujetos. Todo ello implica otra línea de análisis y resulta ser un tema tan vasto que se sugieren estudios futuros, ya que es muy pertinente reconocer que existe en este momento, así como agudizar la escucha, generando herramientas y recursos para poder estar a la altura de lo que acontece.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abadi, S. (Comp.) (2001) *Desarrollos postfreudianos: escuelas y autores*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Aberastury, A. y Knobel, M. (2010) *La adolescencia normal Un enfoque psicoanalítico*. D.F., México: Paidós.
- Alemán, J. (2019) *Capitalismo. Crimen perfecto o Emancipación*. Barcelona: Nuevos Emprendimientos Editoriales, S. L.
- Angelli, E. y Altobelli, H. (11/08/2013) Posmodernidad y Adolescencias. Recuperando y creando la dimensión del tiempo y el espacio. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/159553124/Posmodernidad-y-Adolescencias>
- Aryan, A. (2014) Aportes a la comprensión de la experiencia puberal. Su clínica y práctica psicoanalítica en *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes* N° 15. 5-31. Recuperado de <https://www.controversiasonline.org.ar/PDF/anio2014-n15/2.ARYAN.pdf>
- Aulagnier, P. (2007) *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Barrionuevo, C. (2017) El advenimiento de la pubertad. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-067/816>
- Barrionuevo, J. (2011) *Adolescencia y juventud. Consideraciones desde el psicoanálisis*. Buenos Aires: Eudeba.
- Barroso, F. (2021) *Anorexia mental de la pubertad. Adolescencia, lenguaje y cuerpo*. Buenos Aires: Cascada de letras.
- Barthes, R. (2014) *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Bleichmar, S. (2002) Identificarse en tiempos difíciles. Adolescencia en llamas. Extractado del trabajo “Tiempos difíciles. La identificación en la adolescencia”, publicado en la revista *Encrucijadas*, N° 15, enero de 2002, UBA. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/45263420/Identificarse-en-Tiempos-Dificiles-Por-Silvia-Bleichmar>
- Bleichmar, S. (2004) La atribución de identidad sexual y sus complejidades. *Revista actualidad psicológica*, N° 320, *Identidad sexual*, 2-5. Buenos Aires. Recuperado de https://www.academia.edu/37824787/Bleichmar_s_la_atribucion_de_identidad_sexual_y_sus_complejidades

- Bleichmar, S. (2006) *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2009) *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo*. Buenos Aires: Topía.
- Bleichmar, S. (2009) *La fundación de lo inconciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Blos, P. (1993). *Los comienzos de la adolescencia*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Bravetti, G. (2020) Corporeidad y metamorfosis: lo puberal. Apunte de cátedra Psicología Evolutiva II. Universidad Nacional de la Plata. Recuperado de <https://www.studocu.com/es-ar/document/universidad-nacional-de-la-plata/psicologia-evolutiva-ii/psico-evolutiva-i2-tema-4-5/65356913>
- Bodner, G. (2016) Apuntes sobre la función del mito en el psicoanálisis. *Temas de psicoanálisis*. N° 11. 1-12. Barcelona. Recuperado de <https://www.temasdepsicoanalisis.org/2016/02/04/apuntes-sobre-la-funcion-del-mito-en-el-psicoanalisis/>
- Bourband, L. (2007) *Mitos sobre la mirada y la femineidad* (Tesis doctoral). Doctorado Interuniversitario Universidad Autónoma de Madrid, Programa “Fundamentos y desarrollos psicoanalíticos.” Universidad Complutense de Madrid.
- Bruner, N. (2019) *Duelos en juego*. Buenos Aires: Letra Viva
- Bruner, N. (2012) *El juego en los límites. El psicoanálisis en la clínica de problemas en el desarrollo infantil*. Buenos Aires: Eudeba.
- Campbell, J. (2016). *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Campbell, J. (1991) *El poder del mito*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Córdova, N. (2020) Del trauma puberal al acontecimiento adolescente. Ficha de cátedra. Facultad de Psicología. UBA. Recuperado de <https://www.studocu.com/es-ar/document/universidad-de-buenos-aires/psicologia-evolutiva-adolescencia/cordova-n-del-trauma-puberal-al-acontecimiento-adolescente/53258808>
- Córdova, N., Grassi, A. (2010) *Entre niños adolescentes y funciones parentales*. Buenos Aires: Entreideas editorial.
- Dolto, F. (2005) *La imagen inconsciente del cuerpo*. Buenos Aires: Paidós.
- Drivet, L. (2010) Sobre los mitos de Freud. *Revista Desde el Jardín de Freud*. N° 10, Enero - Diciembre 2010. Bogotá. p. 221-236. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/19897/21028>
- Eliade, M. (2008) *Muerte e iniciaciones místicas*. La Plata: Terramar.

- Ferreira dos Santos, S. (2020). Entre lo virtual y lo presencial: problemáticas clínicas con adolescentes hoy. En Ferreira dos Santos, S. (Comp.) *Clínica con adolescentes. Problemáticas contemporáneas* (25-40) Buenos Aires: Editorial Entreideas.
- Firpo, S. M. (2015) *La construcción subjetiva y social de los adolescentes. Vigencia del Psicoanálisis*. 3ra ed. Buenos Aires: Letra Viva.
- Franco, A. (1995) La niña púber. Trabajo presentado en las Jornadas de la Fundación Estudios Clínicos en Psicoanálisis. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/473172455/nina-puber-pdf>
- Franco, A. (2001) Los espacios de (en) la adolescencia. Jornada Tandil. 27-10-01 Recuperado de https://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/electivas/043_ninos_a_dollescentes/material/fichas_catedra/espacios_adolescencia.pdf
- Franco, Y. (2017) *Paradigma borderline. De la afánisis al ataque de pánico*. Buenos Aires: Lugar editorial.
- Freud, S. [1900] (1991) *La interpretación de los sueños* (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras Completas, Tomo IV Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. [1905] (2005) *Tres ensayos de teoría sexual* (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras Completas, Tomo VII Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. [1909] (1992) *La novela familiar de los neuróticos* (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras Completas, Tomo IX Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. [1913] (2005) *Tótem y tabú* (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras Completas, Tomo XIII Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. [1914] (2006a) *Introducción del narcisismo* (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras Completas, Tomo XIV 65-98 Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. [1915] (2006b) *Pulsiones y destinos de pulsión* (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras Completas, Tomo XIV 105-134 Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. [1917] (2006c) *Duelo y melancolía* (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras Completas, Tomo XIV 235-256 Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. [1923] (2007) *El yo y el ello* (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras Completas, Tomo XIX Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. [1926] (1981) *Análisis profano* en Obras Completas, Tomo III Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gentili, N. (11/09/2006) El mito en la práctica analítica. El Sigma.com. Recuperado de <https://www.elsigma.com/colaboraciones/el-mito-en-la-practica-analitica/10673>
- Guillerault, G. (2005) *Dolto, Lacan y el estadio del espejo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gutton, P. (1993) *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós
- Han, B. (2020) *La Desaparición de los Rituales. Una topología del presente*. Barcelona: Herder Editorial.

- Hornstein, L. (Comp.) (1991) *Cuerpo, historia, interpretación. Piera Aulagnier: de lo originario al proyecto identificador*. Buenos Aires: Paidós.
- Janin, B. (2020) Los adolescentes en épocas de desamparo social en Ferreira dos Santos, S. (comp.) *Clínica con adolescentes. Problemáticas contemporáneas (15-24)* Buenos Aires: Editorial Entreideas.
- Klein, A. (2020). Concepción de la adolescencia en Peter Blos: la ardua tarea de ser adolescente. *Revista de Psicología*, 19(2), 53-64. Recuperado de <https://revistas.unlp.edu.ar/revpsi/article/download/10059/9732/35220>
- Krasnogor, R. (27/06/2006) Freud y el mito como fuente argumentativa. El Sigma.com <https://www.elsigma.com/filosofia/freud-y-el-mito-como-fuente-argumentativa/10138#:~:text=Freud%20va%20al%20mito%20para,fundamentar%20su%20descubrimiento%3A%20lo%20inconsciente>
- Lacan, J. [1953] (2009) *El mito individual del neurótico, o Poesía y verdad en la neurosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1984) *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. En *Escritos 1*. D.F., México: Siglo veintiuno editores.
- Lacan, J. (1988) *El Despertar de Primavera*. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1994) Seminario IV *La relación de objeto 1956 - 1957*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008) Seminario VIII *La transferencia 1960 - 1961*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2007). Seminario XI *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*. Buenos Aires: Paidós.
- Mannoni, O.; Deluz, A.; Gibello, B. y Hébrard, J. (1984) *La crisis de la adolescencia*. Barcelona: Gedisa editorial.
- Manrique, G. (s.f.). Los trabajos de la pubertad y adolescencia: sus impasses, sus fracasos. Su consideración en el diagnóstico diferencial. Ficha de cátedra, Facultad de Psicología, UBA. Recuperado de https://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/electivas/102_infanto_juvenil/material/trabajos_pubertad.pdf
- Melman, C. (2005) *El hombre sin gravedad. Gozar a cualquier precio*. Entrevista con Jean-Pierre Lebrun. Rosario: UNR Editora.
- Moreno, J. (2014) *La infancia y sus bordes. Un desafío para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Muiña, D. (2012) Psicosis en la infancia, en la niñez y en la pubertad. Ficha de cátedra, Facultad de Psicología, UBA. Recuperado de https://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/electivas/102_infanto_juvenil/material/psicosis_infancia_pubertad.pdf
- Nasio, J. D. (2008) *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Paidós.

- Orejel Alvarez, J. (2019) La novela, el mito y la fantasía individual del neurótico. *Revista Decsir. Volumen 6. Año 7, N° 6.* 16-38 Recuperado de <http://decsir.com.mx/wp-content/uploads/2020/01/Articulo-2-6.pdf>
- Palazzini, L. (2006) Movilidad, encierros, errancias: avatares del devenir adolescente en Rother Hornstein, M. (Comp.) *Adolescencias: trayectorias turbulentas* (137-160) Buenos Aires: Paidós.
- Pulice, G., Manson, F. y Zelis, O. (2000) *Investigación Psicoanálisis. De Sherlock Holmes, Dupin y Peirce a la experiencia freudiana.* Buenos Aires: Editorial Letra Viva.
- Recalcati, M. (2015) *¿Qué queda del padre? La paternidad en la época Hipermoderna.* Barcelona: Xoroi Edicions.
- Rodrigué, E. (1996) *Sigmund Freud, El Siglo del Psicoanálisis.* 2 tomos Buenos Aires: Sudamericana.
- Rodulfo, R. (2005) *Estudios Clínicos. Del significante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica.* Buenos Aires: Paidós.
- Rodulfo, R. (2006) Seminario Clínica de Niños y Adolescentes. Primer Cuatrimestre. Facultad de psicología. UBA.
- Rodulfo, R. (2008) Seminario clínica de niños y adolescentes. Facultad de psicología. UBA.
- Rodulfo, R. (2012) *Dibujos fuera de papel. De la caricia a la lectoescritura en el niño.* Buenos Aires: Paidós.
- Rodulfo, R. (2012) *El psicoanálisis de nuevo. Elementos para la deconstrucción del psicoanálisis tradicional.* Buenos Aires: Eudeba.
- Rodulfo, R. (2014) *El niño y el significante. Un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana.* Buenos Aires: Paidós.
- Rother Hornstein, M. (Comp.) (2015) *Adolescencias contemporáneas. Un desafío para el psicoanálisis.* Buenos Aires: Psicolibro ediciones
- Rother Hornstein, M. (Comp.) (2006) *Adolescencias: trayectorias turbulentas.* Buenos Aires: Paidós
- Sperling, D. (Mayo de 2020) Los padres, hijos y rituales (N° 087) [episodio de podcast]. En Aprender de grandes. Spotify. Recuperado de <https://open.spotify.com/episode/60IujcfnIlDcuZVqmcnRyD>
- Sternbach, S. (2006) Adolescencias: tiempo y cuerpo en la cultura actual en Rother Hornstein, M. (Comp.) *Adolescencias: trayectorias turbulentas* (51-79) Buenos Aires: Paidós
- Van Gennep, A. (2008) *Los ritos de paso.* Madrid: Alianza editorial.
- Veloso, V. (2020) Un nuevo comienzo: de encuentros, re-encuentros y des-encuentros en Ferreira dos Santos, S. (Comp.) *Clínica con adolescentes. Problemáticas contemporáneas* (41-51) Buenos Aires: Editorial Entreideas.
- Vernant, J. (2008) *Érase una vez...El universo, los dioses, los hombres.* Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

- Waserman, M. (2014) Ateneo: Aporte de Philippe Gutton al tema de la pubertad en *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes* N° 15. 53-65 Recuperado de <http://www.controversiasonline.org.ar/PDF/anio2014-n15/5.WASER.pdf>
- Winnicott, D. (1986). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- Ziaurriz, L. (2014) El mito en la configuración del sujeto. Congreso Latinoamericano FEPAL 2014. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina. Recuperado de <https://www.fepal.org/wp-content/uploads/1055.pdf>